ANGÉLICA PALMA

UNO DE TANTOS

NOVELA



ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1926

BIBLIOTECA NACIONAL
1960

EX - LIBRIS

Fugit irreparabile tempus



RAUL PORRAS BARRENECHEA

biblioteca nacional del Perú
000015610
BNPCBN

UNO DE TANTOS

Para Raúl Porras Barrenechea, con admiración y amistad sincera.

Angélica Palma

Miraflores (Lima) 16 de Octubre 1926.

ANGÉLICA PALMA

UNO DE TANTOS

NOVELA



MADRID
1926

ES PROPIEDAD
Copyright by Angélica Palma.
Madrid, 1926.



RAUL PORRAS BARRENECHEA

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

AL LECTOR

Muchas veces, al publicar un libro, acucia al autor el deseo de precederlo de algunas explicaciones, ociosas casi siempre, pues si el libro no dice lo que quien lo escribió pensó que dijera, cualquier advertencia, nota, atrio, liminar o pórtico, o como la moda quiera apellidar el prólogo, será a manera de esos letreros que los niños ponen saliendo de la boca de los monigotes que dibujan para presentarlos al público o fingir conversaciones fantásticas, supliendo así con la expresión gráfica las deficiencias del intento artístico.

Cedo yo ahora a la tentación de espontanearme contigo, sufrido lector, y acompaño mis muñecos chapuceros con unos garabatos a guisa de aclaración o, si te parece más exacto, de disculpa. De una frase antipatriótica, tal vez más efectista que sincera, oída a un peruano en Barcelona, surgió la idea inicial de esta novela; en la hermosa ciudad del Mediterráneo fueron escritos sus primeros capítulos, a los cuales, al cabo de muchos meses, vinieron a hacer compañía otros imaginados bajo el cielo luminoso de Madrid. A un nuevo receso, impuesto por ocupaciones apremiantes y también por cierto perezoso desgano para

continuar la faena interrumpida, siguió de pronto afán febril por terminar; y en el cambio de paisajes de una excursión veraniega, frente al mar azul de Biarritz, entre la pálida niebla de Bruselas o junto a los canales de Brujas, surcados por cisnes románticos, continué la trama novelesca, cuya palabra final puse en un crepúsculo otoñal del mágico París.

Así, este libro que te ofrezco, lector, es para mí la evocación de un viaje afortunado, en el que saboreé emociones nuevas, horas plácidamente descuidadas y también preocupaciones y labores antes desconocidas, apenas presentidos rumbos de mi barca. Pobre de lastre, de humilde velamen, sólo puede ufanarse mi nave de llevar al tope la patria bandera y de haberla visto reverenciada y querida en la nación nobilísima que nos dió el tesoro de su idioma sin par.

Si en el librejo que con mano cobarde te alargo, lector, percibes añoranzas del terruño, acaso tu oído aguzado encuentre también en estas líneas preliminares vagos ecos de otras nostalgias. Si son motivadas, si el cariño y la gratitud las originan, te lo dirán las bellas páginas que, al volver ésta, hallarás, para tu deleite y para darte ánimos de adentrarte por las de mi prosa desaliñada.

ANGÉLICA PALMA.

Miraflores (Lima), diciembre de 1925.

EN HONOR DE ANGÉLICA PALMA

Menos de un lustro residió Angélica Palma en tierra española, y en estos fugaces cuatro años de convivencia cordial logró arraigar admiración y afectos.

Llegó Angélica Palma modestamente, sin alardear su propio valer, cobijándose bajo la sombra gloriosa de su padre, uno de los patriarcas literarios de la América española. Su constante afán era la cuidadosa reimpresión de las *Tradiciones peruanas* que todos admiramos, y el culto filial, guiado por el talento, alcanzó feliz éxito.

Pero mientras Angélica cumplía amorosamente su primordial misión surgió lo que ella no se proponía, y fué que, a pesar de su modestia y llaneza de buen tono, desde el primer momento se destacó su personalidad. Entonces la obra literaria de la autora peruana empezó a divulgarse, conquistando el aplauso general, y se vió que era Angélica Palma uno de esos valores literarios de Hispanoamérica no bastante conocidos en España, merced al desdichado alejamiento intelectual en que vivimos; al advertirlo así la crítica, prodigó merecidos elogios a su exquisita prosa.

La insigne Blanca de los Ríos, benemérita directora de *Raza Española*, quiso anunciar la buena nueva, y en esta acogedora revista dió la bienvenida a la escritora limeña, saludándola con todos los honores, pues ya era entusiasta admiradora de la recién llegada.

Nadie diría que desde entonces han transcurrido cuatro años; nos parece que aun no acabamos de recibir a la viajera cuando ya le decimos adiós. ¡Qué ingrata sonó en nuestros oídos la noticia de su partida, que venía importunamente a nublar nuestra alegría cuando nos proponíamos festejar a la triunfadora en el concurso Ayacucho!

Pero debemos creer con fe que Angélica volverá; debe volver, pues su labor de acercamiento que emana de todos sus actos, su compenetración tan grata a la madre España, tiene gran significación también para el Perú, siempre querido en el solar hispano, pero avivado más aún tal sentimiento con la presencia de esta escritora que suavemente infiltró con su ejemplo y con su pluma nueva savia al prestigio del viejo imperio incásico.

Angélica Palma, peruana, y española por su espíritu y su corazón, encarna el tipo representativo hispanoamericano en un elevado sentido racial, que está por encima de los vulgares conceptos políticos. El idioma, vehículo de comunicación, *comunidad* espiritual, pese a los materialistas de estos días, tiene en Angélica pasión de culto, fuerza de convicción, y sus páginas literarias, castizas, son

uno de esos lazos que atan vigorosamente dos columnas, aunque entre ellas «tienda inmenso sus olas el mar».

Si para recibirla se alzó la voz de Blanca de los Ríos, también en la despedida sonó su palabra prestigiosa, y con ilustres firmas solicitó y obtuvo del Gobierno español la encomienda de la Orden de Alfonso XII para la novelista peruana; y tras la merced oficial, otorgada en reconocimiento de sus méritos, vino el agasajo amistoso con que la intelectualidad madrileña quiso obsequiar a Angélica Palma antes de su partida, reuniéndose en gran número para ratificar una vez más su devoción a la que tan gentilmente supo captarse unánimes simpatías.

Reflejando el sentir de todos, Blanca de los Ríos expresó en bellísimo discurso la significación de ese momento, y la respuesta de Angélica, delicada y sentida, resuena todavía con ecos de nostalgia.

Aquella tarde inolvidable estábamos bajo dos impresiones opuestas: queríamos celebrar las dotes literarias de Angélica, su talento preciso, diáfano, penetrante, su don de simpatía cautivadora, su amplitud de criterio, tolerante, sereno y recto. Las cualidades de nuestra amiga ejercían fuerza de atracción; pero su destino, llevándola de aquí, contradecía nuestro anhelo con poder atractivo inverso a nuestra ansia espiritual de retenerla. Así es la vida; en toda fiesta se diluye siempre una melancolía.

Pensábamos que precisamente en semana de Pascua compartíamos los ácimos con la festejada, y esto es buen augurio, pues la Pascua es Resurrección, y quizás otros años comerá con nosotros la ausente, no el pan de los éxodos, sino el del retorno.

Bien sabemos que para ella es ahora el retorno, la vuelta a sus amores de patria y de familia; pero también sabemos que prendió lumbres de afecto en esta nueva patria, que lamenta su ausencia como exilio de un hijo. Mas desechemos el abatimiento y digamos a la viajera:

«Angélica: nos duele decirte adiós; pero no detengas el paso, sigue tu camino de gloria, continúa avanzando, subiendo; sólo te pedimos una gracia: que en tu marcha de triunfo no alejes tu memoria de nosotros, que no sea el olvido para los que conservamos tu recuerdo brillando cual lámpara votiva a la amistad.

»Angélica: ya sabes, las puertas de la vieja casa quedan abiertas para ti, esperando siempre tu regreso, franca la íntima acogida. Aquí te aguardaremos encendido el hogar, limpio el mantel.»

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS.

(De *Raza Española.*)

UNO DE TANTOS

I

En aquellas dos casas, la de humilde aspecto y heterogéneo vecindario del barrio de Abajo del Puente y el palacete elegante de la Avenida Piérola, se compendiaban los recuerdos de los primeros años de Abelardo, y a su fantasía antojábasele ver en ellas algo así como el símbolo de su existencia, que, comenzada entre escaseces y privaciones, había de disfrutar en día no lejano los halagos de la riqueza. Acaso esos sueños no estaban muy en consonancia con las teorías demoledoras que exponía en sus escritos ni con los discursos anárquicos que soltaba en los alborotados círculos estudiantiles; pero, ¿vamos a pedirle a la loca de la casa la severa lógica de que la vida misma, con todo su prosaísmo, carece?

La morada que habitaban Abelardo y su madre desde que él era un pequeñín de tres años estaba situada en la calleja a la que sirve de fondo señoril la mansión suntuosa del molino de Presa, tan evocadora de grandezas coloniales, con su enorme patio de los dos tumultuosos saltos de agua, sus arquerías románticas, su huerto fragante, sus techos artesonados, su decorado blanco y oro y sus tin-

tineantes arañas de cristal, que los seudo-eruditos y los aprendices de literato no llegan a enterarse de que sencillamente fué construída por don Domingo de la Presa para albergue y solaz propio, y, prescindiendo de la histórica casa de la Alameda de los Descalzos, se empeñan en hacer de ésta el teatro de los amores legendarios de la gentil Perricholi y el caduco virrey.

Con esos personajes y ese escenario escribió una vez Abelardo, para el primer número de una revista ilustrada que no publicó el segundo, un cuento muy bonito: Amat, sospechando de infidelidad a su amiga, la acecha desde el mirador de una casa próxima y la ve, vestida de saya y manto, descender de una calesa y atravesar el patio, recatada y presurosa. A lamentar su impía suerte dedica el virrey un buen rato, que la muy ladina de Mica Villegas, al tanto de la situación por un pícaro pajecillo, aprovecha para endosar a una de sus camareras el mismo traje protector que la sirvió para su escapatoria y ataviarse ella a toda prisa con uno de guardainfante para esperar al señor, quien al darse cuenta de que confundió a la criada con el ama, en cuya faz resplandece la inocencia, confiesa su culpa y la ofrece fabricar, como desagravio y para su recreo, la maravilla versallesca del paseo de Aguas. Claro está que la deslealtad amorosa de la Perricholi era tan antojadiza como el darla por casa la de Presa y vestirla, en pleno siglo XVIII, como a una dama velazqueña; pero el autor no se

percató de tales minucias, y con pelucas empolvadas, chorreras de encaje, tapadas misteriosas y tabaqueras dieciochescas hizo una cosa preciosa de veras.

Mucho antes de haberla escrito, y cuando ni en trazar palotes pensaba el muchacho, fué cuando su madre lo llevó a habitar, en la apartada calle, el departamento de reja que, condolida de su situación, la cedió la dueño de la casa. Y por cierto que no era preciso un corazón tan caritativo como el de aquella buenaza, aunque autoritaria y gruñona, doña Encarnación Gutiérrez, viuda de Moreno Ausejo, para compadecer a la infeliz Paulina, víctima de su inexperiencia, de su debilidad y de las burdas artimañas de un Don Juan de pacotilla. Era la de Paulina una de tantas historias vulgares y tristes: mesticita humilde, huérfana desde chiquitina, vivía al arrimo de unos tíos pobres y cargados de hijos, que no la disimulaban cuánto les urgía verla grande para poder quitársela de encima. La chica resultó prolija y hacendosa, y en un taller de ropa blanca, donde estuvo de oficiala, aprendió a hacer labores primorosas; consiguió a poco trabajo abundante y mejor retribuído en casa de una familia acomodada que tenía dos hijas en vísperas de casarse, y allí, entre la charla de las novias, que contaban finezas de los galanes y soñaban en voz alta con la felicidad cercana, y los afanes de la madre eligiendo monogramas e inspeccionando calados y ojalillos, empezó el menguado idilio que decidió de

su pobre existencia de mujer. Tenían las venturosas prometidas un hermano desocupado y presuntuoso que, con el mismo empaque que el bigotillo retorcido, llevaba un nombre que olía a romanticismo trasnochado: Abelardo. Tentó su capricho la fácil conquista de la costurera, lograda pronto merced al derroche de amorosos juramentos y ofertas de reposo y bienestar. Cumplió éstas, llevando a Paulina a una casita sencillamente arreglada, que palacio parecíale a ella cuando la honraba el amado señor con sus visitas, frecuentes por influjo de la costumbre, hasta cuando el cansancio empezaba a asomar. Vino a romper el frágil lazo precisamente lo que la ingenuidad de la muchacha creyó que para asegurarlo serviría: la noticia de su próxima maternidad. El mozo, entre las complicaciones que el fatal suceso significaba y la perspectiva de una temporada aburrida en su hacienda provinciana, donde la madre, glosando en todas las formas imaginables el consabido refrán de que «el ojo del amo engorda el caballo», se empeñaba en mandarlo, eligió el que su egoísmo juzgaba mal menor, y sin enterar de su resolución a Paulina ni despedirse de ella, para no darle malos ratos, metióse un día en un barco y no paró hasta Pacasmayo, desde donde, siempre reservado, continuó viaje hasta las serranías de Cajamarca. Sufrió la infeliz abandonada todos los tormentos de la incertidumbre, la espera desesperada y el desengaño, a los que pronto se unió el de la pobreza. Con el mismo dolor que si de

sus propios miembros se tratara, fué desprendiéndose de los mueblecillos que un día halagaron su vanidad pueril de proletaria, y tan escasos fueron los recursos que así allegó, que hubo de acogerse a la caridad oficial, y en el hospital de Santa Ana nació su hijo, su Abelardo, vástago no deseado de Abelardo Torralba, hacendado de poca cuantía e individuo tan mediocre en el bien como en el mal, y de Paulina López, la costurerita, que ya sólo para el amor maternal vivió.

Al darla de alta los médicos, volvió a la casa de sus tíos y la encontró menos acogedora aún que en su niñez. La crianza del chico, penosa crianza de pobre, en que la deficiente nutrición de la madre se traducía en enteritis y raquitismo del rorro, y la necesidad de ayudar a los parientes en rudas faenas de cocina y lavado, que la curtían y resquebrajaban las manos, acaparando su tiempo y entorpeciéndole los dedos para las labores finas, la impedían trabajar en su oficio para ganarse el pan, que le hacían pagar sus huéspedes muy caro, no por ruindad de sentimientos, sino por tosquedad de hábitos. A fuerza de afanes y sacrificios fué sacando adelante al niño, y llevándolo de la mano a ratos y en brazos casi siempre, iba de tienda en tienda solicitando tarea. Negábansela muchas veces, y algunas, por compasión, se la daban, a vuelta de mil recomendaciones para que impidiera que el chiquillo pudiera manchar con sus manitas sucias aquellas telas níveas. Mordíase Paulina los

labios para no contestar con una desvergüenza lo que estimaba insulto imperdonable, y, ya en la calle, colmaba de besos frenéticos al niño, que la rodeaba el cuello con el inocente dogal de sus bracitos.

Consolábase Paulina de sus malandanzas refugiándose, siempre que tenía vagar para hacerlo, en la iglesia de San Francisco de Paula, fronteriza al callejón que con sus parientes habitaba. Prosternábase ante el altar mayor a los pies de la Virgen del Perpetuo Socorro, que desde el fondo dorado del cuadro miraba misericordiosa a la pecadora soportar en los brazos cansados un niño tan bello como el Divino que sonreía en los inmaculados de ella. No se le ocurría a Paulina que fuera irrespetuosa o impía esta comparación que su ternura le inspiraba. Sin razonarlo, sentía que sobre la falta y la miseria la elevaba la maternidad, y, escudada con su hijo, fijaba los ojos llorosos en la *Mater amabilis*, que, por amor al celestial Infante, cuya rubia cabeza oprime la corona del mundo, había de amparar al pobrecillo que, reverentemente despojado de la gorra, lucía los apretados ricitos. Los únicos momentos tranquilos de sus días amargos los vivía Paulina en la atmósfera sedante de la iglesia, donde hallaban reposo su ánimo y su cuerpo, quebrantados, a las plantas de la Virgen familiar que, como una madre de la tierra, guarda tiernamente la mano del Hijo entre las suyas acariciadoras. A las oraciones aprendidas en la infancia

unía Paulina los ruegos ardientes y el relato de sus diarias cuitas:

—Madre mía, que ese mal padre mire algún día por esta criatura... Virgen Santísima, que ni jabón para lavarle la ropita tengo... Niñito Dios, auxíliame para sacar bien la manchita del bordado; mira que si en la tienda la notan no me dan más trabajo —. Y tranquilizada por las preces y las confidencias, Paulina suspiraba, esperando la altísima protección. Su fe la salvó. Entre las más asiduas devotas de San Francisco de Paula figuraba una viuda de mediano pasar, confesada del superior de los redentoristas, oráculo infalible de las dudas sacristanescas y respetada celadora del coro de San Alfonso María de Ligorio, como lo atestiguaba la medalla de plata que, pendiente de una cinta azul, ostentaba sobre la severa manta negra, para dirigir, con el solemne gangueo del caso, los rezos de sus cofrades. Fué su esposo el comandante Moreno Ausejo, militar del antiguo cuño, ignorantón, valiente y revoltoso en sus tiempos de actividad y estrategia, verboso disparatador en los de indefinido, y que, a falta de prole, dejó a doña Encarnación una pensión de montepío y una propiedad en la calle vecina al molino de Presa, que la daba albergue y renta. Era una casa medianeja, de un solo piso, que tenía a ambos lados del zaguán las puertas de dos departamentos de reja, pequeñín el de la izquierda, algo más grande y cómodo el otro, y al fondo del patio las del principal, que habitaba la

dueño en compañía de una ahijada feuscona y de edad incierta, variante anodina de la difundida especie que en Lima se conoce con el gráfico nombre de beata zapatona. A un lado del patio se abría el estrecho pasillo que corría a lo largo del zaguán y, al terminar éste, se ensanchaba, formando un callejón hasta de dos metros de ancho, pavimentado con piedras de río y con cinco habitaciones numeradas por banda. Componíase cada una de dos cuartos enladrillados y un corralito, que servía también de cocina; en su recinto habrían podido quizás albergarse incómodamente cuatro personas; pero era rara la que no tenía el doble de habitantes racionales, amén de una gata cazadora, o un perrito travieso, o un gallo bravucón, o unos patitos chapuzándose dentro de una batea, o una pareja de *cuyes*, tan dañinos y repugnantes como sus parientes las ratas. Cerraba el callejón una a modo de plazoleta irregular, con piso de tierra dura, en que los baches alternaban con los charcos, decorado en un extremo por tosca pila de fierro, siempre con el grifo abierto, y en toda su extensión por piezas de ropa puesta a secar en cordeles. Era ese sitio campo de juego de los muchachos, de labor de las mujeres, que allí se proveían de agua y lavaban sus trapos, de expansión de los hombres y de Agramante de todos, inclusive la propia doña Encarnación, que en él tenía a la par penitencia y entretenimiento, pues si los jaleos que solían armarse la hacían coger el cielo con las manos, dábanla tam-

bién ocasión para chillar, intervenir, disponer y ordenar, cosas todas por las que se pirraba la buena señora.

La intención caritativa tenía no poca parte en esas aficiones de doña Encarnación, y fué ella la que la llevó a interesarse por el chiquitín gracioso y la abatida joven, que con frecuencia encontraba ante el altar de la Virgen del Perpetuo Socorro. Fácil le fué tener en la misma iglesia noticias de ellos, y para ampliarlas detuvo a Paulina en el atrio y la dijo que fuera a su casa para encomendarla algún trabajo. Con su inseparable Abelardito se presentó la muchacha, más miedosa que esperanzada; recibió el encargo, regresó a entregarlo, volvió después a recoger otro, y en estas entrevistas tanto preguntó la señora, tan ingenuamente narró Paulina su culpa y su miseria, y con tanta monería expresó el muñeco, en su media lengua, la admiración que le causaban los trastos y chirimbolos de doña Encarnación, que ésta, después de exponerse a sí misma todos los razonamientos que se hacen los buenos de cortos alcances antes de otorgar un favor, ofreció a Paulina libertarla de la hospitalidad penosa de sus tíos y cederla el departamento de reja chiquito, siempre que fuera formal y piadosa y educara a su hijo en el santo temor de Dios.

Los transportes de gratitud de Paulina, su llanto convulsivo, interrumpido por sonrisas y frases incoherentes, asustaron al niño, incapaz aún de

comprenderlos: el abandono de la casa vieja, la somera instalación en la otra, dirigida por doña Encarnación, regañona y mangoneadora, alterando sus costumbres infantiles, acabaron de desorientarlo y malhumorarlo, y cuando, ya solo con su madre, le ponderaba ésta las imaginarias bellezas del nuevo alojamiento y le prometía aumentarlas cuando tuvieran muebles bonitos, dejóla pasmada el niño con esta respuesta:

—La señoya tene bastantes y no te da nada; yo no la queyo.

II

Si a buscar su origen fuéramos, encontraríamos que la convicción firmísima acerca de la magnitud y singularidad de su talento que acompañó a Abelardo durante su vida nació en la época misma en que su madre, por merced de doña Encarnación, llevólo a habitar la casa de vecindad de la calleja bajo-pontina. Era el chicuelo gracioso, como lo son siempre los niños, y precoz y listo como buen limeño; algo por intuición y algo porque su madre cuidaba de aislarlo de los granujas traviesos y malhablados que alborotaban la casa y el barrio con sus diabluras, mostrábase, hasta cierto punto, comedido en expresiones y modales, y doña Encarnación, que nunca tuvo hijos ni ocasión de manejar pequeñuelos de cerca, maravillábase de las salidas ingeniosas de Abelardito, y aunque concediendo que los muchachos de hoy no son como los de antes, porque los de ahora nacen sabiendo, proclamaba *urbi et orbi*, y a veces con aspavientos de reservas, encaminados a que el aludido no se envaneciera, y que en realidad servían para avispar más su atención, que jamás se había visto niño tan *sa-*

bido como Abelardo y que su inteligencia excepcional requería una instrucción esmeradísima. Paulina se esponjaba con tales elogios, y si al principio los creía como artículo de fe, pronto encontró que doña Encarnación se quedaba corta al encomiar, sobre todo desde que el chiquitín empezó a frecuentar la escuela y al regreso se entretenía trazando en la pizarrita letras y números, que, cuando no quedaban a su gusto, borraba de un lengüetazo para rehacerlos, hasta que, a fuerza de apretar el lápiz y alargar el hociquito, le salían irreprochables, o canturriando, a la par que se movía como un péndulo:

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho dieciséis...

Al chico le tiraba el estudio más que a los otros vecinitos, entre los cuales prevalecían los *vaqueros* sobre los asiduos a la escuela; además, su rapidez de comprensión, su memoria feliz, su verbosidad y desparpajo, que en los exámenes significaban lucimiento del alumno y de los profesores y cierto saludable temor al peligro, que lo alejó siempre de las *mataperradas* de primera calidad y de las batallas campales en que sus condiscípulos solían enzarzarse con los muchachos de un colegio inmediato, fueron afianzando, conforme el tiempo pasaba y Abelardo crecía, el prestigio de que su inteligencia gozaba en el concepto de maestros y estudiantes, y tam-

bién, si se ha de hablar con franqueza, en el propio. Esta superioridad, que su inexperiencia le impedía disimular, le fué en más de una ocasión dolorosa, y no metafóricamente. Podía atestiguarlo *Pericote*, un zambito inquieto y vivaracho como el roedor al que debía el apodo, y que disfrutaba de magnífica reputación como *faite* y de pésima como colegial. A la salida de clase, reíanse una vez los muchachos de que *Pericote*, por no haber oído bien lo que su compañero le sopló, contestó al maestro, que tuvo el poco tino de preguntarle algo que a él le tenía completamente sin cuidado, que el hueso de la cadera se llama abominable. *Pericote* empezó por seguir de buen grado la chacota de sus camaradas; pero Abelardo, que tenía la palabra fácil y la burla insolente, exageró tanto la nota, que el otro se amostazó, y soltando por esa boca una retahila de desvergüenzas, dedicadas en buena parte a la pobre Paulina, le atizó al lujo del colegio la pateadura del siglo, adicionada con este consejo, repetido entre puñetazos y coces: —¡Toma, para que no vuelvas a meterte en otra! ¡Los inteligentes no son *trompeadores*! —Abelardo se dió por advertido; y con un diente flojo, la boca hinchada, un ojo tapado y regular número de chichones y cardenales en el resto de su individuo, murmuraba, ampliando la contundente amonestación y elevándola a la categoría de aforismo: —Para pegarse, los brutos. Los inteligentes no son *trompeadores*.

También puso algunas espinas punzadoras en la

corona intelectual de Abelardo la primera y más fervorosa de sus admiradoras, doña Encarnación. Facultada, por sus beneficios y por tendencia irresistible de su carácter, a inmiscuirse en la vida de sus protegidos, prodigaba a Paulina sermones pedagógicos inspirados en el criterio rancio y estrecho que considera al niño como bestiecilla mal inclinada y prescribe domarlo y no guiarlo. Sin perjuicio de mimar y maleriar al chico, que, avisado y mañoso, sabía ampararse de la autoridad de ella para oponerla a la de la madre, doña Encarnación alarmábase por travesuras de menor cuantía, y, agorera machacona, angustiaba a Paulina con siniestros presagios:

—Este niño —decía en tono sibilino— te va a hacer derramar muchas lágrimas si no lo domas a tiempo. Por lo mismo que tiene tanto talento, es de cuidado.

Cogida, como entre la espada y la pared, entre su amor maternal, teñido de admiración, y la obediencia agradecida y miedosa a la benefactora, falta de energía y de sagacidad para hacer valer sus derechos ante una y otro; apocado el escaso ánimo por las mezquinas luchas y penurias de su mísera existencia, Paulina no sabía lo que debía hacer ni atinaba siquiera a ocultar al hijo sus vacilaciones. Este, que ya no osaba levantar el gallo delante de *Pericote*, envalentonábase con la madre.

—¿Qué tiene esa vieja que meterse a mandar aquí? —refunfuñaba—. Anda, dale gusto, y verás

cómo le digo en su cara que por unos cuartos cochinos que nos da no me dejo yo gobernar por una bruja tuerta. (La viuda de Moreno Ausejo bizqueaba un poco.)

Asustada Paulina con estas amenazas, amainaba en las suyas, y el muchacho, comprendiendo poco a poco la situación, aprendió a dominar por el terror a su madre y a disimular ante doña Encarnación, primero sus rebeldías infantiles, pronto el sordo rencor que la necesidad de la hipocresía hizo germinar en él. Así llegó a los doce años; pequeñito y delgado, sólo aparentaba diez; tenía, como la madre, el cuerpecito esbelto, la cara menuda y bonitilla, el pelo abundante, crespo y prieto, delator de la no lejana ascendencia africana, y los ojos grandes, grises, poco amigos de mirar de frente, como los del padre, aquel padre desconocido del que sólo oyera hablar entre quejas e imprecaciones, y que con la esposa que la Iglesia y la sociedad le habían dado, con hijos halagados y queridos, vivía en una hacienda que el niño abandonado imaginaba fantásticamente bella como los palacios de los cuentos de hadas. Fué a esa edad cuando la viuda de Moreno Ausejo juzgó que había llegado para Abelardo el momento de la primera comunión, y, deseosa de completar la obra caritativa que dos lustros antes comenzara, quiso prepararlo ella misma para la santa ceremonia. Nunca lo hubiera hecho si su simplicidad pudiera sospechar que las verdades eternas, borrosa-

mente sentidas y comprendidas rutinariamente por su espíritu limitadísimo, resbalaban sin dejar huella en el ánimo del niño, incapaz de interesarse en la monótona repetición, y que los principios de humildad, obediencia, gratitud y resignación, apoyados en el temor de las penas sin término, hallaban un eco hostil, acaso por dureza del oído que escuchaba, tal vez por torpeza de la interpretación.

El día de San Luis Gonzaga, vestido con ropas nuevas y en fila con otros chicos, entró Abelardo en la iglesia acogedora de San Francisco de Paula, resplandeciente como un ascua de oro, olorosa a flores y a incienso. Al acercarse al comulgatorio vió a su madre de hinojos, tocada con un velito negro, mirándolo emocionadísima; conmovido también, cayó de hinojos, y al detenerse ante él el sacerdote se sintió anegado en divina dulzura. Terminaron los actos piadosos y llevaron a los niños a desayunarse. Habían puesto la mesa en uno de los claustros, y cerca de ella, empinándose para ser vista, lo llamaba su madre agitando el pañuelo. Quiso el chico volar donde ella; pero le salió al paso doña Encarnación, ostentando la medalla de plata y la cinta celeste, abiertos los brazos, clamando enfática:

—Quiero ser la primera en felicitarte.

Las amigas apoyaron:

—Sí, a usted le toca, Encarnación. Hija, es tu obra. Este niño sabrá agradecerte y recompensarte.

El muchacho, resignado, aceptó caricias y plácemes; pero aquel abrazo robado a su madre le amargó toda su inefable alegría.

Al besarlo Paulina, le preguntó ansiosa:

—¿Le has rogado a Dios que toque en el corazón a tu padre? ¿Le has pedido que mejore nuestra situación?

Abelardo contestó con un movimiento vagamente afirmativo; no atinaba a decir ni a explicarse a sí mismo que en aquel momento lo más puro y generoso de su espíritu infantil sintió que recibía tanto que ya no le quedaba nada por pedir. Su pobre madre no lo hubiera comprendido; ella sólo iba a la iglesia a solicitar. ¡Necesitaba tanto! Nombre y protección para el hijo abandonado, ropa para su desnudez, pan para su hambre. La caridad bendita de doña Encarnación le aseguraba albergue; era mucho; pero era aún más lo que le faltaba; a veces hasta el trabajo, que la cansaba harto y la daba poco. Felizmente, en esos días la había contratado para coser la ropa blanca de los niños una señora buena y generosa. Paulina sólo deploraba que viviera muy lejos de su barrio, en la avenida Piérola, lo que la obligaba a madrugar demasiado para tener tiempo de dar el desayuno a su hijo, asear las habitaciones e ir a la compra antes de las nueve de la mañana, en que debía llegar a la casa; ella almorzaba allí, y Abelardo, aunque se resistió, lloró y pateó, tenía que hacerlo donde doña Encarnación; a las seis regresaba Pau-

lina a su casa y entretenía a su hijo con la descripción de la que acababa de dejar. El día de la primera comunión del niño fué de asueto para la madre; en la noche, solos los dos, ella, como culminación de la solemnidad, le ofreció que al día siguiente conocería el palacete de la avenida Piérola.

—La señora me ha dicho que te lleve; ya verás qué jardín tan bonito; no es muy grande, pero es lindísimo; se ve desde el cuarto de costura. El comedor sí que te va a gustar, con ese piso que llaman *parquet* y unas lámparas y una cristalería y unos muebles... A su lado, los de doña Encarnación son unos adefesios. El escritorio del señor no lo he visto, ni la sala grande tampoco; Juliana, la *mama* de la niñita, que la cuida desde que nació hasta ahora, que tiene trece años, me ha contado que son magníficos. ¿Y el tocador de la señora? ¿Y su dormitorio? ¿Y los de los niños? ¿Y sus juguetes? Eso te va a encantar. Todos tienen bicicletas.

—¿La niña también?

—También; y monta perfectamente. ¡Si la vieras! Va ligerito, ligerito, como si no tocara el suelo, y le vuela el pelo rubio; parece un ángel.

Doña Encarnación había anunciado a Abelardo que aquella noche, la del día más feliz de su vida, como rezaban las estampitas conmemorativas, soñaría con los angelitos. La profecía se cumplió; pero los querubes que vió el muchacho en su dor-

mir inquieto no eran chiquitines, gordezuelos y con alas en los hombros, como los que en el cuadro de la Purísima se acurrucan a los pies de María o revolotean entre las nubes; eran esbeltos y gráciles, con grandes lazos en los áureos cabellos, y en vez de agitar las alas pedaleaban incansables, con piececitos calzados de seda y charol, las bicicletas de acero.

III

Sin que lo enturbiaran las vicisitudes y andanzas de su existencia aventurera, persistió en el espíritu de Abelardo el recuerdo claro y risueño de su primera visita al palacete de la familia Sanz. Veíase adolescente tímido y mal desarrollado, con el trajecillo negro estrenado en la solemnidad de la víspera, sentado en un extremo de la gran mesa en que su madre cortaba piezas de ropa blanca, y más atento que a las estampas del libro colocado ante él a los movimientos caprichosos de un brazo apoyado en el quicio de la puerta y perteneciente a la mimada personita que en la habitación vecina murmuraba entre dientes quejas acerbas:

—Ni un ratito la dejan a una ir al jardín... Aquí encerrada tiene que pasarse una la vida... Y luego dirán que una es llorona...

Aquella a quien estos no muy disimulados reproches iban dirigidos —una dama de cuarenta y tantos años, medianamente gruesa, de rostro hermoso y apacible expresión —juzgó llegado el momento de cambiar la política de sorda impasibilidad por la de transacciones sagaces, y habló así:

—No, hijita; al jardín no sales; ni pensarlo; está lloviendo a torrentes. (En efecto, por la ventana se veía el menudo gotear del aguacero limeño, abrillantando las hojas y las flores.) Para eso, menos daño te hubiera hecho ir al colegio. Vamos, ven acá y conocerás al chico de Paulina.

La invitación no interesó sin duda a la quejosa, pues no se dignó moverse ni responder. Entonces la madre se acercó a ella, la habló en voz baja, y, apoyando la mano en su espalda, la hizo entrar en el cuarto de costura. La chica mantenía el brazo levantado a la altura de los ojos, que se cubría obstinadamente con la mano para que se supusiera en ellos lágrimas ausentes. Paulina se apresuró a saludarla y a aturdir a su hijo con órdenes repetidas:

—Abelardo, levántate; dale los buenos días a la señorita; pregúntale cómo sigue de la garganta; acerca una silla para que se siente...

El muchacho, de pie, a la par cohibido y curioso, no atinaba a despegar los labios. Su silencio debió sorprender a la niña, que apartó la mano, dejó ver la cara rosada y redondita, los claros ojazos y soltó la más fresca y espontánea carcajada. Abelardo no pensó entonces ni descubrió después, por mucho que meditó en ello, si esa risa la hizo brotar su facha de doctrino, la reacción de un enfado mañoso o el goce pueril de encontrar un juguete nuevo, una distracción al aburrimiento. Lo ignoró siempre; sólo sabía que en ese instante, con-

tagiado de la franca alegría, rió también contento y que después, ya mozo, con la cabeza hirviente de teorías demoledoras y atormentado el corazón por rencores de desheredado, el eco lejano de aquella risa niña le era irrazonadamente dulce y amable, como el de las campanas de su iglesia familiar repicando a gloria.

En esa casa, que, rodeada de un jardincillo, elevaba sobre una gradería de piedra su arquitectura esbelta y sobria, se le presentó a Abelardo la vida bajo una nueva faz, que mientras más recreaba sus sentidos y excitaba su cándida admiración más dolorosa era para su desamparo, más humillante para su precoz ambición. Hasta entonces su vanidad instintiva le había hecho creerse superior a cuanto le rodeaba: a los vecinitos del callejón, mulatos e indios casi todos, que veían en él al *niño del departamento de reja*, es decir, a alguien colocado un poquito más alto en la escala social, lo que, por supuesto, no era inconveniente para jugar con él al toro ni para arrimarle un par de trompadas si surgía pretexto de querella; a sus compañeros de estudios gratuitos en la escuela fiscal, hijos de artesanos o de criadas casi todos, y ninguno tan inteligente como Abelardo, en opinión de éste; a su madre infeliz, que sólo por los ojos de él veía; a la misma doña Encarnación, que, casi analfabeta, pasmábase de la rudimentaria ciencia de su protegido, el cual la tuvo en menos desde que pudo comparar la existencia rutinaria,

opaca, oliente a moho, de la propietaria del caserón bajo-pontino con la de la familia Sanz, variada y viva en el ambiente elegante del barrio moderno. Cada cual a su manera, contribuían todos a la animación de la casa: el padre, abogado distinguido, político hábil, equilibrista diestro en posturas airosas y caídas favorables; la señora, acogedora y zalamera; los hijos, con el alboroto continuo de amiguitos de diversos tamaños; el enjambre de gentes del servicio... Parecíale a Abelardo aquella casa la más bella y divertida del mundo, y presentábase en ella con cualquier achaque que la bondadosa indiferencia con que era recibido le permitió trocar pronto en costumbre frecuente. Si hubiera podido sospechar el muchacho las preocupaciones y esfuerzos que para el doctor don Maximiliano Sanz representaba el bienestar de los suyos, quizá no lo hubiera encontrado tan codiciable; pero como los niños felices que los gozaban, y a más hermoseados por el prestigio de la novedad, él sólo veía la morada cómoda, los muebles de moda, los lindos juguetes; los veía, y sus pupilas se ensombrecían al recordar sus cuartuchos enladrillados, su dura cama, sus chirimbolos groseros, que ni imitar podían a aquéllos tan caros que entretenían las aficiones mecánicas y desarrollaban los músculos de los seres privilegiados que tenían padre que se los comprara. ¿Y el suyo, aquel desconocido que engañó a una desgraciada y nunca se cuidó del hijo abandonado? Abelardo

conocía la deplorable historia; entre los pobres no hay secretos de familia; pero no sabía a ciencia cierta si era despego, curiosidad o atracción lo que le inspiraba el autor de sus días; en cambio, se dió pronto cuenta clara de la irreductible antipatía que profesaba al jefe de aquella casa tan de su gusto. Y no porque don Maximiliano lo hubiera tratado nunca mal. Al principio ni reparó en él, y no contestaba o decía un distraído «Adiós, hijo» cuando el muchacho, al pasar a su lado, lo saludaba quitándose la gorra. Un día que un fuerte catarro lo retuvo en su habitación, la señora, para entretenerlo, le presentó a Abelardo, haciendo de él grandes elogios. Ese era el débil de la excelente dama: la manía ditirámbica; podía decirse que personificaba los puntos de admiración. «¡Qué lindo! ¡Qué precioso! ¡Qué elegante! ¡Qué admirable! ¡Qué espléndido!» eran frases que no se le caían de la boca. Los vanidosos, encantados, pagábanle en la misma moneda, y ella, herida en su modestia, poníase por los suelos. Los indulgentes decían: «La mujer de Sanz es muy buena; un poco cándida...» Otros comentaban: «La mujer de Sanz es muy cándida, pero buena.» La colocación del *muy* era la que daba el tono al concepto unánime de bondad y tontería. Ostentó ambas condiciones cuando llevó al niño donde su esposo, ponderándole lo inteligente, lo aplicado, lo formalito y buen hijo que era.

—Ya, ya —dijo don Maximiliano, condescendien-

te —. ¿Conque éste es el chico de...? ¿Cómo se llama esa costurera?

—Paulina, hombre. ¿No te acuerdas? Esa joven tan juiciosa, tan prolija, tan...

—Sí —atajó el señor Sanz —. ¿Y tú qué haces, hijo? ¿Vas al colegio? ¿En qué año estás?

—Voy a terminar en éste la instrucción primaria —respondió Abelardo, esforzándose en aparentar desenvoltura.

—Bien, bien. ¿Y luego qué piensas hacer?

Abelardo calló porque le avergonzaba decir que no tenía dinero para seguir los cursos de instrucción media.

—¿Aprenderás un oficio? —insistió el abogado.

Indignado por la pregunta, que le sonó a ofensa sangrienta —¡obrero él, con su talento! —, contestó el muchacho muy decidido:

—No, señor; quiero estudiar; quiero ser abogado.

—Pues si de veras lo quieres, seremos colegas; yo te ayudaré; por lo pronto, veré de conseguirte una beca en el colegio de Guadalupe; soy amigo del director.

Entre esta conversación y la época oportuna para que el doctor Sanz se ocupara del cumplimiento de su promesa pasaron algunos meses. Fueron para Paulina de alternativas de esperanzas e inquietudes por la realización de la oferta, que se le imaginaba la llave del porvenir de su hijo, y proporcionaron a éste ocasiones abundantes de

menospreciar los sentimientos de respeto y gratitud de la madre y desbaratarle, con maligno gozo, sus castillos de naipes a fuerza de burlas amargas y comentarios precozmente escépticos sobre la fe que deben tener los pobres en las palabras de los ricos; y siguiendo por este camino, unas veces escandalizaba a Paulina y otras la hacía reír, remedando grotescamente o describiendo con trazos caricaturescos la apostura finchada de don Maximiliano, o los aspavientos de su mujer, o las disputas de los niños, o el chismorreo del ama de llaves, o el hablar tartajoso del tío Cipriano, un pariente infeliz, o la ridícula infatuación del *chauffeur*. Sólo perdonaba los sarcasmos a la señorita Teté, como él llamaba a la niña de la casa, hermanando el tratamiento respetuoso con la caprichosa contracción de su nombre, que era Ester, el mismo de la mamá. Risueña, mimosa, juguetona, Teté lo alegraba todo con sus cándidas pupilas claras y su ingenua zalamería; alegraba más aún la almita tempranamente recelosa y sombría del niño desencantado, que veía en su gracia de pimpollo el compendio delicioso de cuanto es amable en la vida. Y esa privilegiada criatura trataba a Abelardo como nadie lo había tratado en el mundo: le hablaba de usted... ¿Capricho infantil, coquetería inconsciente, reserva instintiva para evitar confianzas poco gratas, delicada intuición femenina? No es fácil precisarlo; y en la casa todos reían de la singular excepción que la chicuela, acostum-

brada a tutear a cuantos conocía, hacía con el muchacho, y éste se esponjaba con ello y lo recibía rendido y como alta merced, él que jamás agradeció favores positivos, siempre escasos para su deseo, siempre ofensivos para su orgullo. Abelardo comprendía que en las risas continuas de Teté, en las bromas de que le hacía blanco, palpitaba la franca simpatía que él no sabía hallar en la hueca verbosidad de doña Ester, ni en el tono protector de don Maximiliano, ni mucho menos en la circunstancial camaradería de los tres muchachos, que, si les faltaba *quorum* para sus juegos, lo llamaban imperiosos para despedirlo sin miramientos cuando no lo necesitaban. No había para Abelardo goce comparable al de ver entrar a Teté al cuarto de costura para contarle a Paulina y a él cuanto se le venía a la incansable lengüecita: el paseo de la víspera, la fiesta del santo de Fulanita, el uniforme nuevo del colegio (¡más feo y más *huachafo!* ¡Tenían todas una rabia! A las monjas sólo se les ocurrían adefesios), la furia de su *mama* Juliana aquella tarde porque un chico la había seguido hasta la misma puerta de su casa; y ella, Teté, ¡una risa!, y *mama* Juliana, como un demonio, amenazándola con acusarla a su papá.

Abelardo, que tácitamente había dado la razón a Juliana, se la quitaba al suponerla capaz de causarle un disgusto a la niña; pero ella, después de expresar con un elocuente movimiento de hombros que no la arredraban peligros, pasaba a otro tema:

—Tengo al pobre papá medio loco con tanto hablarle de un relojito pulsera que he visto donde Rosenberg. Es sencillo, con su cinta negra; cuadradito, de platino, con unos brillantitos, muy pocos, y chiquito como para niña. ¡Como están cerca las Pascuas! Y yo no aguanto ya juguetes.

Paulina suspiraba comparando a aquella niña que ya *no aguantaba* juguetes con su hijo, que apenas los había tenido.

Se acercaba la Navidad, la alegre Navidad limeña, sin frío ni nieve, de noche tibia y serena, de sol estival; la que se celebra con originales nacimientos a la criolla, graciosamente anatópicos y anacrónicos, en los que cerca de las cumbres nevadas verdea el trigo sembrado quince días antes en vasijitas de cristal; en los cuales, junto a sus majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, jinetes en sendos dromedarios, campean, minúsculos y orondos, la negra *tamalera*, a horcajadas en el borriquito; la india frutera, con las cestas colgadas de los brazos y el hijito a la espalda, dentro de la *lliqlla;* el bizcochero, que lleva en equilibrio sobre la cabeza la tabla de golosinas, y casi a la vera del Divino Misterio, no lejos del dulce Niño que sonríe en su lecho de pajas, se instala la *picantería*, donde clientes de un centímetro rodean la mesa adornada con viandas imaginarias y vasos de chicha, remedos de aquellos muy cumplidos que en las fiestas populares se apuran entre el estímulo

de finezas bien parladas: «Mi amor con usted se va. Correspondido será...»

¡La Navidad! Los regalos, las dádivas, las limosnas... Paulina, necesitada e ilusa, forjaba planes. Abelardo, casi contra su voluntad, también.

El 24, a media tarde, la señora permitió a Paulina suspender la faena, diciéndola:

—No regrese usted hasta el 27; descanse un poco. ¡Pobrecita, tan trabajadora, tan buena! Es lo que yo digo: «Como Paulina, pocas.» ¡Ah! En esta caja hay unos pastelitos para la Nochebuena y en este paquete ropa que usted arreglará como si fuera nueva. ¡Con esas manos tan hábiles! Es lo que yo digo siempre: «¡Qué manos de mujer!» ¡Ay! ¡Qué sería de los pobres si Dios no les diera esas disposiciones! ¿Ve usted? Quedará espléndido: esta bata, que ya no me pongo porque me aprieta, y esta chaqueta de Carlitos para Abelardo; eso sí, habrá que achicarla y reforzarle un poco los codos; mis hijos son muy rompedores.

Después de expresar su gratitud salieron la costurera y el chico por un lado del jardín; por el otro entraba el doctor Sanz sonriendo a Teté, que al aire la ondeante melena corría a su encuentro. Al apercibir a los que se marchaban, gritó alegre la muchacha: «¡Abelardo, felices Pascuas!» Luego, colgándose del cuello de su padre, le habló al oído, y en seguida volvió a correr hacia la casa. Don Maximiliano regresó hasta la puerta de calle, llamó

al chico, que se alejaba, y alargándole una moneda le dijo:

—La verdad, si no es por mi hijita me olvidaba de tus Pascuas; toma.

Abelardo se reunió con su madre sin decidirse a ver el obsequio que apretaba en la mano. Por el tamaño parecía una peseta; pero no, pesaba más. ¿Sería, sería...?

—¡Caray, qué calma! Muchacho, acaba de ver lo que es —chilló Paulina, exasperada.

El niño extendió la diestra: en ella, áurea, redonda, netamente acusado el incaico perfil, brillaba la libra peruana.

—Mamá, no es media libra; es una entera —balbuceó Abelardo, feliz—. Son diez soles, diez soles míos. Eso cuesta allí, en Desamparados, en una tiendecita, yo sé, yo sé, una enciclopedia; son dos tomos y no están muy viejos; no creas, enteritos; tiene retratos, tiene grabados de máquinas, de edificios; aprendiendo eso se sabe todo; ¿no ves que es enciclopedia? Todavía estará abierta la tienda; la compro, la compro.

—No seas estúpido, muchacho —exclamó Paulina, colérica —. ¿Te vas a gastar diez soles en libros cuando estás con los dedos de *juera?* Con esto te compro zapatos y desempeño mi falda nueva.

Protestó Abelardo, indignado; insistió la madre, razonando unos ratos, imponiendo otros; en la casa arreció la disputa; el muchacho, atrevido y exaltado, defendía su derecho con gritos y denues-

BIBLIOTECA NACIONAL LIMA-PERU

tos; al escándalo acudió doña Encarnación, y al enterarse de lo que ocurría apoyó enérgicamente a Paulina. Abelardo, en el colmo de la ira, se insolentó con su protectora, echando por esa boca sapos y culebras. Resultado: que entre las dos le quitaron la libra, le arrimaron unos cuantos sopapos y, dejándolo encerrado bajo llave, se fueron a desempeñar la falda y a comprar los zapatos, porque la viuda de Moreno Ausejo, recelosa de la debilidad de Paulina, no quiso dejarla libertad de acción.

¡Oh efímera fortuna apenas asida por la mano adolescente! ¡Libro codiciado, fuente soñada de ciencia, retirada de la boca sedienta que casi iba a catarla! ¡Dulces Pascuas! ¡Con cuántas gotas aumentasteis la hiel que se iba sedimentando en el alma del niño desheredado!

Aumentólas también el verano luminoso, pródigo para otros en alegres esparcimientos, llevándose a Teté y a los suyos a las playas de La Punta y cerrando el palacete de la avenida Piérola. Un domingo de enero, en posesión Abelardo, por milagros de economía, de los realejos precisos para trasladarse al balneario elegante, marchó a él ilusionado y regresó al caer de la tarde, hosco y sarcástico. La niña no estaba; tampoco su padre, a quien el chico preparábase a recordar la promesa de una beca para el colegio nacional de instrucción secundaria. Habíanse ido de excursión a la isla de San Lorenzo en un *yacht*, que lejano y pequeñito mostraron

al muchacho. Los goces esperados trocáronsele en melosidades de doña Ester y en burlas, inconscientemente crueles, de sus hijos. Vengóse de unas y otras en su madre, mofándose, con frases acerbas, de su confianza en las ofertas del doctor Sanz.

—¿Conque beca para Guadalupe, recomendación para el director? Sí, sí; espérate echada. Idiota se necesita ser para creerle a ese farsante; prometió, y ni se volvió a acordar. ¡Qué le importa al muy canalla que uno se haga ilusiones ni que...!

—Calla, hijo, por Dios, y considera que no es por maldad que lo haya olvidado; ¡tiene tantas cosas en qué pensar!

—¡Claro! ¡En sus pillerías! Su estudio de abogado es una cueva de ladrones; y cuando ha sido ministro no ha hecho el muy sinvergüenza otra cosa que llenarse los bolsillos con la plata de la nación, que es la de todos los peruanos; con lo tuyo, con lo mío, es que tiene auto y le compra alhajas a la pandorga de su mujer y lleva elegantes a los burros de sus hijos, que por más colegios que les paguen son unos bestias que para un día de fiesta quisieran saber la décima parte de lo que sé yo, y vive en una casa espléndida y come de boda todos los días, mientras nosotros estamos metidos en una pocilga, y comemos... ¡mira qué piltrafas! —dijo señalando los restos de su escasa comida, para terminar con altisonancia que hubiera resultado cómica a no ser desgarradora: —¡A esto le llaman manutención!

Paulina intentó calmarlo con vagas promesas:

—No te desesperes; una de estas tardes iré al estudio del señor a rogarle... Pero ¡me da tanta vergüenza! Hay siempre allí mucha gente, muchos personajes. Mejor iré a La Punta a pedirle por favor a la señora...

—Eso; te gastas cuarenta centavos en tranvía, y como si los tiraras a la calle. ¡Para el caso que te harán! Con súplicas nada se consigue; hay que meter miedo; espera, espera, yo seré grande, escribiré en los periódicos, le sacaré los trapitos al sol al respetable señor doctor don Maximiliano Sanz (aquí una reverencia irónica y desgarbada), y ya verá lo que es cajeta; entonces será a él a quien le toque rogar.

Paulina, por no exacerbar a su hijo, acababa dándole la razón; pero su alma sumisa y tímida asustábase de aquellas rebeldías del muchacho, que no sabía bien si eran brotes precoces de un talento deslumbrador o fanfarronería insolente. Sólo tuvo valor para reprocharle sus violencias declamatorias cuando, ya a fines de marzo, y hallándose más desesperado que nunca Abelardo al comparar su forzada ociosidad con los preparativos de otros chicos próximos a reanudar las faenas escolares, se les presentó una tarde, muy sofocada y verbosa, el ama de llaves de la familia Sanz.

—¡Ay, doña Paulina; déjeme usted sentarme, que vengo muerta! ¡Sólo por usted y por esta criatura he podido darme tan tremenda caminata, por-

que el tranvía de Malambo deja lejitos; y para remate de fiestas, el calorazo; ya no es su tiempo; pero creo que está más *juerte* que en plena canícula; o será que me ahogo en Lima, acostumbrada a ese fresco riquísimo de La Punta; es como estar en un buque; por mi gusto no me movería de allí; pero a la niñita se le antojó que viniera a cambiar unos pañuelos que compró ayer y que luego, mirándolos despacio, no le han gustado. Ojalá no le pase lo mismo con éstos, y me haga volver mañana. Ya que vine hoy, como yo sé que la señora para ciertas cosas sólo en mí tiene confianza, y para hacerles un servicio a usted y a Abelardito, que me da tanta pena ver los trabajos que pasan, me ofrecí a traer este papel que el señor llevó hace días y que diz que si usted lo entrega al maestro del colegio le enseñarán al chico de balde.

Así, por merced de aquel a quien se proponía atacar no bien le crecieran un tantico las garras, consiguió Abelardo el *desideratum* de sus aficiones estudiantiles: la entrada en aquel famoso colegio de Guadalupe, cuya vieja leyenda, que lo consagraba como el centro de los más ingeniosos *mataperros* y más temibles *trompeadores* de Lima, había llegado sazonada con sabrosas anécdotas hasta él, que, en cambio, ignoraba la hermosa historia del colegio: su fundación, con miras nacionalistas, por don Domingo Elías; las enseñanzas luminosas y sólidas de los Gálvez; la noble labor educativa del español don Sebastián Lorente. Los

tiempos alcanzados por Abelardo fueron muy otros: no eran ya los guadalupanos los primeros *mataperros* del país, y viciaban el ambiente escolar ráfagas de extranjerismo, por forzado y prematuro, malsano.

Fueron para Abelardo, los allí pasados, años turbulentos o alegres, de pendencias y bromas, de lecturas a destajo y conatos de calaveradas, de atropellados estudios, emprendidos más que con ánimos de aprender, con el de lucir en los exámenes y chafar a los condiscípulos, mientras llegaba el momento de brillar en la Universidad, donde había de conquistar el título que, al igualarlo al doctor Sanz, lo elevaría al nivel de la envidiada familia cuya vida seguía siempre de cerca.

Pasado el deslumbramiento pueril de los primeros tiempos, los ojos despabilados de Abelardo percibían los costurones y remiendos del tapiz que tan hermoso anverso presentaba. Su madre, cada día más adentrada en la casa, le contaba la chismografía de los criados, los comentarios de Juliana y hasta las lamentaciones confidenciales de la señora que, achacosa la salud y empequeñecido el ánimo escaso por las contrariedades domésticas, solía desahogarse con la costurera. Max, el primogénito, iba a acabar con su madre; ya se ve: tanto mimo, libertad tan temprana, ¿dónde iban a parar? Ella se lo había dicho a tiempo al marido: «A este chico hay que meterle en cintura»; pero él, encantado de ver a su hijo tan gallardo, lu-

ciendo el primer frac con el empaque de un diplomático avezado, le había dado, aun no cumplidos los dieciocho, carta blanca para sus gastos y llave de la puerta de calle para que entrara y saliera sin cortapisa alguna; y ahora, con veintidós años encima, ¿quién puede con él? No se contiene en nada, ni oye consejos; gasta como si fuera millonario, y los amigos lo saquean, por lo mismo que, en el fondo, es bueno, bonísimo; usted habrá podido notarlo: ese chico tiene un corazón de oro, y, claro, los gorreros abusan de él y no lo dejan trabajar para que los convide a divertirse; pero con los otros no pasará esto.

—También pasará—cuchicheaba luego Juliana a solas con Paulina —. Cuando el mayor se tuerce, los demás lo imitan, ya se sabe, y si el mal ejemplo viene de arriba, peor que peor. Eso, más que las locuras de Max, es lo que tiene enferma a la pobre señora. No sé con qué cuento le han venido de un entretenimiento que tiene el señor allá por las Nazarenas; diz que se sacó una muchacha, que le ha puesto casa, que la tiene con mucho lujo y que ella lo luce porque es preciosa. Yo no creo todo lo que cuentan, porque la gente es muy dada a exagerar; pero de que hay algo no tengo ni pizca de duda; es un golpe tremendo para la señora, porque, como es tan buenaza, esas cosas la toman de sorpresa, aunque debía estar acostumbrada, porque el señor siempre ha sido alegrón y del ojo vivo. Verdad es que últimamente parecía muy compuesto

y tranquilizado; pero el demonio no se duerme, doña Paulina, no se duerme.

La costurera repetía a su hijo estos relatos, adicionándoles sus personales observaciones sobre el derroche de aquella casa.

—Todos gastan a porfía, y nadie pone tasa ni lleva cuentas; eso va a acabar mal; como veo las cosas desde adentro, me hago cargo y no se me escapa que tienen días de apuros y deudas gordas.

Abelardo oía con maligno gozo esos detalles que le parecían los crujidos precursores de la ruina del suntuoso edificio, foco de su admiración y de su envidia; derrumbaríase podrido el palacio y cogería debajo a sus moradores. ¿Cuál tendría fuerza o destreza para escapar? Ninguno; ni el dueño de la casa, cuyos bríos ya amenguaban las decepciones de la paternidad y los excesos de su vejez licenciosa; ni la infeliz señora, quejumbrosa y enferma; ni los hijos, fatalmente destinados a rodar por la pendiente del vicio; nadie, ni el último galopín de la cocina, salvaría de la catástrofe. Sólo quedaría vencedora del daño, inaccesible al mal, siempre pura, rosada y risueña como la vieron por primera vez los ojos maravillados del chiquillo pobre, esa preciosa flor de vida que ya sólo para *mama* Juliana era la niñita, y a quien los demás llamaban, con el mismo nombre que tan unciosamente la daba Abelardo, la señorita Teté.

IV

¿Cómo pudo Paulina realizar el milagro de sostener a su hijo y presentarlo medianamente limpio y decentito durante esos años difíciles de la adolescencia en que fué alumno del colegio de instrucción media? Por ley fisiológica crecía el muchacho; crecía su caudal científico, de manera que parecía asombrosa a los ojos ingenuos y amorosos de la madre; crecían sus necesidades y crecían también sus pretensiones; y para satisfacer los apremios de la vida y luchar contra las dificultades cuotidianas, más pronto renovadas que mal vencidas, la pobre mujer sólo tenía sus brazos cansados, su espíritu débil y su corazón abnegado y humilde, que no se avergonzaba de la demanda ni se desalentaba con la negativa. Y así, a fuerza de trabajar y pedir, de economías inverosímiles y continuos sacrificios, iba Paulina sacando adelante a su hijo, aplacándole el hambre, curándole las enfermedades, vistiéndolo de vejeces y desechos que a fuerza de jabón, plancha y aguja tomaban aspecto de ropa a la de veras. Y la tarea era cada día más ardua: aquellos tiempos en que de unos re-

tazos sobrantes a la señora Sanz y un abrigo caduco de doña Encarnación hacía Paulina un pantaloncito corto y una blusa marinera estaban lejos; ya el niño iba alcanzando estatura de hombre y necesitaba vestidos de tal, cuellos y puños aseados, corbatas. Además, era presumidillo; ¡claro, con su figura! La madre, que la encontraba semejante a la de un príncipe de cuento de hadas, no podía reprochárselo, y desvivíase por ataviarlo en relación a lo que merecía. La ayudaba no poco el guardarropa, siempre bien provisto, de los chicos Sanz, y su desorden y antojos de muchachos consentidos, más dados a pedir cosas nuevas que a conservar las ya adquiridas. Llevaba Abelardo el alta y baja de ropa, sombreros y calzado de los engreídos mozalbetes con más minuciosidad que el mejor tenedor de libros los de una casa comercial, y era para él motivo de inquietud y esperanzas oír a uno de los señoritos renegar contra el sastre que no atinó a hacerle un gabán según sus indicaciones o a *mama* Juliana lamentarse de que rechazaban hasta el menor zurcido en los calcetines, aunque ella ponía los cinco sentidos en los primores del remiendo. Al enterarse el muchacho de uno de estos graves incidentes ponía en guardia a la madre:

—Tú, estáte al *aguaite;* puede que caiga algo, porque he oído esto o lo otro.

Era superflua la recomendación. Paulina, siempre preocupada de su hijo, sabía aprovechar la ocasión para solicitar la dádiva, que había de provo-

car en Abelardo más frases despectivas y sarcásticas cuanto más vivo había sido su afán de obtenerla. En estas luchas llegaron los últimos años escolares del chico, que fueron lucidos y le valieron algún premio; no el primero, la clásica medalla de oro, porque esas distinciones tan altas nunca son para los pobres por mucho que las merezcan, como tristemente decía Paulina, eco atenuado de las declamaciones de su hijo, a doña Encarnación y a la sobrina beata, que a la par que asentían a sus palabras la exhortaban a ser paciente y conforme, no fuera a castigarla Dios.

—Si yo me conformo, con todo me conformo —se apresuraba a contestar la infeliz, temiendo, en su mezquino y asustadizo concepto religioso, que el Señor fuera más severo con sus quejas que compasivo con sus angustias.

Aliviáronse éstas un tanto con la salida de Abelardo del colegio. El doctor Sanz, a la sazón ministro flamantito de Gobierno, consiguió al muchacho un puestecillo oficinesco para ayuda de sus estudios universitarios, ya que seguía con el proyecto de ser abogado; y con la benevolencia generosa de las iniciaciones, cuando todo son adulaciones y plácemes y las pejigueras del cargo apenas molestan, don Maximiliano agregó a la nota del nombramiento un regalito en metálico «para que no se le fuera el primer sueldo al pobre chico en pagar su matrícula».

Empezaba a cumplirse uno de los sueños de Abe-

lardo: ya entraba, como en la suya, en la histórica casa de la Universidad Mayor de San Marcos; ya, merced a la rentita burocrática, no necesitaría vestir de prestado; ya podría saciar su hambre de sabiduría. En realidad, ¿tenía el apetito tan despierto? Abelardo, por lo mismo que nunca se lo había preguntado, creía que sí; en las aulas escolares, su comprensión rápida, su buena memoria y su palabra fácil le habían dado extensa fama de listo, que su desparpajo supo aumentar. Gustaba de hojear libros y revistas, y emitía prontamente juicios más brillantes que sólidos, pero útiles a su naciente reputación y grato desahogo de la petulancia juvenil. De tanto leer atropellada y golosamente, acometióle, como a la mayoría de nuestra juventud retórica y soñadora, el sarampión literario; ya en el colegio lo solicitaban para recitar versos y pronunciar discursos en las fechas solemnes; ahora aguijábale el deseo de ver, al pie de sus lucubraciones, su nombre en letras de molde, en uno de esos periódicos que pasan por todas las manos, desde las rugosas de doña Encarnación hasta las liliales de Teté. Fáciles y floridas parecíanle las varias sendas de la literatura y confiaba en su agilidad y en sus fuerzas para recorrer de principio a fin cuantas se le antojaran; el quid estaba en tomar por la más bella y conveniente, pues para Abelardo la estética no andaba reñida con la utilidad. Se pusieron por entonces a la moda las críticas impresionistas, y Abelardo echóse a

dar sensaciones de arte, que, sin mucho trabajo, logró publicar en los periódicos, gratis, por supuesto. Cuando Paulina vió por vez primera la firma de Abelardo Torralba en el diario prestigioso y popularísimo que era ya viejo cuando ella nació, creyó estar soñando; y a aumentar la ilusión de sueño contribuían aquellas levedades, exquisiteces, hiperestesias y quintas esencias que había esparcido a granel el autor, y que no entendía ni la madre que lo trajo al mundo.

Conforme iba Abelardo acostumbrándose a que sus escritos salieran a luz y provocaran controversias o aplausos de sus compañeros, despertábasele afición por espigar en diversos campos; y así metióse gentilmente por el de las evocaciones históricas, cuando unos amigos le pidieron algo para una revista que iban a fundar con el exclusivo y nobilísimo fin de echar abajo las ya existentes, antiguallas infectas que sólo por la estupidez del público podían subsistir... ¡Buen público súfrelo-todo, respetable y discreto cuando nos halaga, despreciable y estulto si nos censura o no nos hace caso! Murió de mal de siete días la revista destinada a piqueta demoledora, y su prematuro fin emocionó tanto a Abelardo, que se le quitaron las ganas de habérselas con virreyes y tapadas. A más trascendentales empresas estaba llamada su pluma. Las abstracciones filosóficas y los problemas sociales, cada día más graves y complejos, eran temas dignos de ella, y, como reposo y esparcimiento,

alguna que otra divagación poética. Versos, sí; pero no a la manera de los antiguos bardos, con sonoridades retumbantes o melosidades de organillo; versos libérrimos, que a placer se escapen de la cárcel del ritmo y de la rima, que sepan expresar la juventud, la vida, lo nuevo; lo nuevo, eterno espejismo de la Humanidad, brújula de todos los avances y clave de muchos errores. En su febricitante ilusión moceril, no pensaba Abelardo que no era él quien podía encontrar lo ignoto y descubrir el misterio, que acaso tampoco hallaran «mañana los poetas», que, después de despreciar la vieja ilusión, y buscar inútilmente el arcano,

> ante la eterna sombra que surge y se retira
> recogerán del polvo la abandonada lira
> y cantarán con ella nuestra misma canción,

como ha dicho, con melancólica clarividencia, González Martínez. La juventud nunca cree que le es imposible descubrir todos los arcanos y penetrar por todas las rutas, y es bueno y hermoso que no lo crea; por eso Abelardo juzgaba que decía cosas hondas y desconocidas, en forma supremamente artística, cuando, por ejemplo, se le ocurría escribir:

> En el suelo vil
> se alarga el reptil,
> y sobre la altura mi genio domina
> y te eleva hasta sí,
> dulce amor.

O en un rapto de incredulidad fatigada:

> Todo es daño y mentira;
> mi sabia juventud ya en nada cree,
> no cree ni en Ti,
> y si le queda fuerzas para un deseo,
> es sólo el de dormir, dormir, dormir...

Teté, que nunca se atrevió con las prosas filosóficas del protegido de sus padres, leía sus versos, y la verdad es que muchas veces le gustaban y lo felicitaba por ellos; cuándo eran sinceras estas felicitaciones, ni el poeta ni la que soñaba como musa lo sabían a ciencia cierta; con la misma entonación alegre y la misma sonrisa amablemente burlona con que solía decirle: «Abelardo, ¡admirable el lazo de su corbata! Hoy sale usted a conquista por calle», le hablaba otras veces la muchacha de esos versos «tan lindos, tan lindos», que acababa de leer en un semanario.

Ya no eran estas charlas en el cuartito de costura, como en los buenos tiempos infantiles. Heríale a Abelardo la candorosa vanidad juvenil, de que ni los más escépticos se libran por completo, el darse cuenta de que en esa casa más que en su condición presente de intelectual y universitario lo consideraban simplemente como al hijo de la costurera, sin comprender que en la vida todo cambia y evoluciona y que, acatando esa ley eterna, más lógico sería llamar a Paulina la madre de Torralba; mas como, pese a la lógica, no era así, el joven sentía que en la mansión de los Sanz pesaban

sobre él, con peso que no podía sacudir, los favores recibidos, la dependencia asalariada de su madre, la familiaridad de los criados, la benevolencia protectora de los amos; y, sin embargo, le atraía fuertemente aquella casa, que, desmintiendo sus augurios, lejos de caer parecía mejorar, aunque fuera temporalmente, con el ministerio del papá, la ausencia de Max, despachado al Extranjero en una Legación, y las dotes de inteligencia y buen juicio que iba demostrando Carlos, el menor de los chicos, condiscípulo de Abelardo en San Marcos y hermano predilecto de Teté, con quien sólo tenía un año de diferencia. Lo mismo que cuando era niño, iba Abelardo a aquella casa impulsado por dos contradictorios deseos: estar cerca de aquella que sentía le quedaba siempre tan lejos, y gozar, aunque fuera brevemente y de prestado, del lujo material que, en doctrina, condenaba briosamente Eran las de la noche las horas que el mozo prefería para sus visitas, nunca frecuentes a pesar de que el deseo se lo pedía; al caer las diez, cuando ya su madre buscaba en el camastro reposo al diario ajetreo, solía presentarse Abelardo, de veinticinco alfileres, en el palacete de los Sanz. En el vestíbulo, si el tiempo era caluroso, o en un saloncito lleno de chucherías, cuando enfriaba, se aburrían Teté y su madre, cabeceando ésta sobre alguna labor y la muchacha levantándose del piano para coger un libro, que a poco dejaba para tenderse bostezando en un diván.

Las circunstancias hacían bien venido al recién llegado, que, inconscientemente, empezaba por dar de su visita explicaciones que la melosa verbosidad de doña Ester se apresuraba a cortar.

—Sí, hijito, te han dicho bien; he estado enferma, mejor dicho, siempre lo estoy, porque sanar, no sanaré nunca; me la paso cayendo y levantando. A ti sí te veo perfectamente, hecho ya un hombre. ¡Ay! El tiempo pasa volando. Ya sé, ya sé que cada día demuestras más inteligencia, más aprovechamiento, más formalidad; eres el premio que Dios le manda a tu pobre madre, tan sufrida, tan trabajadora...

A Abelardo un color se le iba y otro se le venía ante la perspectiva del relato prolijo de los méritos y miserias maternales; para evitarlo, preguntaba, en cuanto podía meter baza, por el doctor Sanz.

—En la calle, hijo, en la calle como de costumbre; los hombres, ya se sabe, no aguantan en casa; en cuanto acaban de comer, largo.

—Papá tenía esta noche labor extraordinaria en el ministerio—interrumpió Teté muy seria.

—Sí, y otras veces en el Club o en el teatro.

—Si hubiera ido al teatro, me habría llevado.

—¡Lástima que no haya ido usted!—dijo Abelardo con el tonillo finamente irónico, que, casi sin pensarlo, usaba al hablar con la muchacha—. Se ve mucho lujo, mucho *chic* en esta temporada de ópera.

—Gracias, amigo; no ha empleado usted mucho disimulo para llamarme frívola.

Abelardo se enredaba en disculpas semigalantes y semifilosóficas; Teté, para divertirse, le daba cuerda, fingiéndose ofendida; doña Ester, arrullada por la palabrería, dormitaba.

Aquella noche diríase que los hados se mostraban propicios al joven; se hacía tarde y era ya difícil que cayera por allí algún gomoso o alguna amiguita de esas que con su elegante impertinencia relegaban a segundo término a Torralba, quien, precisamente por evitarlos, nunca iba en la tarde a casa de los Sanz.Tampoco veía trazas de que asomara aquel petulante Carlos, que en noches anteriores soltara tan estruendosa carcajada en las barbas incipientes de Abelardo al oírle decir, en respuesta a un elogio hiperbólico de Teté, que a Rubén Darío podía admirársele por lo que hizo en su tiempo, pero que hoy quien se contentara con igualársele sería un retrasado.

No había peligro de importunos; la noche era serena, casi calurosa; estaba abierto el balcón del gabinete sobre el jardín y Teté se había asomado a él acompañada de Abelardo; una brisa leve susurraba entre la fronda obscura, agitándola apenas, y llevaba a los jóvenes el hálito de la tierra florecida, húmeda del rocío nocturno; sobre sus cabezas, en el cielo sin nubes, brillaba la cruz del Sur.

—¡Qué hermosa noche!—murmuró la muchacha

como hablando consigo misma, y quedó luego en abstraído silencio.

—Usted es digna de sentir la belleza de esta noche—dijo Abelardo al cabo de un rato.

—¡Sí! Pues es raro, porque no tiene acompañamiento de señoras escotadas y enjoyadas, de caballeros de frac, de *flirts* y de murmuraciones, que necesito yo, en opinión de usted, para gozar en el teatro; será porque la naturaleza no exige los requisitos del arte.

—No sea injusta, señorita, imaginándose que a mí se me ocurriera hacerla un reproche o una crítica: es que no supe explicarme.

—¡Imposible! ¡Usted, tan elocuente, orador obligado en los claustros de la Facultad de Letras! Ya ve que su fama ha llegado hasta mí.

—Yo seré elocuente entre mis compañeros, pero no delante de usted—contestó Abelardo ingenuamente, sin asomo de intención galante.

Sonrió la muchacha, apreciando el homenaje en la sencillez de la respuesta, y, para recompensarlo, añadió:

—No admito excusas; explíquese usted con toda la prolijidad y detenimiento precisos, que yo le oigo muy a gusto.

Abelardo la miró perplejo; la luz de la lámpara de la salita, tamizada por pantallas anaranjadas, doraba el traje gris perla y escotado de Teté, su blanca espalda, su cuello grácil; la cabeza, inclinada hacia la obscuridad del jardín, se tocaba del mis-

terio de las sombras. Ante el silencio persistente del mozo, volvió el rostro hacia él, mostrándole la claridad de la mirada y de la sonrisa.

—Vamos, hable usted.

—Temo ser confuso, vago; pero, en fin... Empecemos por descartar que yo quisiera censurar a usted; hablé de acuerdo con mi concepto de la vida.

—¿Y cuál es ese concepto?

—Pues... Que todo lo que existe tiene en el mundo una misión primordial; vea usted, las flores: son bellas y nada más, y por eso imperan en la existencia humana y lo expresan todo: simplicidad, lujo, dolor, alegría, ilusión, todo; así son las mujeres como usted, flores humanas, y como son flores, no hay que pedirles lo que al vulgo de los seres.

Calló el mozo, satisfecho de haber salido del apuro, desgranando exquisitas novedades; la chica desvaneció el grato engaño.

—Claro—repuso—. Ni siquiera se nos pide... o se nos concede la ardua tarea de sentir, de pensar o de ser útiles, como suelen serlo las flores. ¿Nunca ha tomado usted infusión de violetas para el catarro o se ha lavado los ojos con agua de rosas si estaban irritados?

—No—contestó Abelardo ofendido—. Las flores no me han curado nunca, pero sí me han hecho daño a veces con sus espinas.

—Pues ya ve usted que las flores sirven, aunque sea para picar—replicó la muchacha riendo—. Vamos, ponga usted de acuerdo al poeta con el soció-

logo y confiese que si es agradable que las mujeres seamos bellas, es moral que sepamos sentir.

—No lo niego; el amor es en la mujer lo que en la flor el perfume: le consta a usted por experiencia.

—¿Por experiencia? ¡Qué sé yo!—dijo Teté, cambiando de postura y apoyando el cuerpo erguido en la cortina descorrida que cubría la puerta.

—¿Dirá usted que no ama?

—¡Oh! Lo que es ahora, no; ahora, no; lo proclamo.

—¿Y en un pasado muy próximo?

—A ése se refería mi ¡qué sé yo!

—No está usted segura de sí—dijo Abelardo con mal disimulada amargura—, aunque él no es digno de usted.

—¿Por qué? Es honrado, es trabajador, inteligente, leal en todo, menos en amor, y eso para ustedes los hombres es *peccata minuta*.

—¡Cómo lo defiende usted! Donde hubo fuego, quedan cenizas, y bajo esas cenizas se abriga la brasita del perdón.

—No; yo no concedería ese perdón, aunque lo solicitaran, porque significaría el sufrimiento de otra mujer.

Teté volvió a acodarse en el balcón y hundió la mirada en la obscuridad del jardín y el pensamiento en el misterio. Absorta en sus añoranzas, apenas oía la voz de Abelardo, que, cerca de ella, hablaba también nostálgico e inquieto.

—¡Sufrimiento! Amor significa siempre sufri-

miento, sea correspondido y pleno, sea esperanzado, sea quimérico; pero ese sufrimiento es el que da sabor a la vida, y por eso lo bendecimos aunque las bendiciones vayan mojadas de llanto o manchadas de blasfemias. Es sufrimiento y, a la par, es esperanza; el sentido común puede asegurar que la esperanza es absurda; pero quien confía en sus fuerzas sabe que algún día podrá trocar en realidad su ensueño. ¿No cree usted, Teté, que la razón suprema de la vida es la ilusión cuando hay energía para lcanzarla?

La interrogación sacó de su ensimismamiento a la muchacha, que pensó: «¡Con bonita pregunta se me descuelga este mentecato! Voy a ponerlo en su sitio.» Y cuando entreabría los labios para dar una respuesta desdeñosa y altiva, la contuvo esta reflexión: «¡Pobre! No es suya toda la culpa: lo hago hablar por entretenerme, y como suele hacerlo mejor que mis amigos, a ratos me interesa.»

Abelardo, en tanto, repetía su pregunta.

—Mi frivolidad no se mete en esas honduras— respondió Teté sonriendo—. Acudamos mejor a la experiencia de mamá, que ya ha despertado.

Doña Ester, bostezando, se rebullía en el asiento. Los dos jóvenes se acercaron a ella; su hija, llamándola dormilona, y Abelardo, en son de despedida. Atravesó el jardín, y en el umbral de la puerta de calle se detuvo, mirando hacia la casa. Teté cruzaba el vestíbulo, esbelta y rápida, sin volver la cabeza.

Torralba hizo a pie el largo trayecto que lo separaba de su morada. Sentía una excitación agradable, una ligera embriaguez, y, a ratos, aspiraba con fruición en su mano el aroma a lilas de Coty que le dejó la de Teté al despedirse; de pronto pensó que no tenía motivo de goce y que ese placentero estado de ánimo, por reacción, sería al día siguiente de sordo disgusto; pero, rechazando reflexiones sombrías, seguía su camino, sonriendo, sin querer, a la quimera. Entró en la calleja donde vivía, y, de una ventana de reja próxima a su casa, una voz de mujer dijo insinuante:

—Abelardo, buenas noches siquiera.

—Buenas noches—respondió el joven, quitándose el sombrero y apresurando el paso.

Ya en el patio lóbrego, después de cerrar el pesado portón, Abelardo deploró su descortesía al contestar tan lacónicamente al amable saludo. ¡Cuántas noches, al retirarse a descansar, cuántos atardeceres, cuando el crepúsculo envolvía la ciudad en penumbra, había dejado transcurrir las horas al pie de esa ventana, oyendo una charla graciosa y mirando una cara bonita! Deslizándose entre los hierros de la reja, más de una vez sus manos aventuraron trémulas caricias. ¿Por qué desoyó esta noche el dulce llamamiento?

Sin acertar a darse otra respuesta, Abelardo murmuró: —Esta noche, esta noche...—y aspirando con fruición el aroma a lilas de Coty que le impregnaba la mano, entró de puntillas en su dormitorio.

V

DE TETE A ROSARIO

«No te me enfades, Rosario querida; no cometas la injusticia de creerme olvidadiza, desconfiada o poco franca contigo, que durante tantos años no has tenido secreto, grande o pequeño, para mí. Si en el tiempo que llevas de casada te he escrito poco y de poca importancia; si sólo a la ligera, y en forma frívola, te he referido algo de lo que ha pasado por mí haciéndome paladear dulzuras inefables, trocadas luego en acíbar pegajoso, no ha sido por ingrata volubilidad, como me dices, quejándote de haber sabido por otros cosas muy mías. Esos otros te las han contado de manera más o menos antojadiza, porque la verdad mía sólo yo la sé, y si no te la he contado antes no ha sido por desvío, sino por... por muchos motivos, que ya irás comprendiendo conforme te lo vaya relatando todo, sin restricciones ni eufemismos, recordando, al hacerlo, mil detalles que ¡ay! tengo muy presentes.

»Primero una confesión: sin dejar de verte con frecuencia; sin que el cariño que desde muy niña te tuve se hubiera enfriado, yo me había alejado de

ti espiritualmente desde que fuiste novia de Oscar; no era que él no me pareciera digno de ti, ni que no me fuera simpático, ni que no le agradeciera las finezas que, como a íntima amiga de su prometida, me prodigaba; no era tampoco que tú te mostraras menos expansiva y cariñosa que antes; es que eras otra y yo seguía siendo la misma; mientras yo me quedaba en el valle estrecho y bonito donde juntas gozamos frívolamente y sentimos superficiales emociones, tú estabas arriba, en la cumbre, aspirando a pleno pulmón el aire de la vida, toda bañada de sol. Esto que ahora veo tan claro y que te explico en metáfora para mayor claridad, entonces no se me aparecía muy distintamente; a ratos reconocía tu superioridad y en otros te notaba desventajas, y si muchas veces te admiré hasta envidiarte, otras, Charito amada, me reí de ti.

»Te casaste y te fuiste; llegábanme, no con mucha frecuencia, tus cartas, y por ellas veía que, más que la distancia, la felicidad te separaba de mí; yo, tu confidente de los primeros años, no era la confidente de tu ventura; sólo podía serlo el que te la daba y de ti la recibía; pronto me dí cuenta de ello... porque conocí a Casal. *Coup de foudre!*, dirás. No tanto; atiéndeme.

»Fué en una comida en casa de tío Raimundo, el hermano de mamá; estrenaba yo un traje precioso y juzgaba que no desmerecía del traje; otros compartían esta mi modesta opinión personal, y, al parecer, con más entusiasmo que los demás, un desco-

nocido, de muy distinguida apostura, no menor de treinta y cinco años, que, sentado al otro lado de la mesa, me miraba cuanto la corrección permitía. ¡Qué contenta, qué fresca y puerilmente contenta me sentía esa noche! El estrecho vallecito de marras antojábaseme más bonito y riente que nunca. Agitaba su ambiente apacible una ráfaga de curiosidad. ¿Quién era el desconocido? Estaba segura de no haberlo visto en otra ocasión y ni siquiera se me había ocurrido fijarme en él antes de pasar al comedor. Ese solterón empedernido de Pablo Sarmiento, que todo lo sabe y de todo murmura, fué el que felicitándome burlonamente por mi conquista, de la que pronto se apercibió, pues se hallaba sentado a mi derecha, vino a enterarme de lo que tan deseosa estaba de saber. Empezó por dudar de que yo no conociera a mi admirador y acabó por escandalizarse cuando vió que era verdad. «Pero ¿tú vives en un agujero, criatura? ¡No saber quién es José María Casal!» «¡Chist! Menos bulla; de nombre lo conozco, sé que es abogado de nota, catedrático de la Facultad de Ciencias políticas...» «Y tremendo Lovelace, que es lo que te interesa saber para cuidarte, aunque la cosa no pasará a mayores, porque a este irresistible galán no le gustan las solteras.» Y fundándose en que las niñas de ahora, con el cinema y el *sport* están curadas de espantos, el muy mala lengua barajó a su gusto nombres de viudas y casadas, y me relató, aumentadas y corregidas, varias historietas edificantes.

»El protagonista de ellas se me hizo presentar no bien terminó la comida; charlamos mucho esa noche, y desde esa noche abandoné para siempre el valle estrecho y bonito de mis goces superficiales; pero no para subir a la cumbre, como tú. José María se dedicó a buscarme, a halagarme, a acompañarme, a apoderarse de mí; yo, aunque fuertemente atraída hacia él, me defendía; no era coquetería, no era cálculo, no era prudente temor a su leyenda donjuanesca; era obscura intuición, adivinación misteriosa y triste. Pero, ¿qué pueden nebulosos presentimientos contra la realidad viva y dominadora? Y la realidad era él, siempre cerca de mí, rendido, ardiente, confesándome sus faltas pasadas y abominando de ellas, entregándome el porvenir. Me dejé convencer. ¡Si lo anhelaba con toda mi alma! Pensé entonces escribirte; pero era tal el vértigo de dicha que me envolvía, que no encontré reposo para hacerlo. ¡Y cuánto te recordaba y te comprendía! ¡Cómo me indignaba conmigo misma por haberme reído de ti! No quiero detenerme en el recuerdo de esos días, y, prohibiéndome lirismos, sigo mi relato escueto.

»Mi familia miraba con buenos ojos la asiduidad de Casal; la de él me colmaba de manifestaciones de simpatía, y estaba ya muy próxima la fecha de la petición oficial, que sólo en muy pocos meses precedería al matrimonio; no queríamos noviazgo largo. En esto, el drama. Salía yo una mañana sola de la iglesia de la Recoleta; había oído misa devo-

tamente, había comulgado contrita; era buena, creyente, feliz. Me detuve un momento en la puerta y miré hacia lo alto: en el pálido cielo del otoño limeño, el sol pugnaba por romper las nubes; sí, las vencería; sus rayos disiparían la neblina; su calor templaría el viento sutil que agitaba el encaje de mi mantilla y toda la ciudad estaría luminosa y alegre como mi alma. Me acuerdo que así pensé mirando a riba; y abajo, cerca de mí, una mujer me llamaba con voz queda y temblorosa: «Señorita, señorita.» La pregunté qué deseaba, un poco sorprendida; ni su aspecto serio y decente, ni su limpio atavío, ni el del hermoso niño que llevaba de la mano (¿a qué ojos se parecían los de ese ángel de cuatro años?) indicaban la necesidad de una limosna. Dijo que la era preciso hablarme, y que si yo no quería entrar en su casa, hablaríamos en el portal; la seguí. «Dispense usted que me atreva a interrogarla»—murmuró—. «Pero, ¿no es hoy el día en que debe pedir su mano José María Casal?». Rosario mía, no me indignó la pregunta; no me sublevó el que tan familiarmente pronunciaran el nombre de mi novio los labios de esa mujer; no sé por qué trágico prodigio comprendí en un instante la verdad; quizás porque instintivamente mis ojos se fijaron en los del niño, y vi, vi de quién eran esos ojos.

»—Entremos a su casa—dije entonces a la mujer. Me llevó a una salita aseada, con ventana de reja a la calle. ¿Cómo, en la tremenda turbación de mi es-

píritu, pude reparar en nimios detalles? No acierto a explicármelo; mas estoy cierta de que nunca olvidaré la estera japonesa del piso, los muebles de mimbre, ni la lámpara con una pantalla muy cursi, sobre la que se balanceaba un muñeco barrigón y bizco, con un gran lazo en la cintura. La historia que me contó aquella infeliz puedes sospecharla: era cajera en una tienda próxima al estudio de José María; frecuentemente se encontraban. «Yo tenía apenas veinte años, y, no es vanidad, no era fea», me aseguró. Con un bajo sentimiento de pena, me confesé que decía la verdad. Ella creyó en las palabras de José María. ¿Cómo reprochárselo, si yo también las había creído? Lo siguió y fué madre de dos niños: el de los ojos reveladores y otro de un año. En su humilde retiro, viviendo para sus hijos y para José María («No repita usted ese nombre», estuve a punto de gritar), había sido feliz; pero hacía ya algún tiempo que él la huía, se alejaba inexorablemente y no daba otras señales de acordarse de ella que los envíos periódicos de dinero. La abandonada husmeó, investigó y supo que yo era su rival; así dijo, Rosario: su rival. Era cierto, y yo creí que me moría de vergüenza. Como un eco de mi sentir, la mujer dijo: «Me muero de vergüenza si me deja; a mí no me basta que me dé con qué vivir; yo era una muchacha honrada y me perdí por su amor; le puedo a usted enseñar cartas, retratos, mil pruebas de que no miento, señorita.» «No quiero verlas, la creo; me voy y quédese tran-

quila, que por mí no será usted desgraciada», la contesté, y salí; ella se echó a llorar; yo, no; en algo habíamos de diferenciarnos. Después, el tristísimo epílogo: la confesión de José María, sus juramentos de que, desde que me conoció, sólo por deber se ocupó de la otra; su arrepentimiento, sus ruegos desesperados... y mi soledad más desesperada aún. Luego, las mil pequeñeces que agravan lo que se creía que ya no podía ser peor: el disgusto de los míos, sus comentarios apasionados e incomprensivos, el runrún social, las admoniciones impertinentes. «Hija, si así son todos, ¿crees encontrar alguno realengo? Tonta, lo que no es en tu año, no es en tu daño; no dejes escapar tan buen partido.» «Ahora, pasa por todo, y cuando lo tengas bien seguro, mucho ojo para que no te lo quiten la individua y los muchachos, que donde camotes se asaron, cenizas quedaron.» Y así, un aluvión de consejos sanchopancescos y de soluciones prácticas para mi insoluble problema, dados de buena y de mala fe. Yo respondía aparentando no conceder mayor importancia a lo sucedido para que me dejaran en paz; y como no alteré mi vida acostumbrada ni me retiré del trato social, a cambio de la sentencia de no haber estado enamorada de mi novio, lo conseguí pronto, a lo que me ayudó eficazmente el cajero de una casa de banca que alzó el vuelo con el dinero confiado a su honorabilidad. Ya había pasto fresco para la comida de las fieras; el mío resultaba fiambre.

»Como no llegué a hablarte de mis esperanzas, creíme autorizada a ocultarte su fracaso; además, en esos momentos ¡era tan distinto al mío el estado de tu espíritu, en la espera ilusionada del primer hijo! A mí unos ojos inocentes de niño me habían causado el dolor más cruel de mi vida. Cada vez estábamos más lejos. Decidí callar contigo como callaba con los demás. A veces, alguna amiga me exigía confidencias; se las hacía fragmentarias y desganadas, y en cuanto podía la hablaba de sí, de sus propios asuntos; naturalmente hablando de los suyos, olvidaba los míos y yo podía callar. Mi doloroso desencanto rechazaba el consuelo de la expansión; sólo una vez sentí la tentación de espontanearme; ¿sabes quién me la inspiró? Te lo digo, pero no te rías; no te rías de mí ni de él. ¡Pobre! ¿Te acuerdas de Abelardo, ese chico *tan metido a gente*, como dice mamá, hijo de una costurera? Ahora es universitario, tiene un destinito y casi, casi se ha vuelto elegante. ¡Claro! Cuanto gana se lo echa encima. Es ambicioso, inteligente, locuaz, y su conversación suele ser más interesante que la de la mayoría de mis distinguidos amigos. No hace mucho charlábamos él y yo, apoyados en el balcón de la sala donde dormitaba mamá. Algo que habló el muchacho, y quizá también

la noche, la ocasión,

como dijo el viejo poeta, que tan bien nos conocía, me tornaron de reconcentrada en sentimental y

expansiva; experimenté la necesidad de confiar efusivamente lo que orgullosa había recatado y creí que por su talento, por su juventud y por su condición era Abelardo el confidente adecuado e inofensivo. ¿Inofensivo? Cuando iba a hablar, me hizo ver lo contrario una pregunta suya, de intención osada, que antes le hubiera contestado con altanería; pero esta ex aturdida Teté, esta cavilosa Ester, ha aprendido en poco tiempo muchas cosas: entre ellas, a respetar lo respetable y a saber por experiencia que también los alfilerazos duelen corazón adentro; y por eso, imposibilitada de ser franca, tampoco quise ser impertinente.

»Cortado mi impulso sentimental por imperativos de delicadeza, pensé que a nadie le haría la amarga historia de mi idilio trunco; pero ha llegado tu carta quejosa. Doliente de cuerpo y de alma, nublada tu ventura por no haber visto con vida al hijo soñado, dices que con el fracaso de tu maternidad ha coincidido el del cariño que nos unió, y que en mí ya no existe. Esta larga, detallada, confidencialísima carta te habrá convencido de tu error, amiga querida. El dolor vuelve a acercarnos. Te he contado ampliamente lo que muchos sabían ya en conjunto, aunque yo a nadie se lo haya referido de corazón a corazón, como a ti. Sabes todo lo que ha pasado; pero lo que ahora ocurre, lo que cambia mi desencantada apatía por los tormentos de la inquietud, lo que a nadie le he di-

cho, y que ni mis padres ni mis hermanos sospechan aún, te lo voy a confiar a ti.

»Ha muerto esa desdichada mujer, la víctima, la otra víctima de José María. A solas, cuidando de que nadie se enterara, me lo ha dicho... ¡sabes quién! Paulina, la costurera, la madre de Abelardo. La casualidad, la increíble casualidad, la ha puesto en autos de cuanto ha ocurrido. Verás. Paulina vive en las habitaciones que caritativamente le da en su propia casa una doña Encarnación que fué íntima amiga y aun algo pariente de la madre de Casal; éste recordó esos antiguos vínculos y acudió a doña Encarnación al echársele encima un tremendo conflicto. Imagínate que hace dos semanas se encontraba él estudiando el expediente de un pleito en su casa, muy tranquilo (lo de la tranquilidad me lo supongo), cuando se le presentó, apurado y despavorido, un muchachuelo a decirle que a su antigua amiga le había dado un ataque y se estaba muriendo. Se metió Casal en el primer auto que encontró y llegó a la casita de la Recoleta; vecinos curiosos y dos criaturas inconscientes de su desgracia rodeaban un cadáver. José María dió dinero y órdenes a quien le pareció más de fiar y llevó a los niños donde doña Encarnación, suplicándola, por el recuerdo de su madre, que los tuviera en su casa mientras él decidía qué hacer con los pobrecillos. Todo esto lo supe yo por Paulina al día siguiente, y en cada uno de los sucesivos detalles infinitos: «Que si el señor da mucha pena,

que tan bueno, que tan generoso, que tan caballero...»

»¡Ay, Dios mío! Yo ya me estaba haciendo a vegetar. ¿Por qué la vida vuelve en mi busca a hostigarme, a amenazarme?... La amenaza la tengo aquí, Rosario, dentro de la carpeta donde te escribo; es una carta que antes de marcharse me entregó Paulina furtivamente; he mirado mil veces el sobre y me parece que la mano fuerte que lo escribió tembló al trazar los rasgos de mi nombre; ahora he sacado la carta de su encierro, la tengo ante los ojos y vuelvo a mis dudas. ¿Qué hago? ¿La leo o la quemo? ¿Seré prudente o seré decidida? Tú que me conoces, ¿qué pensarás al leer estas interrogaciones? Sé lo que piensas, pícara; pero no asegures nada; podrías equivocarte. Por ahora sigo contemplando la carta cerrada. ¡Me da tanto miedo... y tantas esperanzas! Adiós, Rosario; no me olvides.—*Ester.*»

VI

¡Cristo padre! ¡Qué baraúnda la del cuarto aquél! Era en el piso alto de un caserón de dos y daba a la ancha y arbolada calle de Malambo el gran balcón de madera que hacía oficios de una habitación más: había allí un lavabo; clavada en la pared, una percha con ropas mal colgadas, unos zapatos inservibles y varias botellas vacías hacinadas en un rincón, y arrimada al otro una silla coja cargada de libros y periódicos viejos. El cuarto, bastante amplio, tenía sus muros cubiertos de un papel gris no exento de manchas y desgarrones, el pavimento de ladrillos, partidos unos y temblones los más, y por ajuar dos camastros, siempre revuelto uno de ellos y el otro más arregladito, tres baúles que se cerraban para servir de asiento, una cómoda con los cajones habitualmente abiertos, menos el primero, que solía estar con llave; varias sillas más o menos desvencijadas, una mesa cuyo tablero desaparecía bajo una balumba de objetos híbridos, y en la mesa, en las camas, en los asientos y en el suelo, por todas partes, papeles y libros en la más babilónica mezcolanza: copias de lecciones,

dibujos de huacos, el Código Penal y la Anatomía de Testut, Schopenhauer y Raimondi, Carlos Marx y Bergson, Cajal y Ribot, Ortega Gasset y Gorki, Colette Willy y D'Annunzio, *Presbiterianas* y *Aurora Roja*, *Sol y Sombra* y la revista de la *Pro-indígena*, todo trunco, revuelto, caótico.

Huéspedes de este cuarto y señores del *bric-a-brac* eran dos estudiantes venidos a la capital desde opuestos puntos de la República: de la cálida playa de Paita, el uno; el otro, de la serranía puneña. Llamábase aquél Jacinto Iglesias, cursaba segundo año de Jurisprudencia, era listísimo, parlanchín, desordenado, inquieto, buen mozo y despachaba en un periquete la mesada que puntualmente le mandaba su padre, un picapleitos paiteño. El otro, Marco Antonio Condori, no tenía mesada ni padre que se la enviase; el humilde indio que le dió el ser había muerto cuando el muchacho, terminada la instrucción media en el colegio nacional de Puno, se preparaba a marchar a Lima para seguir la carrera de médico; el trastorno que la falta de la protección paterna significaba no quebrantó su voluntad de indio tenaz y paciente; él quería ser médico, y lo sería, aunque le costara doble número de años y de esfuerzos que a los demás. Dejando a la madre y a los hermanos menores la escasa hacienda heredada, trasladóse a Lima, contando con las promesas del diputado por la provincia; cumplió éste metiéndolo de amanuense en una oficina; el chico, hábil y em-

peñoso, consiguió unas lecciones para aumentar el modesto peculio, y después de algunos meses de rodar por sórdidas posadas arregló con Jacinto su *modus vivendi*. A pesar de la diferencia de razas, aficiones y caracteres, se llevaban bien ambos mozos; habíanse conocido en casa de una paisana y pariente de Marco Antonio, a la que visitaba Iglesias por estar enamorado de una de las muchachas; la madre de éstas, viéndolos tan amigos, les propuso alquilarles una habitación, que le era fácil independizar de las suyas y que les arreglaría con muebles muy decentes; los jóvenes seguirían comiendo en la fonda; pero los realitos del cuarto, ¿por qué no iban a ser para ella? Lo que se ha de llevar el moro, que se lo lleve el cristiano. Ella aprovecharía ese dinero, que buena falta le hacía, y los dos camaradas estarían atendidos como en familia, y hasta cuidados en caso de enfermedad, que Dios no permita. Así, la casualidad reunió a quienes siendo tan diferentes muy a gusto convivían, aunque Marco Antonio, metódico y ahorrador—él era el de la cama bien hecha y el cajón con llaves—renegase muchas veces del desorden de su amigo, que tiraba unos volúmenes polvorientos sobre las camisas recién planchadas, o plantaba un peroné en el cepillo de la cabeza, o usaba sin escrúpulo los pañuelos y corbatas del compañero. Menos mal que con la ropa no podía, por ser ambos completamente distintos: Jacinto era corpulento, de cabeza grande y redonda, y en-

cendido color; y su compañero, pequeño, cetrino, de abundante pelo grueso, negrísimo y lacio, que le hacía parecer aún más delgada la cara enjuta de marcados pómulos, ojos penetrantes y labios delgados. Por su corta estatura y sus movimientos encogidos embromábanlo los camaradas.

—Parece que tú no hubieras acabado de crecer, que no tuvieras todavía conciencia de ser un hombre—díjole una vez Jacinto.

—Es que no lo es—contestó otro que se las echaba de darwiniano—. Es el intermedio entre el mono y el hombre, el pitecantropo, ¿comprendes?—Y desde ese día, Marco Antonio Condori de Pitecantropo se quedó.

Oriundos de diversas regiones, alumnos de distintas Facultades, y compañeros, no de hogar, sino de hospedaje, en el que vivían a su antojo, entrando y saliendo cuando les venía en gana, sin sujeción a horario doméstico ni traba de respeto familiar, Jacinto y el Pitecantropo convirtieron su morada, mejor dicho, la vieron convertida, sin deliberada intención de su parte, en una especie de club estudiantil, donde se pasaban las horas muertas los espontáneos socios, aunque los dueños de casa no estuviesen en ella. El Pitecantropo, con cierta tendencia a la vida metódica, protestó al principio contra tan repetidas manifestaciones de confianza y fraternidad; pero se convenció pronto de que la voluntad del hombre nada puede contra lo fatal y de que una de las decisiones inexo-

rables del hado era, indudablemente, que mientras Condori tuviera la misma habitación que Jacinto había de resignarse a que fuera centro de tertulia perpetua. ¿Qué sacaba, por ejemplo, él, indio formalote, con cerrar su casa, echar doble vuelta al salir y sepultar la llave en lo más recóndito de un bolsillo, si a poco había de venir Iglesias, abría con la llave de su propiedad la puerta para volverse a largar antes de dos minutos, dejándola de par en par? Jacinto era así, y no había sino matarlo o dejarlo; lo primero, a más de criminal, resultaba excesivo, y lo segundo, difícil. La maldita economía obliga a pasar por muchas cosas desagradables; menos mal que, como a fuerza de repetirse casi dejan de molestar, Condori no sólo se iba apegando al compañero alborotador y desordenado, sino se habituaba poco a poco a los inevitables tertulianos.

Los había de los más variados estilos: el estudiante machacón a la manera del propio Pitecantropo, siempre en pos de un libro, de unas copias, de un dato necesario; el conquistador vanidoso, que da la lata al Verbo Divino relatando hazañas amatorias; el *huachafero* nato, visitante de las casas de medio pelo, donde, cuando el *pisco* se le sube a la cabeza, se pone sentimental, oyendo cantar, con acompañamiento de charango, aquello de

La tarde era triste,
la nieve caía...;

el *vivo* de oficio, que se jacta de, sin estudiar, salir avante en clases y exámenes, a punta de labia y desparpajo; el orador de vocación, que, a puro discurso, reforma radicalmente a la patria y a la sociedad, poniéndolas que da gloria; el arrivista precoz, que no pierde de vista el objetivo utilitario; el innovador entusiasta, aventurero, pletórico de sueños y proyectos; el romántico... los hay todavía.

¡Las voces que salían por aquel balcón abierto, las discusiones ensordecedoras, los términos enrevesados! Fórmulas matemáticas, conceptos filosóficos, problemas jurídicos, diagnósticos, cantos, versos, nombres de mujer, improperios, chistes, disparates, enormidades... Era aturdidor, desconcertante, laberíntico; pero era la juventud. Muchos de aquéllos mozos, quizás los mejores, caerían prematuramente; subirían otros, a fuerza de puños; algunos, arrastrándose; los más quedarían abajo, en el montón, mirando a la cumbre, desesperando de escalarla; esa cumbre en la que todos fijaron ojos altivos de dominación y señorío mientras vió por ellos la juventud.

Aunque abundaban los provincianos entre los concurrentes al cuarto de Iglesias y Condori, atraídos por aquél los costeños, los serranos por el segundo, muchos capitolinos acudían también. Figuraba entre ellos Abelardo, a la sazón apartado de sus antiguos escarceos literarios y consagrado a los estudios sociológicos con gran entusiasmo, entusiasmo que ya no sentía por los de su carrera.

Mezclábase, sin embargo, en los asuntos universitarios y hasta solía asistir a las clases; pero el rumbo de sus ambiciones iba variando. A nadie había dicho que ya no las cifraba en ser un abogado como el doctor Sanz; pero fácilmente lo comprendería quien se tomase el trabajo de observarlo. Su descontento de rebelde nato se agudizaba; no iban ya sólo contra los hombres sus críticas cada vez más acerbas; iban más arriba, más adentro: contra las instituciones, contra las ideas que las dieron origen; caducas unas, falsas las otras, debían desaparecer; no era algo lo que olía a podrido; era Dinamarca toda. Y quiso aventar la podredumbre con la pluma y no dió paz a la mano, escribiendo aquella serie de artículos que con la omnisciencia cándida de la juventud tituló «La verdad sobre nuestra política», «La verdad sobre nuestra magistratura», «La verdad sobre nuestra burocracia», «La verdad sobre nuestro proletariado», «La verdad sobre nuestros intelectuales», «La verdad sobre nuestro clero»... ¡La de verdades que cayó sobre todo lo nuestro! No era simplemente su verdad, su punto de vista sincero; era la verdad absoluta de la que se declaraba poseedor. A pesar de tal posesión no se sentía satisfecho; estaba desorientado; sus anteriores proyectos empezaban a parecerle inútiles; las dificultades materiales, cada día más mezquinas y enervadoras; las ilusiones, risibles. Cuando recordaba aquella noche, aun próxima, en que le pareció sentir aspirar los más embriagado-

res perfumes de la tierra en el leve aroma a lilas de Coty que una mano de mujer dejó en la suya, tenía rabia y vergüenza; un observador imparcial hubiera dicho que no era para tanto; pero ¿quién es testigo imparcial de lo que pasa dentro de sí? Buscando dulce olvido se acercaba a la ventana desde donde lo llamó una fresca voz femenina, y al apartarse de allí tenía excitados los nervios, soliviantados los sentidos, inquieto el corazón.

En la casa estudiantil de Malambo daba de lado a su sentimentalismo y desahogaba su disgusto crónico discutiendo sobre lo humano y lo divino; gritaban a porfía; él, como quien más; la gimnasia pulmonar aliviábale el mal humor.

—Sólo en este país se toleran ciertas cosas—vociferaba una tarde Jacinto—. Vaca la dirección del ministerio de Guerra; hay un militar estudioso, serio, valiente, con las condiciones precisas para imprimir nuevos rumbos (Jacinto se pirraba por las frases hechas), para imprimir nuevos rumbos a nuestra organización guerrera; todo el mundo espera que él ocupe el puesto, cuando ¡zás! se le enfrenta un coronelete del montón, ahijado del general X, adulador del presidente, paniaguado del ministro de Guerra, y por estos grandes méritos lo nombran, dejándome en la calle al otro. Pero no es esto lo peor, sino que el ejército lo aguanta y la indignación pública no se desborda cual avalancha incontenible arrollando cuanto encuentra a su paso. Repito que sólo en este país...

—Alto ahí—interrumpió Abelardo—. Empecemos porque partes de un supuesto falso; esto no es país ni nada por el estilo; es un vasto territorio casi despoblado, de riqueza fabulosa, porque nuestra decantada riqueza no es sino fábula, y regido por cuatro sinvergüenzas que manejan y explotan a su sabor a un rebaño de imbéciles. ¡País esto? Con leyes absurdas, con instituciones corrompidas... ¡País! País empezará a ser cuando el podrido edificio actual se derrumbe...

—¡Bravo!—dijo Alberto Ramos, un estudiantillo de segundo año de letras, ocurrente y zumbón, muy dado a poner en solfa la elocuencia jacobina de sus camaradas—. Tú eres de la misma calaña de aquel litigante que atravesaba el patio del palacio de justicia echando pestes contra los magistrados que le habían fallado en contra el cuarto o quinto pleito. En esto empezó un fuerte temblor, y mi hombre, arrodillado en medio del patio, con los brazos en cruz, se desgañotaba gritando: «¡Señor, éste es el momento de que las paguen toditas estos pícaros! ¡Ahora, Señor, ahora que los coges dentro! Acaba con ellos, aunque a mí me lleves de encuentro.» ¿O crees tú, Torralba, simpatición, que ese derrumbe que tanto deseas no te cogería debajo?

—Zambo bruto—contestó Abelardo, acudiendo al argumento decisivo del insulto—. Como eso de pensar no está a tu alcance, en cuanto se trata de temas serios largas un chascarrillo estúpido.

—Cosa que tú no puedes hacer, porque no tienes memoria para chascarrillos ni gracia para contarlos—replicó riendo Ramos—. Por lo demás, más zambo y más bruto eres tú.

—Señores, brutos somos todos, que conste—dijo, entrando muy de prisa, un pollastre de veinte años apodado *Ardilla*—. Si no fuéramos unas acémilas, dicho sea con perdón de las estimables bestias de carga, ¿consentiríamos lo que se hace con nosotros? ¿Aguantaríamos lo que pasa en la Universidad?

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?—preguntaron los muchachos con mucha curiosidad y empeño.

—¿Pero es posible que ninguno lo sepa? ¡Buena laya de estudiantes!

—No friegues, hombre, y habla de una vez, aunque sea para soltar una tontería.

—¿Tontería? Este Pitecantropo cree que sólo él dice cosas que valgan la pena. Bueno, lo que acaba de ocurrir no es nuevo; es una manifestación más de favoritismo, de adulación; una notificación que se nos hace a los que no tenemos papá con plata y con influencias de que perdemos el tiempo estudiando, porque los premios y los estímulos no son para nosotros.

—¡Acabaras de reventar con mil demonios! ¿Qué ha habido?

—Nada; que Carlitos Sanz, el interesante Carlos de las americanas entalladitas, se ha graduado hoy de bachiller en letras y el Jurado por poco ha en-

loquecido de admiración; le han dado calificativo de sobresaliente, insertarán su tesis en la *Revista Universitaria*...

—¿Cómo se titula la tesis?—preguntó Ramos.

—«El concepto de la moral en el arte».

—Nuevo y edificante—opinó Jacinto—. Esa maravilla le valdrá la contenta de bachiller en la próxima repartición de premios.

—Claro—respondió Abelardo, que se había puesto lívido al oír la noticia—. ¡No saben ustedes que el padre es ministro, y de los que se dejan crecer las uñas, que es otra recomendación?

—Hombre—dijo Alberto Ramos—, mi padre nunca fué ministro ni cosa parecida, ni dejó otra herencia que un montepío de cien soles, con el que hemos vivido, porque mi madre sabe trabajar y hacer milagros; sin embargo, mi hermano Luis obtuvo el año pasado esa misma contenta que *Ardilla* le pronostica para éste a Carlos Sanz.

—No serás tú quien se la quite.

—Eso querrá decir que soy más burro que mi hermano y que Sanz; pero no que Torralbita, eso no; es cosa resuelta, ¿verdad, ilustre Abelardo?

—Lo que es cosa resuelta es que me das asco; me voy por no patearte; adiós, señores.

Abelardo salió furioso; ya en la calle oyó la voz de Ramos, que le gritaba desde el balcón:

—Chico, mañana tamarindos en ayunas; muy buenos para la bilis.

Había cerrado la noche; a la luz de un foco eléc-

trico vió en su reloj Abelardo que eran las ocho, hora de comer; se encaminó de prisa a su casa, pensando que entre los discursos que Ramos no le dejó echar del cuerpo y los inevitables comentarios de su madre al triunfo del dichoso Carlos se le iba a indigestar la comida.

Al llegar le extrañó no encontrar aún la mesa dispuesta.

—¿No se come hoy?—preguntó.

—Ya voy, ya voy; aguarda un poco—contestó la madre desde la cocina.

Torralba se dejó caer en una silla próxima a la mesa, estiró las piernas y apoyó el codo sobre el tablero cubierto de un tapete de hule; tenía el ceño fruncido y abstraída la mirada.

Paulina entró cargada con platos y cubiertos; sin reparar en la actitud de su hijo empezó a hablar animadamente.

—Arrímate un poco, muchacho, para poner tu cubierto. ¿Y el pan? ¿Dónde he dejado yo el pan? ¡Ah! Aquí está; ahora la botella de agua; acá el salero. ¿Qué falta, qué falta?

Trajinaba en sus menesteres hablando sola, entrando y saliendo de la cocina con sus pobres trebejos.

—Bueno—dijo sentándose frente al hijo—, ya está la mesa puesta; esperemos que hierva un poquito más la sopa; hoy me he atrasado; he estado atareadísima como nunca; ¡ay!, me muero de cansancio.

Miró a Abelardo, esperando que le averiguara la causa de ese quehacer extraordinario; el mozo, en la misma abandonada actitud, no demostraba haberla oído; ella se decidió a darse gusto manejando la sin hueso.

—¿No sabes?—dijo en tono confidencial—. Gran novedad allá en la casa.

—¡Estupenda!—contestó sarcástico Torralba—. El grado de Carlos.

—¿Sí? No sabía—respondió Paulina con cierta indiferencia—. Eso habrá sido en la tarde; de esa hora nada sé, porque después del almuerzo me mandaron a varias comisiones y he andado de acá para allá hasta que obscureció; las daré cuenta mañana; tampoco va una a tirarse a matar. La gran novedad que te digo ocurrió esta mañana, y no es cosa de Carlitos ni de Max, no; es de la niña, de Teté.

Abelardo no formuló pregunta verbal; cambió bruscamente de posición y, enderezándose en la silla, clavó en su madre los ojos ansiosos. Satisfecha de tan evidente interés, continuó la oradora:

—Al señor no le hizo gracia, no creas. ¡Claro! La única niña que tiene, la alegría de la familia, porque los hombres, ya se sabe, candil de la calle y obscuridad de su casa; pero esta Teté, tan cariñosa, tan risueña... Al padre todo le parece poco para ella; es natural; así está ahora el viejo de cabizbajo y disgustado.

—¡Caramba! Di de una vez lo que ha pasado. Supongo que la tal Teté no se habrá muerto.

—¡Morirse! ¡Como no sea de gusto! ¡Más viva y más contenta está! Bueno, la amarga un poquito el mal gesto del señor y la cantaleta de la mamá, diciendo a cada paso que no se conforma con que su niña empiece la vida siendo madre de hijos ajenos.

—¿De hijos ajenos?—repitió Abelardo sordamente.

—¡Claro, hombre! Los dos chicuelos que ahora cuida doña Encarnación. Ya sabes: el señor Casal los trajo acá cuando murió la madre, esa pobre muchacha que él perjudicó y luego salió muriéndose a tiempo para dejar el campo libre; siempre los calaveras tienen suerte. Yo creo que éste habrá escarmentado de calaveradas; ya no es muchacho, y le han costado caro, porque la niña no quería perdonarlo. A cada negativa se ponía como loco. ¡Lo que ese hombre ha rogado, lo que ha prometido! A mí que no me lo niegue el día de mañana; muy calladito lo he tenido; pero me lo sé todo de pe a pa. ¿No ves que yo le llevaba sus cartas a Teté?

Cayó la silla al suelo, empujada por Abelardo, que se puso de pie violentamente, y adelantando el cuerpo por encima de la mesa para acercarse a la madre despavorida, le arrojó a la cara como un reproche, como un insulto, como una blasfemia, el grito desesperado:

—¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

VII

—Adiós, Abelardo.

—¡Hola, Pitecantropo! ¡Cuántos días sin vernos!

—Hombre, si no nos das acuerdo de tu persona. Lo menos, lo menos hace un par de semanas que no se te ve por Barullópolis.

—¡Barullópolis!

—Así ha bautizado Alberto Ramos nuestra casa.

—¡Qué agudeza, chico! ¡Vaya un mote! ¿De dónde lo habrá plagiado?—dijo desdeñosamente Abelardo.

—¡Qué sé yo! Ahora caigo; por no tropezarte con Ramos te has alejado de casa.

—No seas mentecato, Pitecantropo. ¿Crees que le concedo yo algún asomo de importancia a esa larva de adulador, porque de larva no pasa? Me lo encuentro en tu casa, en la calle, en cualquier parte, y como si nada; me habla, y, si tengo ganas, le contesto; si no, ni le oigo siquiera; si me fastidia, le pego; asunto concluído.

—O te pega él a ti, Sansón—contestó Condori riendo.

—¿El a mí? Vives en la luna, hijo. Eso te hace creer que el evitar un encuentro con Ramos me

ha impedido ir por allá. ¡Como si me acordara yo del tal Ramitos! No he ido a charlar con ustedes porque estoy muy ocupado.

—Tienes razón; es tiempo de machacar mucho. ¡Condenados exámenes!—refunfuñó el Pitecantropo algo malhumorado.

Se habían encontrado los dos jóvenes al centro de la plaza de Armas y detenídose a hablar dando la espalda al Palacio de Gobierno. Al cabo de un momento, Abelardo cogió de un brazo a su amigo, y parándose a ratos, reanudando luego la marcha lenta, esquivando más allá un vehículo, se lo llevó hasta el portal de Botoneros, bajo uno de cuyos arcos continuó la charla, echando frecuentes ojeadas a la casa Oechsle, que frente a ellos quedaba.

—Pues a mí los exámenes me tienen sin cuidado—declaró enfático.

—Esa sí que no cuela, perínclito Torralba—contestó Condori—. Por muy superhombre que seas, si te *jalan*, te han frito. Y el éxito no lo tenemos nosotros en el bolsillo; si fueras hijo de ministro, como tu amigo Sanz, pase que hablaras de ese modo; pero pobretones como somos y doblemente pobretón yo con el estigma de provinciano, los exámenes significan para nosotros una preocupación muy seria, empezando por la del pago de los derechos, que nos parte por el eje.

—Verdades de a folio; sólo exageras en lo del estigma.

—No exagero; es que tú tienes amplitud de mi-

ras y no consideras un privilegio haber nacido en la capital; pero no piensan así estos limeñitos engreídos, burlones, estos elegantes, comidos de deudas e hinchados de vanidad, esta gente petulante—. Y Condori indicó con el gesto a la heterogénea multitud que por allí discurría, comprendiéndola a toda en el mismo sentimiento de rencor.

Abelardo, algo arrepentido de haber estado a punto de confesar que nunca notó en el ambiente capitolino hostilidad a los provincianos, se apresuró a censurar duramente a los señoritos atacados por su interlocutor; pero éste, más interesado por el tema estudiantil, le atajó el discurso apenas empezado, preguntándole:

—Pues si es cierto lo que he dicho de los exámenes, ¿a santo de qué me sales con que no te importan?

—Porque he resuelto—en el acento de Abelardo se mezclaba, a la altanería, involuntaria añoranza—, he resuelto no aportar más por la Universidad.

El Pitecantropo quedó al principio estupefacto, mudo de asombro; luego acosó a su compañero a preguntas, resistiéndose a creer la, para él, inverosímil noticia.

—¿Cómo podía ser eso? ¿Por qué? ¿Dificultades pecuniarias? ¿Desaliento moral? Pues a luchar con dientes y uñas, de cualquier modo. Todo antes que tirar así, en un mal momento, el porvenir por la borda.

Abelardo estalló:

—¡El porvenir! ¡Déjate de inocentadas! ¿Crees conquistarlo así, matándote a fuerza de machacar! ¡Así lo estás perdiendo, infeliz! Yo he abierto los ojos a tiempo, los he ido abriendo poco a poco y me he visto rodeado de mentiras. Mentira la Universidad, fábrica de profesionales, escuela de la rutina, enmohecedora de la juventud! ¡Mentira eso, foco eterno de corruptelas, centro de intriguillas y sucios peculados!—y señaló al Palacio de Gobierno—. ¡Mentira eso también!—y mostró con el índice la catedral, cuyas torres se recortaban en el cielo opalino del atardecer.

Llegaron hasta ellos los sones marciales de las cornetas; eran las seis de la tarde; se arriaba en Palacio la bandera nacional; todos se quitaron los sombreros; Abelardo también.

—Eso no es mentira, Abelardo—dijo con ardor Condori—. Has saludado a la bandera.

—¡No!—replicó colérico Abelardo—. He saludado a una mujer.

—¡La mujer! ¡Otra mentira!

—Mientras seamos jóvenes, mientras seamos hombres, una verdad. Después, ¿qué importa?

El Pitecantropo movió su cabeza de guedejas lacias con aire preocupado.

—Vas muy allá, Torralba, demasiado allá. Cuidado que yo soy avanzado y materialista, pero hay cosas que... Vamos, hombre, hay ciertas cosas... Sobre todo, siento que reniegues del estudio, tú, tan inteligente...

—Pues por eso.

—No, hijo, no; suprime las paradojas. El estudio, la ciencia siempre nueva, siempre excitando nuestra curiosidad, eso es lo cierto.

—¿Sí? Come ciencia y te morirás de hambre.

—¿Y qué? Adiós; me largo a estudiar.

—Buen provecho, sabio.

Condori se alejó en dirección al portal de Escribanos, y Torralba avanzó por el de Botoneros hasta una tienda, ante cuyo escaparate se había detenido la mujer que momentos antes mostró él a su amigo. Era una muchacha de unos diecisiete años, de cuerpo juncal, muy morena, de graciosas facciones poco acentuadas y ojazos parleros, tan brillantes como los blancos dientecitos. Recibió a Abelardo enojada.

—Oye, plantones que te los aguante tu abuela la tuerta. ¿Qué te has creído tú que soy yo?

—Lo mejor del mundo, reina mía—contestó muy rendido el terrible escéptico—. Loco estaba por volar donde tú, desde que te vi salir del taller de Oechsle; pero ese amigo cataplasma... Tuve que dejarlo con la palabra en la boca. Ahora, dame tus órdenes. ¡Qué linda estás! Manda: ¿qué hacemos?

—Hijo, no sé—contestó ya risueña la chica—. Mi tía me encargó que regresara temprano. Te advierto que está furibunda contigo.

—¡Quién hace caso de tías! Mira, un programa muy moderadito, pero que nos permitirá un rato de conversación. Tomamos el tranvía en la esqui-

na, nos bajamos en la Exposición, charlamos sentados en un banco y cuando quieras subimos a otro tranvía y a casa. Claro que nos separaremos antes de entrar, para que no regañe la vieja. ¿Quieres?

La muchacha empezó a poner objeciones por el buen parecer, aunque sin perder de vista la línea del tranvía que le había propuesto el galán. Al ver aproximarse el vehículo, dijo:

—Corre, tonto.

Durante el trayecto, separados por otros pasajeros, no pudieron cambiar palabra; en el parque se desquitaron.

—Consuelo—suspiró Torralba, sentándose muy cerquita de ella—. ¡Si supieras qué símbolo es tu nombre para mí!

—Pues mi tía Nicolasa dice que me debía llamar Cascabel. ¿Has visto ocurrencia? Yo le contesto que ése es nombre de perro.

—¡Vaya una ocurrencia que tiene tu tía!

—Si sólo fueran esas... Ahora le ha dado con que lo peor que ha podido pasar es que me salga enamorado en la misma casa; que para ella es mucha responsabilidad eso de que sólo estemos separados por el ancho del zaguán; que no fía mucho de tus intenciones... ¡Qué sé yo! Tantas cosas habla, que a veces me hace llorar.

La carita sonriente de Consuelo perdió su animación; miró a Abelardo con ojos de interrogación inquieta y contrajo la boca como los niños cuando quieren contener el llanto.

—¿No confías en mí?—murmuró él quejoso.

—Es que a veces me pongo a pensar, a recordar ciertas cosas. Mira, en los primeros tiempos que viví en tu casa ni me mirabas; confiésalo.

—¡Si eras una chiquitina, de este tamaño!

—Mis quince años iba a cumplir; lo que hay es que he tardado en crecer. Después ya me mirabas, me decías piropos al pasar, buscabas de vez en cuando ocasión de charlar y galantearme.

—¡De vez en cuando? Muchas veces.

—Bueno, algunas; pero a lo mejor te daba la ventolera y pasabas sin fijarte en mi ventana, y, a lo sumo, si yo te decía algo, te quitabas el sombrero y seguías muy serio tu camino. ¡Bobo! ¡Simplón! No sé cómo te he hecho caso después. ¿Por qué te portabas así? Vamos, explícate.

—Porque te tenía miedo; comprendía que te ibas a apoderar por completo de mí.

—¿Y qué más quieres? —preguntó ella, risueña, juguetona, cubriendo y descubrieno la cara con un extremo del velito que tocaba su cabeza.

Abelardo se puso pálido; una voz recóndita le dijo que quería algo más, algo inaccesible.

—Mi tía Nico está ahora más disgustada—continuó la muchacha—porque tu mamá le ha contado que has decidido abandonar los estudios, y ella dice que no le cabe en la cabeza que un hombre enamorado haga cosas que retrasen su casamiento en vez de apresurarlo.

—¡Esta idea burguesa y anticuada del matrimonio!—pensó Torralba, fastidiado.

La niña seguía gorjeando:

—A mí, la verdad, también me ha dado pena que dejes tu carrera, y aun más que por mí lo siento por ti.

—Mira, Consuelito, te voy a contar mis planes; pero para ti sola; no los repitas.

—A nadie; empieza—contestó la muchacha, muy interesada, acercándose más. Torralba le cogió una mano que ella, confiada, le abandonó.

—Yo estoy muy desengañado de estas carreras profesionales; me he convencido de que sólo les resultan a los que tienen buenas aldabas a qué agarrarse. El mérito, el estudio..., ríete de eso; padrinos, recomendaciones es lo que vale; yo no los tengo; sólo tengo mi cerebro, que sabe pensar y darse cuenta de las cosas. A mí no me meten el dedo en la boca; yo he dicho muchas verdades en mis artículos. Esto me ha traído resistencias, antipatías; pero ha llamado la atención de la gente que vale. ¿Tú conoces a Fonseca?

—¿Un *chapetón* riquísimo, dueño de una fábrica de maderas?

—Ese mismo; sólo que no es español; lo era su padre; él es peruano; si no lo fuera, no se me habría presentado esta combinación que te voy a contar: defender en un periódico, que aparecerá muy pronto, costeado por Fonseca, naturalmente, su candidatura como diputado obrero.

—¿Obrero ese ricachón? ¡Qué divertido!

—Haz el favor de fijarte en lo que hablas—dijo Abelardo secamente—. No es obrero en el sentido estricto, material, de la palabra; pero sí porque da pan a muchos hombres de trabajo, porque vive cerca de ellos, los alienta, los ayuda y defenderá sus intereses en el Congreso si llega a entrar, llevado por ese mismo partido obrero que con el periódico formaremos. ¿Comprendes?

—Ya; sigue.

—Por supuesto, que en esa campaña periodística yo ganaré en un momento lo que no ganaría en muchos años de abogado. ¿Estás contenta?

—Sí—murmuró Consuelo—. Eso nos aproxima a la felicidad.

Las sombras de la noche envolvían ya el paseo. Abelardo soltó la mano de Consuelo y estrechó contra sí el cuerpo de ella, que cedió un momento a la amante presión. Se desasió pronto y echó a andar exclamando:

—Vamos, vamos, es tarde. ¡Qué dirá mi tía!

—Ya me va cargando a mí tu tía. No sé a qué vienen tantas consideraciones y tantos miramientos; si ella trabaja, tú trabajas más; si ella te cuidó a ti de chiquitita, tú le aguantas ahora sus exigencias y su sordera; en paz. No hay razón para que vivas esclavizada por ella y sacrificándome a mí.

En el tranvía siguió por un rato la discusión agria; se fué suavizando pronto; al separarse, Abelardo podía decirse que, ya avanzada la noche,

estarían como en los versos románticos de Zorrilla:

ella sentada en la reja
y al pie de la reja yo.

Habían sonado las once y media; la calleja, mal alumbrada por un solo foco eléctrico, allá en la esquina, estaba desierta, silenciosa, cerradas ya sus pocas casas; el aire era tibio, casi cálido, más estival que de primavera; en el cielo temblaban las estrellas.

Abelardo callaba, aprisionando en su mano izquierda la de Consuelo, mientras la diestra, avanzando entre los hierros, la acariciaba las ondas menuditas de los cabellos y la tersura virginal del rostro. Ella, contenta de verse querida, parloteaba confiada, adormidos los recelos que en las niñas pobres despiertan tempranamente la triste observación cuotidiana, el ejemplo frecuente de las abandonadas, por el aspecto abstraído de aquel novio que sonreía a su alegre vocecilla de pájaro, y rara vez contestaba acorde a sus palabras.

Consuelo le contaba muchas cosas: que en el taller pensaba en él constantemente; que había visto a su amigo Iglesias muy amartelado con una bizca horrorosa—«¡hombre más bagrero!»—; que la tía empezó a armarle escándalo por lo tarde que llegó, y ella detuvo el chubasco a tiempo, explicándole, a gritos, naturalmente, porque la señora cuando se encolerizaba ensordecía más, que aquel día había tenido enorme trabajo extraordinario.

—No creas que mentí mucho—agregó—. Hoy salimos media hora más tarde. En realidad hay mucho que hacer, porque varias señoritas elegantes tienen prisa por casarse, y estamos haciendo la mar de vestidos. Hoy estuvo a probarse algunos esa que tú conoces desde chico, Teté Sanz, a la que tu madre le hace la ropa blanca.

—¡Ah!—dijo Abelardo, que al oír el nombre de Teté prestó atención—. Mi madre le hace la ropa blanca y tú los trajes.

—Es decir, algo de cada cosa cada una, porque imagínate si íbamos a poder con todo. ¡Con los lujos que gastan esas presumidas y lo fastidiosas que son! Esta Teté, no; es amable y da gusto coserle, porque sabe llevar la ropa; todo le cae bien; pero hay otras... ¡Si vieras! muchas exigencias, darse gran importancia, la mar de perifollos, y, mientras más quieren lucir, más feas y más cursis quedan. No basta la plata, hijo. ¿No conoces tú alguna pobrecita que con cuatro trapitos está... aceptable?

Asomó la cara sonriente entre la reja y la aproximó a la de su novio solicitando piropos; su mano, libre hacía rato, dió un tironcito a la oreja de Abelardo.

—Contesta, hombre, no seas insulso. ¿Te has vuelto sordo como mi tía? ¿Qué te pasa?

—Me pasa—contestó con ímpetu Abelardo, asiéndose a la reja como si intentara remecerla—que soy muy desgraciado. Ni me quieres ni piensas en otra cosa, tú también, que en hacer de mí un

juguete. Vengo en tu busca ansioso de amor y veo que cualquiera nimiedad te interesa más que yo: las necedades de la vieja, las modas, cualquier cosa. Sufro y me desespero. ¿Qué importa? A ti te basta tenerme como un muñeco de aquí para allá; te entretengo: eso es todo. Y te he llamado mi Consuelo. ¡Estúpido! ¡Idiota!

—¡Abelardo!—suplicó la muchacha—. No te pongas así. Te amo con toda mi alma, bien lo sabes. ¿Por qué dudas de mí?

—Mientes; ni te importo ni sabes lo que es querer. Comprendes que eres el único alivio de mis penas y te alejas de mí. Siempre interponen algo entre los dos: las prisas de la hora fija, estas rejas, siempre algo que nos separe. Vivimos bajo el mismo techo; pero si entro en mi casa, quedo más lejos de ti que ahora en la calle. No entraré; me iré por allí sin rumbo, solo, solo.

La exaltación de Abelardo había decaído; apoyado contra la ventana el cuerpo desmadejado, mirando a lo lejos, hablaba con voz desalentada.

—No estás solo, Abelardo mío—susurró Consuelo—; yo estoy contigo y te adoro.

—Si eso fuera cierto—murmuró él—, no me dejarías sufrir tan cruelmente; me permitirías entrar; estar un momento a tu lado. Nada más que un momento. ¿Qué mal hay en ello? Nadie lo sabría; sólo un instante junto a ti, mi Consuelo, y olvidaré que soy un desdichado. Déjame contarte mis tristezas.

Consuelo, vacilante, miró a Abelardo; su actitud abatida, la súplica doliente de sus ojos, la vencieron. Si la curiosidad, condición muy femenina, hizo caer a Eva, otra más femenina aún, la compasión, rindió a Consuelo, como a tantas mujeres.

—Entra, Abelardo—suspiró muy quedo.

VIII

En la plenitud triunfadora de su amor correspondido llegó a pensar Abelardo que la vida es hermosa, y el género humano, con ciertas excepciones, simpático. No lo confesaba explícitamente; lejos de él semejante claudicación. Pero en el trato familiar mostrábase condescendiente y apacible, y en las frecuentes peroraciones expositoras de su ideología casi se sobreponía al jacobino demoledor el apóstol encendido de compasión por los pobres. Suaves luces de esperanza empezaban a alumbrarle la atormentada existencia, y su más dulce claridad irradiaba de los ojos enamorados de Consuelo. Ingenua y apasionada, la muchacha entregábase por completo al amor, segura de su derecho a la felicidad; si algún escrúpulo la asaltaba, disipábase con las palabras de Abelardo; si el temor del porvenir la inquietaba, su fe en el amado lo desvanecía. Eran jóvenes, se querían, ¿qué más? El resto lo traería el tiempo; ¡y era tanto y tan henchido de promesas el que su mocedad ponía ante ellos!

Abelardo también amaba franca y ardientemen-

te; pero más experimentado y complejo que Consuelo, sin su sencillez de espíritu ni su pureza cordial, embriagábase deliberadamente con la dicha del momento, sin querer analizar lo que le llevó a ella ni calcular lo que vendría después. La fresca sensibilidad de la muchacha, su espontánea alegría, eran como las aguas límpidas de un arroyito que lentamente arrastraban en su corriente juguetona las amarguras y rebeldías que agitaban el ánima del mozo; vagamente creía él que el arroyuelo nunca se estancaría ni se sedimentarían en su fondo impurezas que luego enturbiaran la cristalina linfa. Pasaban los días afianzando el idilio; si la tía de ella se enteraba, no tendría más remedio que tascar el freno y aceptar los hechos consumados; la madre de Abelardo, otro tanto; después de todo, el pasado de las buenas señoras no las autorizaba para intransigencias puritanas; el propio Abelardo era vivo testimonio de ello, y pintado una fotografía que la tía Nico tenía en su salita representando a dos nenas, a cuya temprana muerte aludía, entre maternales lamentaciones, siempre que había ocasión; por cierto que las malas lenguas aseguraban que las dos hermanitas, aunque bastante próximas en edad, tuvieron apellidos distintos. No era del lado de las madres solteras de donde podían venir serias dificultades; la amenaza estaba en doña Encarnación, que si llegaba a saber lo que ocurría bajo su techo respetabilísimo, pondría a los delincuentes de patitas en la calle, y hasta retiraría su

protección a Paulina, acusándola de encubridora hipócrita, aunque la infeliz se hallaba limpia de culpa. Abelardo sabría arreglar oportunamente la situación para que su madre no pagara faltas ajenas. No consistía ese arreglo en el matrimonio próximo, ni aun lejano, como pensaba Consuelo; el joven era partidario convencido del amor libre: tanto sus ideas religiosas como su credo filosófico le impedían someterse a lo que llamaba convencionalismo de un yugo absurdo, que sólo por el espíritu rutinario de la sociedad subsiste aún; pero sí podía llevarse a Consuelo lejos de la casa y de las miradas de doña Encarnación, antes de que ésta se percatara de las intimidades con su protegido; el que lo supiera después no tenía importancia; Abelardo era un hombre independiente sobre el que su madre no tenía autoridad ni responsabilidad, y del que doña Encarnación sólo podía exigir respeto a su persona y a su casa. Trasladando el nido nuevo lejos del viejo, evitábase todo peligro de conflicto; era cuestión de dinero, y Torralba esperaba tenerlo en breve plazo y en no escasa cantidad.

Esta grata perspectiva, tema frecuente de sus conversaciones con la amada, se la ofrecía a Abelardo el periodismo político y las promesas de Fonseca. Era Andrés Fonseca hijo de un asturiano, trabajador y listo, que llegó al Perú sin una peseta y con resolución firmísima de hacer fortuna, consiguiéndolo al cabo de algunos años a fuerza de te-

naz laboriosidad y economía. En su vástago se cumplió el adagio: a padre ahorrador, hijo gastador; lo era indudablemente el joven Fonseca, pero no a la manera vulgar del mozo frívolo que derrocha en vicios y ostentaciones el caudal reunido por el esfuerzo ajeno. A los veintisiete años se encontró Andrés dueño único de considerable fortuna, pues para proceder con absoluta libertad y evitarse posibles líos se apresuró, al morir el padre, a separar sus bienes de los de su única hermana, ya casada. Por supuesto, que no desperdiciaba los goces que su juventud demandaba y su dinero permitía; pero ni el libertinaje lo atraía ni la vanidad lo dominaba. Tenía ambiciones más vastas. Estaba convencido de que el dinero vale poco si no se le maneja con habilidad suficiente a prestigiarlo. Consagró primero sus actividades al campo industrial; leyó, hizo viajes de estudio, empleó técnicos competentes, no desdeñó el problema obrero y consiguió en breves años, trabajando no poco y gastando mucho, dar a la fábrica, implantada por su padre, el impulso que no hubiera logrado el fundador, más perseverante que audaz. En pleno auge de esta labor se casó; hizo un matrimonio brillante, pues aunque su mujer no era rica, pertenecía a familia de grandes vinculaciones en la aristocracia y en la política militante. Antes de los cuarenta años, veía Fonseca sus proyectos realizándose, sus anhelos cumpliéndose; surgió entonces un contratiempo grave. El ingeniero jefe de la enorme fábrica de

aserrar maderas, propiedad de Fonseca, con quien éste había tenido frecuentes discusiones y desabrimientos, se separó de la negociación, exigiendo una fuerte cantidad como compensación a las ventajas que las máquinas inventadas o modificadas por él reportaban a la fábrica. Negóse el dueño a pagarla, alegando que el profesional había ganado pingües sueldos como remuneración a sus servicios. Llevó el ingeniero el asunto ante los Tribunales, encomendando su defensa al doctor Sanz, y «a pesar de la injusticia palmaria de la causa—como decía muy indignado Fonseca—, los sofismas, chicanerías y triquiñuelas de un abogado mañoso hicieron que se fallara a favor del ingeniero».

La inteligencia contra el capital, indudablemente era un pleito bonito para un abogado entendido y elocuente. Don Maximiliano supo sacarle el jugo; expuso la cuestión con maestría, la reforzó con vigorosos argumentos, avivó la simpatía que inspiraba con su palabra experimentada y elegante, y consiguió uno de los mayores triunfos de su carrera, venciendo a Fonseca. A éste la derrota le ardió como un cáustico; no por el dinero: con gusto hubiera entregado el doble a su antiguo empleado a sospechar el giro que Sanz dió al pleito; era la dialéctica vencedora de don Maximiliano lo que le humillaba; era la manera, a un tiempo fina y firme, incisiva y abrumadora, con que el doctor Sanz presentó el antagonismo del capital y la inteligencia, la incomprensión del esfuerzo mental

que representa el regateo, la explotación del obrero intelectual y del obrero manual. Fonseca pensaba que el alegato de Sanz significaba para él mucho más que un pleito perdido; significaba el germen de la rebeldía, tan fácilmente fructífero en estos tiempos de reivindicaciones y huelgas, arrojado en su propio terreno; el comienzo del desprestigio del patrón ante los subordinados. No hacía responsable de estos posibles peligros a quien les dió origen, al ingeniero; la odiosidad contra su ex empleado había casi desaparecido arrollada por la más violenta que inspiró Sanz al acaudalado industrial. Como a muchos hombres inteligentes, pero que no han cultivado su mentalidad, a Fonseca le deslumbraban los éxitos intelectuales; eso de imponerse a la atención general con un libro, de crear una situación con un artículo, de hundirla con un discurso, le parecía envidiable y asombroso por lo mismo que no estaba a su alcance; de esas armas se valió don Maximiliano para herirlo, sabiendo que no podría responder en igual forma; pero ya arreglarían cuentas: a Andrés Fonseca, quien se la hacía se la pagaba.

Pasaba el tiempo sin que la ocasión de cobrar se presentara; el doctor Sanz, entregado a las ocupaciones de su bufete, a las cábalas politiqueras, a los deberes familiares y a las amenidades de tal cual devaneo para desengrasar, no concedía mayor importancia a la conocida animadversión de Fonseca, disimulada con fría urbanidad. El capi-

talista, sin impacientarse, esperaba lo que al cabo llegó; llegó por el camino accidentado de la política.

Había muerto, antes de terminar su mandato legislativo, el diputado por el Callao. Motivos de conveniencia personal y partidarista hicieron a don Maximiliano renunciar a la poltrona ministerial para trabajar empeñosamente por la curul vacante. Fué ésta la oportunidad que aprovechó, para enfrentársele, Fonseca. Aunque su alta posición industrial y sus relaciones mundanas lo habían acercado a los personajes importantes de los diversos partidos, nunca figuró en política; esta misma condición le favoreció; era un hombre nuevo, sin compromisos ni ataduras, que apoyado en las sólidas bases de su fortuna, garantía de desinterés y honorabilidad, y de su numeroso personal obrero, que, bien dirigido, lo popularizaría, se presentaba a luchar con uno de los más notables representantes de un partido tradicional, ya caduco y poco simpático al pueblo por su tendencia aristocrática; la cosa le saldría carita: organización de huestes, caza de adeptos, fiestas populacheras para conquistar votos, mil detalles costosos y molestos; a todo se atendería; Fonseca estaba resuelto; pero lo que más le preocupó desde el primer momento fué la campaña de Prensa. Pasó revista a los periódicos ya establecidos: los que tenían arraigo en la opinión, si no se hallaban obligados a combatir su candidatura, la apoyarían

débilmente; los de escasa circulación no podrían realizar trabajo apreciable; de poco le servían unos y otros; le era preciso un órgano propio.

Se ocupó entonces de lo que no había hecho en su vida: visitar imprentas, examinar prensas, ajustar jornales de tipógrafos, inquirir condiciones y nombres de periodistas. Con el director de su diario dió pronto: era un viejo de talento claro, de brillante cultura, de estilo vigoroso aunque algo declamatorio, que desde hacía algunos años se hallaba apartado de la lid periodística por ingratitudes de sus correligionarios y descuidos propios. Fonseca, conocedor de su historia y de su carácter, no esperaba de él trabajo continuo y sólido; pero sí, de vez en cuando, editoriales fulgurantes y cautivadores; además, era un hombre y un prestigio; con poner a su lado unos cuantos muchachos activos, ambiciosos, rápidos para hacerse cargo y prontos para escribir, quedaba resuelto el problema. En la búsqueda de redactores andaba cuando le hablaron de Abelardo; leyó sus artículos y encontró al autor pintiparado para jefe de Redacción de un periódico cuya bandera aparente sería la defensa del proletariado: lo hizo llamar, hablaron varias veces, y de cada nueva entrevista salía el mozo más ilusionado e inquieto, con mayor exaltación de sueños ambiciosos, de los que luego era Consuelo confidente en el frenesí de sus amorosos transportes. Una madrugada, al salir furtivamente de las habitaciones de ella, le dijo al oído:

—Esta tarde se resuelve mi porvenir. O todo o nada; a la noche te contaré.

Esa tarde fué más meticulosa que de ordinario la *toilette* de Abelardo; su madre, que mientras bordaba en unas fundas de almohada el monograma futuro de Teté no cesaba de observarlo, le dijo:

—¡Jesús! No te cansas de perfilarte y de mirarte al espejo. ¿Vas de conquista?

Y él, contemplándose con el sombrero ya puesto, respondió pensativo:

—Tienes razón, de conquista voy.

A las seis, hora convenida de antemano, lo introdujeron al escritorio de Fonseca, quien lo recibió amablemente.

—Puntualidad inglesa; eso me gusta, joven. Tenemos mucho que hablar y después habrá bastante que hacer, y debemos aprovechar el tiempo. Don Fabián, ya sabe usted, el director del diario, nuestro gran don Fabián Ramírez, ha leído los artículos de usted que yo le recomendé, y le han parecido bien, sí; ha expresado opinión semejante a la mía.

—Muy agradecido—murmuró Abelardo, nervioso con los circunloquios.

—Naturalmente, ha notado en sus escritos cierta inexperiencia propia de su juventud; pero eso mismo contribuye a la espontaneidad, al brío, a la audacia. ¿Me entiende usted?

—Sí, señor—respondió Torralba, que en esos momentos se sentía más enervado que brioso y audaz.

—Pues don Fabián me ha dicho: «Atendiendo a su empeño, señor Fonseca, y a las condiciones que revela Torralba, por mi parte queda admitido como jefe de Redacción; ahora sólo falta que se arreglen usted y él.»

¡Jefe de Redacción! Temeroso de demostrar una alegría demasiado pueril, no replicó palabra el mozo ni pestañeó siquiera. El capitalista continuó:

—A ver si usted y yo nos arreglamos. Ante todo, es preciso que usted se consagre por entero al periódico; la faena será ardua, especialmente en los primeros tiempos; no sólo tendrá usted mucho que hacer, sino que necesitaremos vernos con frecuencia, cambiar ideas; no es que yo pretenda coartar su libertad, sino... ¿Me entiende usted?

—Ya lo creo—contestó Abelardo muy animado—. Es preciso marchar de acuerdo, concertar nuestros puntos de vista, y me considero honradísimo...

—Muy bien—interrumpió Fonseca—; veo que me comprende usted. Convenida esta parte principalísima, y antes de entrar en detalles, tratemos de algo muy importante también: el sueldo. Ganará usted treinta libras mensuales.

¡Trescientos soles! Para la situación de Abelardo era mucho; para sus ambiciones, para la idea que se había formado de la fortuna y la liberalidad de Fonseca, era poco; guardó silencio, sin poder evitar que le asomara al rostro la desilusión.

—No crea usted que en periódicos de gran fama

y de mucha bambolla se paga más. ¡Hay tantos niños para estos trompos!—dijo desdeñosamente Fonseca—. Sin embargo, si las cosas van bien, no tendré inconveniente en aumentarle el sueldo dentro de unos meses; ahora, ni un centavo más.

Abelardo vió que era cosa de tomarla o dejarla, y aunque la frase despectiva «¡Hay tantos niños para estos trompos!», que envolvía en el mismo concepto de inferioridad sometida a todos los obreros del pensamiento, le incitaba a la réplica rebelde, el consejo de la conveniencia fué más atendido que el del orgullo, y Abelardo aceptó.

Siguieron de charla un buen rato, considerando el plan general y ultimando detalles; faltaba algo esencial: el título del diario; a Fonseca no le satisfacía ninguno de los propuestos por don Fabián.

—¿Se le ocurre a usted alguno, Torralba?

El mozo lo tenía pensado hacía días; pero como si fuera inspiración del momento, contestó rápidamente:

—*La Voz del Obrero.*

—*La Voz del Obrero*—repitió con lentitud Fonseca—. Sí, sí, la voz que pide garantías, derechos, personeros que defiendan sus ideales... *La Voz del Obrero*... Está bien, joven, muy bien.

Salió Abelardo, y un tranvía lo llevó al centro de la ciudad, iluminado y bullicioso en la animación del anochecer. Pasaban raudos los tranvías; circulaban carruajes con mujeres hermosas; formábanse corrillos parlanchines en las esquinas y

en las puertas de las confiterías a la moda; piropeaban los mozos a las chicas bonitas; deslizándose entre los transeúntes, asaltando los coches, alborotando y corriendo, voceaban los granujas los diarios vespertinos.

Sonrió Abelardo oyéndolos; dentro de breve plazo, a esa misma hora, vibraría como un reto, en la atmósfera de la compleja ciudad, romántica y novelera, el pregón sugestivo:

—¡¡*La Voz del Obrerooo!!* ¡Acaba de salir!

IX

Comentando con quejas o chistes picantes los sucesos del día en el taller, salían las costureritas, después de refrescar ante el espejo el arreglo de sus personillas graciosas, a lucir por esas calles las galas veraniegas antes de encerrarse en casita. Monísima, con su ligero traje blanco, sus zapatos de lona y las estiradas medias, de las que la falda corta dejaba ver buena parte, apareció Consuelo del brazo de una amiga, y más por costumbre que por esperanza de encontrar lo que deseaba, dirigió la mirada a determinado arco del portal. Casi tan pronto como ella, vieron sus compañeras a quien allí la esperaba y empezaron las pullas:

—Chica, estás hoy de plácemes.

—¡Y qué nos había dado con la ausencia! Si varias veces lo habíamos dicho: se conoce que ya a Abelardo le basta con pelar la pava por la nochecita, y que la espera cerca del taller se le va haciendo pesada.

—Te equivocas—respondió, picada, Consuelo—. No es por falta de ganas por lo que no viene Abe-

lardo a esperarme, como antes, toditas las tardes, sino porque está ocupadísimo; el periódico le toma mucho tiempo; pero tú no te das cuenta de lo que son esas cosas.

—¡Claro! ¡Como no trato con personas de talento! Anda, hija, anda de una vez, no sea que entretanto se le ocurra una idea magnífica, eche a correr a la imprenta para escribirla y te deje plantada.

Aunque tres o cuatro respuestas insolentes atropellábanse por salir de los labios de Consuelo, las contuvo para no escandalizar en la calle, y se contentó con marcharse, canturreando a guisa de despedida: «Si la envidia fuera tiña, ¡cuántos tiñosos hubiera!»

Rieron unas, aseguraron otras que Consuelo estaba insoportable de vanidosa con el fantoche de su enamorado, y la que más la había hostigado con sus burlas exclamó, indignada como una princesa a quien se la supusiera encaprichada por un lacayo:

—¡Envidia yo, yo! ¡Envidiarle a esa *huachafa* de tres al cuarto su *zambito palangana!*

La alegría de la muchacha, a quien se le habían iluminado la cara y el alma al divisar a su amado, estaba marchita por las malignidades de sus compañeras cuando se reunió a él, que la acogió sonriente.

—Vamos a conversar un rato aquí cerca, a la estación de los Desamparados; ¿quieres, niñita? Nos sentamos en un rincón de la sala de primera,

y como por allí casi todos pasan corriendo a tomar el tren, apenas se fijarán en nosotros. ¿Vamos?

—Bueno—contestó ella secamente.

Notó Abelardo su disgusto, y con preguntas almibaradas se empeñó durante el trayecto en averiguar la causa; los monosílabos cortantes de las respuestas lo pusieron a él también de mal talante.

Cuando llegaron a la estación acababa de salir un tren; la sala de espera estaba casi vacía; dos viejos con hongos mal encasquetados y chaqués de faldones aleteantes la cruzaban una y otra vez en lentos paseos, que detenían un tanto cuando el interés de la charla lo exigía; entre carraspeos y bastonazos al piso, dejaban oír frases de este jaez: «Situación tambaleante... Farsa electoral... Cuando vuelvan los nuestros... La ya inminente caída del Gabinete...» Suspendieron un punto el diálogo al entrar los jóvenes, a quienes miraron con asomos de malicia; luego tornaron a sus asuntos, sin ocuparse más de los recién llegados, que, por su parte, apenas les concedieron alguna ojeada indiferente.

Sentados en un ángulo de la habitación, permanecieron los jóvenes un buen rato callados; ninguno quería ser el primero en hablar; al fin lo hizo Torralba en voz baja:

—¡Vaya una suerte la mía! Todo lo que espero me falla; creí darte una sorpresa agradable esperándote a la salida del trabajo, y te he proporcio-

nado un mal rato; no hay sino ver la cara que me pones.

Mutismo absoluto.

Siguió el mozo más encolerizado:

—No tienes para mí una palabra ni una mirada; sin duda he trastornado tus planes; te prepararías a ir con tus compañeras a pasear, a divertirte, a coquetear con el primero que se te pusiera por delante, cuando caí yo a aguarte la fiesta.

El mismo silencio.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo he acertado? Ni siquiera se te ocurre una explicación, una disculpa; pues, hijita, todavía hay tiempo; anda en busca de tus amigas; yo me largo; quedas en libertad.

Aunque al decirlo no intentó Torralba ponerse de pie, Consuelo pensó que lo haría si ella se obstinaba en guardar silencio, y, cambiando de táctica, murmuró entre dientes:

—¡Sinvergüenza!

A pesar de que la expresión no era precisamente halagüeña, a Abelardo casi se lo pareció; encontraba el silencio femenino, por anormal, peligroso, y prefería resueltamente entrar en el terreno de la discusión; suavizando el acento, interrogó si había cometido falta merecedora de calificativo tan duro.

—¿Todavía lo preguntas?—contestó la muchacha, a la par enojada y dolida—. Más de una semana sin aguardarme a la salida del taller, casi dos días sin cambiar sílaba conmigo, porque anoche sabe Dios dónde la pasarías, y esta tarde te

me apareces en el portal de Botoneros muy fresco, creyendo que me hacías un gran favor y que yo iba a ponerme como unas Pascuas al verte. ¡Sí! ¡Era para alegrarse! ¡Con lo que se rieron todas de mí al encontrarte allí parado al cabo de los años mil! Y eso que no sabían tu canallada de anoche.

Abelardo alzó los ojos como buscando un testigo invisible, bien enterado de la injusticia de aquellas acusaciones.

—Así son ustedes las mujeres—profirió amargamente—. Exigentes, incomprensivas... No quieren entender que los hombres vivimos encadenados a nuestras obligaciones, a nuestros compromisos. Estoy agobiado de trabajo, rendido de fatiga; con enormes esfuerzos logro un momento de libertad, te lo dedico... y me das este pago.

—Pues busca a la de anoche para que te pague mejor—contestó Consuelo, que no quería dejarse convencer tan pronto.

Abelardo vió que iba triunfando.

—¿Sabes lo que sucedió anoche?—dijo muy pegadito a su amada, con absoluta prescindencia de los dos paseantes—. Que se instaló un nuevo club electoral: el «Triunfo obrero número 1». Yo lo ignoraba; había terminado un artículo y salía ya de la Redacción, cuando ¡trrrin!, el teléfono; me acerco; era Fonseca a darme la dichosa noticia y, por añadidura, el encarguito: «Vaya usted a representarme, Torralba; yo estoy molido.» Me supo a chicharrones de sebo. ¡Imagínate! Soñando con volar

a tu lado; pero el señor, que no hace nada sino mandar, se cansa; uno, que trabaja como un burro, no tiene ese derecho; uno es de bronce; total: tuve que ir al club, allá por la Victoria, donde Cristo dió las tres voces, inaugurarle en nombre del candidato, echar un discurso y la mar de brindis y no pude zafar hasta la madrugada; caí en la cama como un plomo, y cuando me levanté, después de la una, ya habías salido para el taller. Entonces combiné mis quehaceres de modo que me permitieran buscarte a tu salida, ingrata. Vamos, no llores; si ya he olvidado tus quejas.

—Quita allá, tonto—repuso Consuelo empujándolo—. ¡Si creerás que lloro de arrepentimiento y que me has embaucado con tu labia? No, hijo; para discursos, a tus clubs. Lloro porque he pasado muchas horas espera que esperarás, cavilando, repudriéndome sobre la costura, disimulando, y mis nervios no aguantan más; pero a mí no me metes el dedo en la boca, farsante, sinvergüenza, el más sinvergüenza del mundo.

Las lágrimas se habían evaporado y los insultos eran dichos entre risas muy cara a cara, sin la más mínima consideración a los pobres politiqueros.

—¿Pero con toda mi sinvergüencería me quieres?—preguntó el mozo.

—Eso es lo peor—dijo muy seria la muchacha.

—Es lo mejor, chiquilla. ¡Demonio! Esto se va llenando de gente; ya aquí no se puede seguir.

—Además es muy tarde.

—Sí; yo tengo una comida de periodistas. Oye, nos vamos juntos en un tranvía; no, mejor en un auto, solitos. Tonta, no digas que no; a estas horas, ¿quién nos reconoce! Te bajas tú donde quieras; yo sigo hasta casa. Anda, amorcito, acepta.

Consuelo aceptó. Descendió del carruaje en la calle de Malambo, y cuando entró en la suya, estrecha y penumbrosa, todavía comentaban las comadres y los granujas la llegada de Abelardo y su gratificación rumbosa al *chauffeur*.

—Yo vi—decía un mataperrillo carisucio—: le dió un sol de propina.

—Calla, mentiroso; sería una peseta.

—Por un centavo andaban llorando hace poco este Abelardo y su *mama*. ¡Lo que es el mundo! ¡Quién te *vido* y quién te ve!—arguyó filosóficamente una vieja finiquitando la cuestión.

No había exagerado mucho Abelardo el número y variedad de sus ocupaciones para disculparse con la chica. El periódico, la hoja impresa de sus anhelos, le había costado grandes afanes hasta verla en la calle; no se imaginó él tal cúmulo de luchas y dificultades: una máquina que se paraliza a lo mejor, los obreros que llegan con media hora de retraso, la informalidad de los reporteros, el descuido del director, que porque había hecho algo en su tiempo—por lo menos eso decía—se creía autorizado a embolsicarse bonitamente un sueldo pingüe por aprovecharse del trabajo de Torralba. Todo recaía sobre éste: artículos serios

sueltos de crónica, comisiones diversas; pero el periódico salió en la fecha designada y Abelardo saboreó el placer embriagador de tener entre sus manos las páginas aun húmedas y olientes a tinta, de leerlas repetidas veces desde el título hasta el pie de imprenta, de escuchar como un canto triunfal el vocerío de los granujas: *¡La Voz del Obrero!* ¡Acaba de salir!»

El acontecimiento se celebró con opíparo *gaudeamus* en el restaurant del Zoológico. Presidía la mesa, reluciente de plata y cristalería, don Andrés Fonseca, sentado entre dos prohombres de la oposición; frente a él, don Fabián, el insigne, con sus barbas grises y apostólicas. En lugar más modesto estaba Abelardo junto a Jacinto Iglesias, admitido ya como reportero del flamante diario a propuesta de su amigo. Como siempre, al estiramiento del principio sucedió el bullicio en cuanto menudearon las libaciones; el grupo juvenil era el más alborotado; el político sentado a la izquierda de Fonseca, varón más circunspecto que el Pacheco de Eça de Queirós, le dijo en son de censura:

—Parece que se extralimitan esos muchachos.

Y el otro, indulgente:

—Así es la juventud—respondió, mientras para sus adentros pensaba: «Así me sirven.»

Champagne, brindis, licores, habanos... Embriagueces variadas. Ya muy dadas las doce se retiraron los señores serios; los mozos declararon unánimemente que merecía ser viejo quien se me-

tía en casita en semejante noche, y como tenían dinerito fresco, la terminaron en amable compañía; fué ésa la primera vez que Consuelo esperó en vano.

Se iba normalizando poco a poco la vida del periódico; Abelardo aparentaba encontrarla monótona; para diversificarla llegó el momento de organizar la verdadera campaña electoral preparada por la Prensa. Abelardo conocía a fondo los planes de Fonseca, no sólo por lo que éste le había expuesto, sino por lo que él sospechaba. El candidato acudía al pueblo ofreciendo mucho; pero, en realidad, pidiendo más; si obtenía lo que necesitaba, cumpliría como le conviniera; Abelardo lo veía claro; y si por su amor, exaltado por la propia literatura, a las clases humildes, de donde venía, cuyos sufrimientos miraba de cerca y dolíanle en su misma carne, se indignaba de que el proletariado fuera para el capitalista político simple instrumento de utilidad, no podía eximirse de admirar en Fonseca el conocimiento de los hombres y de las cosas, la atinada combinación de los proyectos y la habilidad para realizarlos. Lenta y firmemente iba llevando don Andrés las cosas por el camino que se había propuesto; tirando la piedra y sin mostrar la mano, asestaba al doctor Sanz golpes certeros, que eran más duros por ser el antiguo protegido quien servía de honda. Sin haberse quemado las pestañas estudiando ni entregado en el espíritu a la labor torturadora del arte, sin la pa-

tente de convencional superioridad que da un título universitario, con su dinero y su ciencia vulgar de la vida por todo bagaje, Fonseca triunfaba. Observábalo Torralba con asombro y envidia; a él le debía su inesperado mejoramiento económico, el desahogo de sus viejos rencores; pero la gratitud, que ni la caridad despótica de doña Encarnación, ni los favores altaneros de don Maximiliano, ni las melosidades benéficas de la señora Sanz, hicieron germinar en su alma huraña, era imposible que brotara como fruto de las ventajas obtenidas a trueque de disimulada servidumbre intelectual. Al enterarse de los propósitos o recibir las órdenes precisas y convenientes del candidato, Abelardo pensaba: «Ahora eres tú el que manda; yo te sirvo; pero no importa; te voy conociendo, te vas entregando en mis manos; ya te llegará tu turno, como le llegó a don Maximiliano.»

Entretanto llevaba una existencia tumultuosa, cuya exaltación y desorden constantes eran perjudiciales a su poco robusto organismo. Escribía, amén de los sueltecillos que se necesitaran y de tal cual revista, un artículo diario, tal vez escaso de solidez y de cultura, pero efectista siempre, en ocasiones virulento. Estaba en comunicación continua con los capituleros y era orador obligado de todos los clubs. Aplaudíanlo entusiásticamente los obreros porque en sus discursos, entre las apologías a Fonseca y las excitaciones a la lid y a la victoria, deslizaba alguna alusión sobre el aumento de los

jornales y la justificación de las huelgas. Enardecido por las aclamaciones, en alguna ocasión estuvo a punto de disgustar al jefe, extremando el alarde socialista. Lo salvó del peligro la incontinencia verbosa de su amigo Jacinto, que, temeroso de no soltar su discurso, impedía, a fuerza de toses y tirones de la americana, que se propasaran los demás. Iglesias no se quedaba callado por nada del mundo; estaba convencido de que su voz poderosa, la gallardía de su figura y, sobre todo, el riquísimo repertorio de frases hechas que constituía su orgullo y su más preciado tesoro, eran como mandados hacer para la tribuna o cosa que se le pareciera. El mismo Fonseca pasmábase de la variedad de oficios que la locuacidad de su joven partidario le hacía desempeñar: unas veces lo presentaba como «hábil piloto que dirige su nave política a puerto seguro»; otras era «automedonte» (esta palabreja le encantaba), «automedonte que empuña las riendas con vigorosa mano»; luego, «campeón denodado, que nos lleva a la victoria»; más tarde, «enseña de triunfo»; después, «ciudadano modelo, cuyas excepcionales virtudes sería prolijo enumerar»; en fin, que ninguna frase resobada se le escapaba al mozo. Naturalmente, con tanto politiqueo y tanto discurso, en los exámenes le dieron un revolcón fenomenal, que le amargó el sobresaliente de Patología a su fiel Pitecantropo. Jacinto lo consoló, asegurándole que en marzo obtendría el más alto calificativo y que ese pequeño fracaso le daba

pretexto para pasar las vacaciones en Lima y no en su aburrido poblacho.

—Ahorca de una vez los libros—le aconsejó Torralba.

—¡Sí! Para que mi padre, del primer garrotazo, me rompa el occipital. ¿No se dice así, Pitecantropo?

—Parece mentira—replicó despreciativo Abelardo—que te dejes gobernar así.

—¡Qué gobernar ni qué niño muerto! ¿Los monises que me manda el viejo, son carne o pescado? ¿O te imaginas, pedazo de bestia, que el sueldecito miserable de *La Voz del Obrero* me basta para vivir?

Forma y fondo del argumento eran incontrovertibles. Abelardo no insistió.

La faena periodística, de suyo desordenada, y más aún la electoral, traían como consecuencia el trasnochar continuo, con el consabido acompañamiento de copas y jaranas. Frecuentemente regresaba Abelardo a su casa ya entrado el día; se desvestía a duras penas, tumbábase en la cama, y, después de algunas horas de pesado sueño, despertaba con la lengua pastosa, la garganta reseca, flácidos los miembros, la cabeza dolorida; el trabajo se le hacía penoso, y sus nervios, irritables, sublevábanse a la menor contrariedad. Obligado a dominarse delante de los superiores, desquitábase con los que podía. Su madre, o le huía el bulto o le decía a todo amén, disculpando con el exceso de trabajo la ru-

deza del hijo. Consuelo no se manifestaba tan mansa: tenía la inteligencia despierta, el juicio vivo, la lengua expedita y pícara. Cuando inculpaba a Abelardo el vanidoso egoísmo con que despilfarraba en acicalarse y calaverear lo que la había ofrecido gastar en llevarla a otra casa para evitarla a ella una vergüenza y a Paulina un conflicto tremendo, que, por culpa de él, no tardaría en presentarse, tenía frases gráficas, cruelmente burlescas, que herían al mozo en lo vivo. Exasperado, contestábala con palabras crudas e insultantes, que la muchacha devolvía rápidamente, tragándose las lágrimas, que al fin se le escapaban; venía entonces la reconciliación, en la que tomaba tan poca parte el sentimiento, que dejaba en Consuelo una vaga sensación de rebajamiento; en él, de hastío. Amargábase más pensando que en boca de una mujer delicada, fina, jamás se oirían las expresiones con que lo fustigaba Consuelo. No veía que eran sólo el desbordamiento de un corazón amante y maltratado; olvidaba la queja por condenar el vocablo ofensivo, que una comparación imaginaria hacía más rudo. Entonces, gozándose en enconar la llaga, pedía a su madre noticias de *allá;* desde hacía algún tiempo eran, con pocas variantes, las mismas.

—Furiosos contigo, y yo pago el pato. El señor apenas me contesta el saludo; Carlitos, ni me mira; la señora dice que le da mucha pena verte tan malaconsejado, cuando siempre has sido tan respetuoso, tan formalito, de tan buen modo, tan...

—Ya, ya. ¿Y Teté, qué dice?

—Cuando hablan de ti, ni una palabra. Yo no sé si porque quiere defenderte y no se atreve o porque sólo tiene cabeza para pensar en sus cosas.

—¿En los perifollos del ajuar?

—Sí, y en el novio y en los chicos. Creo que no te he contado: quiso llevárselos a vivir con ella y el doctor Sanz no lo consintió; pero ha de aguantar que los tenga todo el día en la casa, jugando con ellos, besándolos, dándoles gusto en cuanto se les antoja. ¡Más malcriados van a salir! Teté sabe lo que hace: con esos mimos a los muchachos, tiene al novio cada día más embobado. No he visto nada parecido; te digo que el señor Casal besa donde ella pisa.

—¡Si sólo fuera allí!—pensó Abelardo, disgustadísimo, marchándose a la Redacción.

El artículo que escribió ese día echaba chispas. Lo entregó al regente y se fué a recorrer clubs, después de conferenciar con Fonseca; molido de tanto ajetreo, entró a la una de la madrugada a cenar en un café con Jacinto Iglesias. Bebieron copiosamente. Una hora después, al llegar a su casa vió que en la ventana de Consuelo brillaba una luz; se encogió de hombros y metióse, sin hacer ruido, en su cuarto; se desvistió lentamente; tenía el semblante torvo, vacilantes los pasos, torpes los movimientos; ya acostado, apagó su lámpara; en el silencio y la obscuridad volvieron a obsesionarle las

últimas frases de su madre, semiolvidadas en las agitaciones del día; hundiendo la cabeza en la almohada, sollozó bajito:

—¡Teté, Teté!

Esa noche le había dado la borrachera llorona.

X

«Panorámicas» se llamaba la sección de Abelardo en *La Voz del Obrero*, y a fe que el nombre no podía ser más inadecuado. Si en los primeros artículos quiso justificarlo el redactor, procurando dar visiones de conjunto de la situación social y política, pronto se independizó de la tiranía del título. ¡Bueno era él para aguantar tiranías! Y fué concentrando el objetivo en un punto determinado y personalizando su labor. Fonseca le estimulaba con su aplauso, aplauso prudentemente pesado y medido, para que el joven no se envaneciera y llegara a creerse indispensable para la vida del diario, pero lo suficientemente alentador para que siguiera adelante en tarea tan satisfactoria para el candidato como la de hacer tragar quina a su actual adversario en la contienda electoral y antiguo vencedor en los Tribunales de justicia.

Empezó Abelardo su campaña por consideraciones generales acerca de lo que en el país significaba el partido que tenía en el doctor Sanz a uno de sus más conspicuos representantes, y de los daños ocasionados por su equivocada ideología y su ges-

tión egoísta y retrógrada. Luego, lenta, mañosamente, fué individualizando los vicios y errores de la histórica agrupación en su candidato a la diputación por el Callao; era la acumulación de las faltas colectivas en una sola persona, vista por el fisgón de escaleras abajo, en cuyo acecho continuo y maligno no se ha parado mientes. En su larga existencia pública se había acostumbrado don Maximiliano a ser rudamente combatido y a repeler el ataque con energía o a pasarlo desdeñosamente por alto, según los casos; pero estos sorpresivos rasguños de gato doméstico, disimulados bajo pretendidos zarpazos de tigre, le escocían dolorosamente. En cambio, a Fonseca le daban en la yema del gusto, aunque no lo manifestara con franqueza; por el contrario, al felicitar a Torralba por sus primeras insinuaciones malévolas, hizo algunos distingos:

—Le repito, mi amigo, que en estas últimas «Panorámicas» avanza usted a pasos de gigante; se las apruebo sin ambages; pero, ¿qué dirá la opinión?

—Que ya era tiempo de desenmascarar hipócritas.

—Indudablemente; sin embargo, alguien puede salirnos con la antigualla de que no hay derecho de introducirse en el santuario de la vida privada.

—Ya no hay santuarios ni santos, y si los hubiera, daría lo mismo—declaró Abelardo.

Gustábale tener con su jefe estos desplantes, porque comprendía que lo sobresaltaban, aunque,

por la cuenta que le tenían, sólo en forma ambigua se los refutara. En esa ocasión respondióle con sorna:

—Ya veo que usted se atreve con todo. (Y ya verás tú el puntapié que te doy cuando no te necesite—agregó para sí.)

Iban pasando los días y aproximándose acontecimientos importantes de orden diverso; faltaba una semana para el matrimonio de Teté; algo más de dos para las elecciones. Aunque si su madre tardaba en darle noticias, él se las pedía, Abelardo había decidido que no le importaba un pito el primero de esos sucesos; en cambio, el segundo, lo traía en constante ajetreo, de acá para allá, tan pronto ante la mesa de redacción como ante la de un tenducho, en conciliábulos capituleros, ocupado e inquieto todo el santo día y buena parte de la noche y habituándose a engañar la fatiga con excesos que aumentaban el desgaste del organismo.

Los aplausos que entre sus compinches y las gentes aficionadas al chismorreo obtenían las «Panorámicas» envalentonaban a Torralba hasta hacerle olvidar la prudencia; eran cada vez más transparentes las alusiones y más envenenados los alfilerazos. Fonseca pensaba:

—Al mocito este no tardan en romperle las costillas. ¡Psch! No hay palo perdido—. Pero en vez de contenerle, le azuzaba. Hasta los fatales accidentes callejeros proporcionaban pretexto para la diatriba.

Una chiquilla de ocho años, que pasaba corriendo de una frutería a la tiendecita de su padre, zapatero remendón, fué atropellada por un automóvil particular que la hirió gravemente. En «Panorámicas», después del relato del triste suceso, y la execración de los causantes de él, leíase a guisa de apostilla: «Ya ven los obreros honrados la suerte que nuestros amos y señores reservan a sus hijas: de niñas, atropellan sus tiernos cuerpecitos, sin mirarlos, arrastrados por el vértigo de su lujo insolente; de mujeres..., las atropellan también, infamándolas para satisfacer sus ruines apetitos.» Y luego venía la historia lamentadísima de una linda huérfana que fué a pedir amparo a cierto señorón, en cuya casa había servido el padre de la gentil doncella: el señorón puso precio a sus auxilios. ¿Qué había de suceder? La debilidad cedió a la fuerza, la inexperiencia a la tentación. El varón respetabilísimo, que en su programa político llevaba la moralidad integral como lema, era el mismo que entraba recatándose a cierta casita de la calle de las Nazarenas, donde instalara a la engañada joven. Muchos lo habían visto; y si no se le veía ya, era, sin duda, porque a la posesión siguieron el hastío y el olvido, y acaso la infeliz, abandonada como guiñapo inservible, gemiría en el sórdido lecho deparado por la mentida caridad oficial. Acaso nuestro humanitarismo lo desee para término de sus males yazga en la fosa común. ¡Pueblo, defiende a tus hijas!

El artículo fué comentadísimo; tenía que serlo; había en él para variadas aficiones: apóstrofes declamatorios, ambiente de alcoba, cursilerías lacrimosas y, lo que tiene mayor número de adeptos, malísima intención, revelada especialmente en la habilidad para adornar un hecho efectivo con detalles calumniosos. Abelardo sabía que la pizpireta vecina de las Nazarenas jamás tuvo pariente alguno al servicio de don Maximiliano, y que no fué éste el que la dejó plantada, sino ella quien alzó el vuelo con un buen mozo, más de su gusto que el rancio galán; pero, ¿iba a emplearse en el relato de tan banal aventura la pluma, ya incisiva, ya fulgurante, de Abelardo Torralba?

Don Maximiliano había prohibido terminantemente que se le hablara de *La Voz del Obrero;* puesto que nunca descendería a contestar los ataques de ese papelucho, era ocioso ocuparse de él; mas al aparecer el pérfido comentario del atropello automovilístico, su hijo Carlos le obligó a hacerlo.

—Aquí tienes—le dijo entrando en su escritorio con el periódico en la mano y alargándoselo—; si no has leído este artículo de tu protegido, léelo ahora.

—Lo he visto ya—dijo el doctor Sanz, apartando el diario—. ¿Quién hace caso de esas infames calumnias?

—Yo; estoy resuelto a ponerles fin como se lo pongo a esto—respondió el joven, colérico, haciendo pedazos el papel.

—No seas niño, Carlos—dijo don Maximiliano, arrellanándose en su poltrona. A fuerza de mostrar orgullosa indiferencia, intentaba ocultar el malestar, casi la humillación, que sentía al ver a su hijo enterado de las debilidades paternales—. De esas canalladas no se avisa recibo; se desprecian, se ignoran.

—¡No, se extirpan; basta de necias debilidades! A ese libelista le tapo yo la boca y a la bruja de su madre le prohibo que vuelva a pisar esta casa.

—Eso, no; nunca permitiré que te ensañes con una mujer desvalida—advirtió muy digno el papá.

—¿Desvalida?—preguntó con sorna el mozo—. ¿Por qué? ¿No gana bastante para sostenerla su hijo con lo que le pagan por morder la mano que antes lamía? Desengáñate: hay benevolencias inmorales.

—Sea como fuere, eso de hacer pagar faltas a quien no las ha cometido, y, sobre todo, hacérselas pagar a una infeliz mujer, es innoble. ¿O entienden así la caballerosidad los jóvenes de tu generación?

—Mira, papá—contestó Carlos—, dejemos por hoy siquiera la discusión eterna sobre nuestras respectivas generaciones; la cuestión no es esa; ahora se trata simplemente de esto: tu vida privada expuesta al público por quien conoce lo bastante de ella para desfigurarla y mancharla a su antojo. Yo no afirmo ni niego que esa mujer sea cómplice de su hijo; pero sí estoy seguro de que, inconscientemente o no, le lleva detalles íntimos de nuestra

casa. ¿Vas a permitir, por un sentimentalismo pueril, que esta situación continúe? ¿Quieres que con motivo del matrimonio de Teté se diga... ¡qué sé yo!, que el champagne bebido por la felicidad de la novia sabía a lágrimas de proletario, o que el ajuar de tu hija lo pagó la caja fiscal? A todas esas absurdas suposiciones te expones y expones a tu familia.

—Quizás—respondió caviloso el doctor Sanz—; pero en mi casa no se le dice a una irresponsable: largo de aquí, aunque no tengas culpa.

—No es preciso decírselo—respondió el joven, vislumbrando el triunfo—. Yo arreglo la cuestión casi en silencio: le entrego una carta para su hijo, en la que me limitaré a decirle, casi en forma diplomática, que por razones fácilmente explicables la antigua costurera ha dejado de ser aquí persona grata. ¿Te parece?

—Haz lo que quieras, con tal de que no vuelvas a hablarme del asunto—replicó el doctor Sanz, que en el fondo aprobaba la conducta de su hijo, pero quería aparentar que transigía, por evitarse la molestia de discutir.

La carta, *casi diplomática*, que, con orden de llevársela inmediatamente a su hijo, dió Carlos a la sorprendida costurera, decía así:

«Si tuvieras un átomo de vergüenza, habrías impedido hace tiempo que tu madre siguiera comiendo el pan de esta casa, que para ella y para ti ha sido de misericordia. Tu impudicia me obliga a

mancillar mi pluma para escribirte que la adviertas que el hogar amparador la está cerrado. Si ahora tu cobardía no te aconseja suspender tu inmunda tarea de difamación personal, me veré en otra desagradable precisión: la de ensuciar mi saliva escupiéndote a la cara.—*Carlos Sanz.*»

Iba Paulina por esas calles preocupada y temerosa, sospechando que algo muy grave se encerraba en aquel sobre que con orden perentoria de inmediata entrega le dió el joven Sanz. Ella no ignoraba que entre éste y Abelardo medió siempre sorda antipatía, ahora acrecentada por los triunfos del novel periodista. Paulina no sabía a ciencia cierta en qué consistían tales triunfos, pues si leía poco *La Voz del Obrero*, la entendía menos aún; pero los convites y los discursos y la ropa nueva y las corbatas flamantes y la importancia que se daba su hijo, tenían para ella enorme significado.

Al entrar en la calle de Presa, dióse de manos a boca con doña Encarnación y la sobrina beata.

—Pronto regresas hoy—le dijo la viuda—; me alegro, porque no me gusta salir sin dejar en la casa alguna persona de confianza, y como con doña Nico no se cuenta hoy...

—¿Por qué?—interrumpió con curiosidad Paulina.

—Hija, está la pobre de pésame; se le ha muerto esa comadre que vivía allá por Cocharcas.

—¿Una muy barrigona, que diz que tenía un bulto, borradita ella?

—La misma; vinieron a avisarle temprano y se fué corriendo allá; me dijo que no regresará hasta la hora de dormir; y eso por el cuidado de la sobrina, que si no, se pasaría la noche velando a la difunta, que en paz descanse.

Siguió la costurera su camino, ya enterada de las novedades de la casa; al entrar a sus habitaciones se encontró con otra sorpresa: la presencia de Abelardo, que rara vez llegaba por allí a esas horas.

—¿Tú aquí? ¡Qué milagro!

—He venido por unos papeles. ¿Y tú, por qué has vuelto tan pronto?

—¡Ay, hijo, no me digas, que estoy temblando! Figúrate que hará una media hora, a poco más de las cuatro, entró Carlos al cuarto de costura y con una cara atroz, ¡Cristo mío, qué cara!, me dijo que te trajera inmediatamente una carta. Su mamá le preguntó entonces que a santo de qué tanta prisa, que bien se podía esperar a que terminara mis ocupaciones; pero él insistió tan serio, tan serio, que su misma madre tuvo que obedecerle.

Desde las primeras palabras de Paulina comprendió su hijo de lo que se trataba; le arrebató la carta y la leyó rápidamente para sí; al terminar, soltó una imprecación tremenda.

—¡Jesús, hijo, por Dios! ¿Qué pasa? Habla, sácame de esta angustia.

—¿Qué va a pasar? La venganza de la envidia y de la cobardía. Como ese muñeco ruin no se atreve conmigo de hombre a hombre, se despica contigo

y me advierte que no te permita volver a su casa.

Paulina prorrumpió en lágrimas y lamentos. ¿Qué iba a ser de ella, Señor, sin ese apoyo? ¡No volver más! ¡Si eso era imposible, imposible! ¡Si sólo de pensarlo se le juntaba el cielo con la tierra! ¿Qué falta había cometido? Que se la dijeran; eso no podía quedar así; era un pronto de Carlitos y nada más; le fueron con algún chisme y él, al fin joven, sin reflexionar, lo creyó; pero había que poner las cosas claras. Ella iría a hablar con la señora, con la señorita; les explicaría, les pediría perdón si era preciso...

—¡Cuidado con hacer semejante estupidez!—gritó Abelardo furioso—. Te ponen de patitas en la calle y todavía eres capaz de pensar en volver. ¿Acaso los necesitas? ¿No estoy yo aquí para darte cuanto te haga falta? Esa gente ha muerto para nosotros. Ni su nombre quiero volver a oírte nunca.

Acobardada por el arranque violento de su hijo, Paulina no contestó palabra, pero siguió llorando bajito; a veces, entre sollozos ahogados, se le escapaba esta queja:

—¿Qué hago ahora, Dios mío, qué hago?

Abelardo dió una patada en el suelo.

—¡Caray! Espera siquiera a que me vaya y te lamentarás a tu gusto. Se mata uno trabajando todo el día y ni en su casa tiene un minuto de tranquilidad.

Siguió el mozo un rato renegando y dando vuel-

tas por los cuartos; a poco, salió dando un portazo.

Cuando llegó a la puerta de calle se detuvo, paseando una mirada cautelosa en torno suyo: por la calle pasaban raros transeúntes; el patio estaba desierto; la puerta de su departamento, cerrada; la del fronterizo se entreabrió poquito a poco; Torralba, seguro de que nadie lo veía, entróse por allí rápida y calladamente.

Paulina, al quedar sola, hizo un esfuerzo para tranquilizarse y examinar la situación; pensó que lo primero era conocer la carta de Carlos, rota por Abelardo delante de ella; buscó y reunió los trozos: imposible leerlos; en esos pedazos menudísimos no podía adivinar ni una palabra; se le ocurrió entonces leer *La Voz del Obrero;* encontró algunos números y los hojeó ansiosamente: el proletariado... reivindicaciones... atropellos constitucionales... inverecundia política... Nada: frases retumbantes que nada le decían. Acaso en el número de la víspera... Se leyó la pobre el editorial de don Fabián y se quedó tan a obscuras como antes; buscó las «Panorámicas»: la chiquilla atropellada, ¿y qué?; la calle de las Nazarenas... Eso sí lo entendió Paulina. Jamás volvería a comer el pan de la familia Sanz.

El conocimiento cabal de la situación secó sus lágrimas. Nada podía hacer; cualquier paso que diera cerca de sus protectores la pondría frente de su hijo; una disculpa, una acusación se converti-

rían en acusación contra él; quizá le dirían que ella también era culpable por débil, por habladora, por necia. Imposible defenderse, imposible aparecer como enemiga del hijo. Sólo le tocaba resignarse, trabajar en lo que pudiera y dominar su pena para retener cerca de sí a Abelardo, en el albergue que les dió la caridad.

Rumiando sus tristezas, desempeñaba las tareas habituales; arregló lo que desordenó su hijo; lavó las ollas; encendió la lumbre, mondando unas papas para el ajiaco; se cortó un dedo; para contener la sangre, sacó de un armario de la sala-comedor el frasquito de tintura de yodo; aun le escocía el recién curado rasguño, cuando oyó en el patio, casi a sus puertas, una gritería ensordecedora. No alcanzaba a percibir las palabras, pero creyó reconocer la voz de doña Encarnación. ¿Qué nueva desgracia habría ocurrido? Paulina salió despavorida.

El escándalo era allí, frente a sus habitaciones; en las de Nicolasa se apiñaban los vecinos a la puerta; dentro, doña Encarnación increpaba a Abelardo, desconcertado; Consuelo, con la ropa en desorden y el peinado deshecho, sollozaba cubriéndose la cara.

Paulina no comprendía lo que pasaba; se lo explicó doña Encarnación, que al verla entrar se abalanzó a ella como una furia:

—¡Farsante! ¡Encubridora! Tú tienes la culpa de lo que pasa; tú, para que el hijo no se te alejara,

te has prestado al más bajo oficio, has protegido estas indecencias aquí, en mi propia casa. ¡Cuándo me lo iba a imaginar! Vengo de la iglesia muy tranquila, y al entrar a mi casa, ¡a mi casa!, ¡qué es lo que veo! A tu hijo, el gran periodista, el escritor, el talentazo, despidiéndose muy amartelado de esta sinvergüenza; se imaginaba que nadie la veía, y fíjate, fíjate en qué facha la ve ahora todo el barrio. ¡Ingrato! De chiquito lo mimé como a un hijo; y éste es el pago: deshonrar mi casa, afrentar mis canas.

A la viuda de Moreno Ausejo se le saltaron las lágrimas. Paulina, al verla conmovida, intentó arrodillarse ante ella, implorar compasión.

—¡Calla!—dijo la señora con energía—. ¡Basta de hablar y de escandalizar! Esos curiosos, fuera de aquí inmediatamente, y ustedes mañana mismo se van de mi casa.

Salió doña Encarnación seguida de la atribulada sobrina.

Paulina miró a Consuelo, desaliñada y sollozante; miró a Abelardo, que, acobardado y mudo, no había sabido defenderlas, y cayó de rodillas, gimiendo:

—¡Señor, todas las puertas se me cierran!

XI

Después del estallido, vió Consuelo que era ella quien había de enfrentarse a la situación. Su tía, enterada por vecinos oficiosos, desde antes de llegar a la casa, de lo que ella llamaba la catástrofe, sólo sabía recriminar e inquirir, más aún lo segundo que lo primero, pues la curiosidad dominaba a la indignación, a la que no tenía derecho, no siendo su pasado precisamente ejemplo de ascetismo.

—¡Qué vergüenza, qué escándalo!—clamaba la vieja; y luego, en tono confidencial: —¡Pero desde cuándo se entienden ustedes? Yo algo sospechaba. ¡Vaya! No soy tan tonta; sólo que no creí que las cosas hubieran llegado a este punto—. Subiendo otra vez el diapasón: —¡Ingrata! ¡Engañarme así! ¡Burlar de este modo mi confianza! Bien dicen: «Cría cuervos y te sacarán los ojos.» ¡Yo, que venía tan afligida de donde mi pobre comadre! ¡Qué cuadro, qué cuadro ése! El viudo, que partía el alma, llorando a gritos, sin soltar la botella de aguardiente, porque quería olvidar su desgracia, y su hermano, el tuerto, diciéndole: «Trae *pa acá* un poco, que a mí también me ha *tronchao* la

muerte de mi cuñada.» ¡Qué cuadro, Madre y Señora del Carmen, qué cuadro! Pero éste es peor. Es la catástrofe. ¡Encontrarse una de la noche a la mañana puesta de patitas en la calle como una tramposa, como una perdida! Y todo por este par de sinvergüenzas. ¿Cómo se dejaron ustedes pillar de esa manera? ¡Chambones! ¡Papanatas! No sirven ni para...— Y la vieja Nico hablaba tanto y en tan variados tonos, que no se sabía qué deploraba más: si la muerte de la comadre, la expulsión de la casa, la culpa de la sobrina o su poca precaución para ocultarla.

Paulina no hacía preguntas ni reproches. ¿Para qué? El mal no tenía remedio; era espantoso, y, asustada ante su magnitud, doblegada por el nuevo golpe que caía sobre su asendereada y maltrecha persona, quedábase inconscientemente largos ratos en un mismo sitio, la expresión idiotizada, llevándose el pañuelo a los ojos y repitiendo entre suspiros: «¡Dios mío! ¡Dios mío!»

Abelardo, no bien salió de la estancia doña Encarnación, recobró su elocuencia. ¿Qué se había creído la bruja esa? ¿Que lo iba a manejar como a un muñeco? ¿Que la permitiría mezclarse en sus asuntos personales? ¡Bonito genio tenía él para soportar imposiciones! Sólo sentía que la entrometida vieja no tuviera un hijo a quien tomarle cuentas, porque a una mujer no podía meterle el resuello; por eso guardó silencio sin contestarla más que con el desprecio; y para evitar nuevas algara-

das, al otro día, sin esperar más, buscaban nueva casa y allí se marchaban a vivir todos, en amor y compañía, sin necios tapujos.

La tía encontró de perlas el proyecto, y propuso a Abelardo que lo celebraran comiendo juntos, a puerta cerrada para evitar chismorreos: si algo faltaba, ella iría a comprarlo a la pulpería; y, en efecto, con el dinero que la dió el sobrino morganático trajo la sorda varias botellas de pisco, café y algunos comistrajos. Paulina y Consuelo apenas los probaron; los otros dos trincaron de lo lindo.

Al día siguiente, procurando no ser vista de los vecinos, marchó la muchacha muy temprano a su taller; almorzó de cualquier modo por allí, para evitar encuentros y pullas, y sólo al anochecer volvió a su casa, segura de que Abelardo, como le había ofrecido, tendría ya la situación arreglada.

El mozo llegó muy tarde a comer y quejándose de cansancio: el periódico, las elecciones. ¡Uf! No lo dejaban respirar. Luego el dichoso don Andrés, con la manía de darle quinientas comisiones a un tiempo...

—¿Y la casa, Abelardo?

—¿La casa?—replicó Torralba de pésimo talante—. ¿A qué hora querías que me ocupara de eso?

—Esta tarde mandó doña Encarnación a su sobrina con otro recado para que nos mudemos inmediatamente—murmuró con timidez Paulina.

Abelardo, por vía de solución al problema domiciliario, descargó un puñetazo sobre la mesa y,

echando por esa boca sapos y culebras, puso a la viuda de Moreno Ausejo como un reverendo trapo.

Consuelo nada dijo; pero al otro día madrugó mucho, puso en su bolsita el poco dinero que tenía y, en lugar de ir a su trabajo, dióse a recorrer las calles en pos de refugio.

A la hora de comer, sentada la nueva familia en torno a la mesa, habló Consuelo, resuelta:

—Mañana mismo nos mudamos; he estado todo el día de acá para allá, caminando Lima de un extremo a otro, llenándome de pulgas en tanta casa vacía donde me he metido; pero al fin he encontrado: es por la avenida Grau, casi frente al Hospital Italiano; una casita un poco vieja, pero independiente, sin otros inquilinos que anden *oleteando* si comemos o ayunamos; tiene cuatro habitaciones, su cocina, su corralito, bastante agua; ya pagué adelantado el primer mes con una platita que estaba juntando para comprarme un vestido de seda; me alcanzó—y la muchacha se miró involuntariamente la blusa, donde no brillaba el imperdible de oro con rubíes y zafiros pequeñitos que llevaba siempre.

—¡Dices que pagaste el alquiler!—preguntó la tía Nico, llevándose la mano a la oreja para escuchar mejor.

—Un mes—contestó Consuelo levantando el índice.

—¿Y las carretas de mudanza?

—Mañana, a las siete en punto, están aquí. A madrugar se ha dicho.

—Bueno. ¿Y *conquibus?*

—Pues se pagarán empeñando hasta los colchones si es preciso.

—Por dinero no se preocupen; yo tengo—exclamó Torralba—. Pero me parece mal eso de irnos precipitadamente a una casa desconocida, pues sólo tú la has visto a la ligera. ¿Y si después nos resulta incómoda, sucia, inhabitable, y tenemos que salir pitando de allí? Además, queda muy lejos de tu taller, y te vas a fatigar atrozmente yendo y viniendo.

—No importa, no importa—contestó angustiada la muchacha—; hay tranvía, ¡y aunque no lo hubiera! Todo antes que seguir un día más en esta casa; se me caen las paredes encima; me muero de vergüenza—. Y rompió a llorar desesperadamente.

Abelardo cedió; su madre gimoteaba también. ¿A qué discutir con mujeres llenas de prejuicios y escrúpulos?

Lejos del barrio y de las gentes testigos de su humillación, Consuelo recobró la alegría; podía merecer nuevamente el apodo de *Cascabel*. Canturreando y riendo, dedicaba sus momentos libres a arreglar la casuca: puso macetas en el patiecito, visillos blancos en las ventanas, chirimbolos encima de su cómoda, flores en cacharros baratos. Abelardo, ganado por el sano regocijo de la chica, por su actividad, por su limpieza, iba tomándole gusto

al hogar donde se le acogía con amorosos transportes. Embromaba cariñosamente a Consuelo por la importancia que daba a su casa de muñecas; pero él también se iba interesando en los asuntos domésticos, y compró algunos mueblecillos, desempeñó el imperdible de Consuelo, y un día, oyéndola decir que la encantaban los pájaros cantores, le llevó, para que la colgara en la ventana que daba al patio, una linda jaula con un canario gorjeador. Ella, aunque motejó de derrochador al amante, compensó cumplidamente el obsequio.

—Vea usted qué bueno es—decía la muchacha, contentísima, a Paulina, que se limitaba a sonreír. La costurera tenía siempre muy alta idea de su hijo y empezaba a querer a Consuelo; pero la vida causábala miedo y desconfianza del amor.

Consuelo hubiera sido completamente feliz si abrigara la esperanza de salir de su condición pecaminosa por la puerta santificadora del matrimonio; pero Abelardo habíala declarado que él no iba a la vicaría así lo hicieran picadillo. ¡Qué demonio! Era un hombre que se había quemado las pestañas estudiando las leyes de la Naturaleza y los derechos del individuo; el amor es el primordial, y sin intervención de curas gandules que saben pasarse la existencia muy ricamente explotando a los tontos.

Los discursos sobre el amor libre y las perrerías contra los frailes que ensartaba Torralba alarmaban la religiosidad elemental de su compañera, te-

merosa de un inmediato castigo divino a tales impiedades; por evitarlo, dejó de aludir a la bendición nupcial, con gran satisfacción de Abelardo, a quien el tema le sabía a rejalgar; mas, en el fondo, dolíase de su falta y se reprochaba el empecinamiento. Para consolarse, recordaba las respuestas de muchas mujeres del pueblo a las damas caritativas de la Conferencia de San Vicente de Paul o de San Regis, empeñadas en casarlas:

—No, señora, eso no; en cuanto el marido la tiene a una segura, se echa a perder; como saben que ya las mujeres no tienen más remedio que aguantarlos, abusan, y el que antes no se emborrachaba sino en los días de santo, se pone a cada rato como una uva, y el otro se busca en la calle su *entretenimiento*, y el de más allá por cualesquiera *sinificancia* le mete a la mujer una pateadura que la deja por muerta. Para arreglar cuentas al final, el Señor dará tiempo, y El nos perdonará a todos.

También Consuelo confiaba en la misericordia infinita, y su moralidad, a base amorosa, se conformaba con un esperanzado «Puesto que de veras me quiere...»

Fué ésa una grata temporada de concordia y buen humor. Abelardo gastaba más en su casa que en la calle, y si alguna vez dejábase arrastrar por la tentación, sabía disculparse con tiernos razonamientos; Consuelo tenía el tiempo ocupado y el alma enamorada y feliz; la tía Nico se la pasaba de un lado a otro, arrastrando las chancletas, con

un cigarro apagoso en el extremo de la boca desdentada y atisbando si Abelardo traía algún paquete de golosinas o una botella de puro de Ica; Paulina, taciturna, cosía vestidillos y ropa blanca para algunas familias de la vecindad; iba formándose regular clientela y no ganaba poco; pero mientras trabajaba en su cuartucho, o en alguna casa próxima probaba el traje a una chiquilla ante un espejo mal azogado, recordaba añorante aquella habitación sobre el jardín de sus faenas habituales, la gran mesa donde se amontonaban sedas pálidas, finas batistas y encajes transparentes, el dormitorio coqueto cuyas lunas de Venecia reflejaban la figura de Teté, que, sonrientes los labios y soñadores los ojos, modificaba el escote o colocaba un adorno en algún *deshabillé* de su ajuar.

Como una obsesión, dominaba a Paulina la nostalgia de su antigua vida; miraba como el paraíso perdido la mansión de la familia Sanz; pero no desesperaba de que algún día se le abriera de nuevo aquella vieja casona de Malambo que la sirvió de tabla de salvación en la borrasca de su juventud mísera. Como entonces, iba a la iglesia de San Francisco de Paula a prosternarse ante la imagen protectora de la Virgen del Perpetuo Socorro; larga era la distancia, no escasas las faenas de la costura; pero ayudábala a vencer dificultades su fe en el auxilio de María, que había de volverla al favor de doña Encarnación; procuró hacerse la encontradiza con la ofendida señora; mas ésta la miró con

tan indignado ceño, que Paulina, descorazonada, estuvo muchos días sin aportar por el templo de los redentoristas. Cuando al cabo regresó, topóse en el atrio con la sobrina de su bienhechora; sonriendo simplona, detúvose la beata mirando a Paulina, que corrió a abrazarla llorosa. Charlaron un rato; la beata miraba a todos lados, asegurando que si alguien las veía juntas y le soplaba el cuento a la tía, se iba a armar la de Dios es Cristo.

—¿No nos perdonará nunca ella, tan cristiana, tan caritativa?—gemía Paulina.

—¡Um! Difícil me parece. Todavía no se le pasa la cólera; verdad es que la pasada que le jugaron fué de las más cochinas. ¡Con lo que ella quería a Abelardito! Chocha estaba; y todavía, todavía lo tiene metido en el corazón, aunque lo niegue. Tanto repetir que la juventud necesita indulgencia y que la tentación es mucho cuento y que estamos revestidos de esta mala carne no es por otra cosa. En cambio, a ti no quiere ni oírte mentar; dice que prestarte a hacer tan sucio papel, engañándola a ella, no tiene perdón de Dios. ¡Jesús! ¡Las cosas que echa por esa boca cuando habla de ti! Hasta malas palabras se le escapan.

Paulina protestó calurosamente de su inocencia, y dió tan claros detalles e hizo tan fervientes juramentos, que la sobrina de doña Encarnación casi quedó convencida de su inculpabilidad y hasta aventuró la hipótesis de que acaso otro tanto ocurriría a la tía.

En otras entrevistas, la beata siguió engolosinando a Paulina con promesas de posible indulto y averiguándole su modo de vivir y el de los tórtolos. Un día la dijo:

—Si consiguieras que ese par de locajos se casaran y vivieran como Dios manda y no en pecado mortal, segura estoy de que mi tía olvidaría la jugarreta y sería la misma de antes.

Paulina movió la cabeza desalentada.

—Yo bien quisiera, y la pobre muchacha también; pero ¿quién le quita a Abelardo esas ideas raras que saca de los libros?

—¿Ves?—arguyó la otra sentenciosamente—. No domaste a tu hijo de chico por más que te predicábamos, y ahora no puedes con él; bien empleado te está por no hacer caso a lo que por tu bien te decíamos; lo estás pagando en este mundo y lo pagarás también en el otro.

A pesar de tan dulces frases y alentadora predicción, buscaba Paulina la charla de la beata, que era algo así como el eco de doña Encarnación y el débil hilo que la unía a su existencia pasada.

Cuando por algún tiempo la privaban sus ocupaciones del cuchicheo a la puerta de la iglesia, más inquieta y anhelante volvía a él en la espera de algo sensacional.

—Mañana es el matrimonio—la espetó la beata, de buenas a primeras, tras de una semana de receso.

—¿El matrimonio? ¿De quién?—preguntó, alelada, la costurera.

—¿De quién ha de ser, bobalicona? Del señor Casal. Mi tía asiste con un traje y una mantilla de lo bueno lo mejor. Yo voy desde tempranito a casa de la novia para ayudar a Juliana.

Paulina quedó aplastada con la noticia. ¡De lo que se perdía ella! Regresó a su casa malhumorada, peleó con la sorda, comió poco, apenas durmió, y de tal modo se le enredaron sus ocupaciones y tan contrarias le vinieron las cosas, que cuando, al día siguiente, llegó a la plazuela de la Recoleta ya eran dadas las doce y habían los novios entrado al templo. A fuerza de codazos y empujones, logró Paulina colocarse en la primera fila de curiosos próxima a la puerta. Al cabo de un buen rato se oyeron los acordes de la *Marcha Nupcial* de Mendelssohn.

—Ya salen—decía la gente. Paulina se volvió toda ojos para mirar a su niña.

Apoyada en el brazo viril, blanca y serena en su atavío cándido, apareció la desposada en el atrio de la iglesia, allí donde un día se le reveló la tristeza de la vida en los ojos inocentes del niño que ahora, orgulloso de sus galas y de su rol, sostenía la cauda del vestido nupcial de su nueva mamá, olvidado de la otra, de la verdadera, que tantas veces le llevó a jugar en esa misma plazuela.

Paulina lo vió todo: vió a los novios, felices, subir con el nene en un coche de Palacio, fineza del

presidente de la República a su amigo el doctor Sanz; vió a éste muy solemne; a doña Ester, llorosa; a las damas de honor, como un ramillete de flores; a Carlos y Mañuco, que se desflecaban atendiéndolas; a la viuda de Moreno Ausejo, deslumbradora; y hasta vió, y hubiera dado un imperio por hablarla, a la *mama* Juliana, tan oronda y satisfecha como si fuera la heroína de la fiesta.

Después que vió salir a todos los convidados, entró la costurera en el templo, iluminado y florido, y allí hubiera permanecido horas y horas admirando el lujoso decorado de circunstancias si el sacristán, después de apagar las luces, no se hubiera acercado a ella, agitando las llaves e invitándola a abandonar el campo.

Cuando llegó Paulina a su casa, recibióla Nico con grandes aspavientos:

—¡Hija, por Dios, a qué horas se aparece usted! Yo estaba con el alma en un hilo, creyendo que se había caído del tranvía o que la había machucado un auto, y *vredepente* iban a venir a avisarnos que estaba usted en el hospital o en la Morgue. Abelardo, como un demonio, vociferando que usted, por meterse a *oletear* lo que no le va ni le viene, se olvida hasta de comer y no le guarda consideración a nadie; primores le va usted a oír cuando venga.

—¡Gua! ¡No faltaba más! ¡Como si yo me fuera a dejar mandar de semejante mequetrefe!—replicó, muy entonada, Paulina.

La otra, sin oirla, siguió:

—Desde antes de fijarse en la tardanza de usted ya estaba de un humor negro; allá adentro estuvo gritando a Consuelo; ella, que no tiene genio de aguantar, chillaba también; como soy un poco tarda, no sé por qué sería la trifulca; luego la vi gerimiquear y que hicieron las paces; se fueron juntos después de almuerzo. Y a todo esto, ¿usted ha comido algo? En la cocina le he guardado *sancochado*, arroz...

—No tengo ganas, Nico; cuando pienso que a estas horas debía yo estar tomando champán...

Los ojos se le encandilaron a la vieja, que acosó a preguntas a Paulina; ésta, que no quería otra cosa, la contó a voz en cuello los sucesos de la mañana, exornado con fantasías, comentarios y alguna que otra lagrimita que llevó al sensible corazón de Nico el afán caritativo de consolar a la afligida.

—Déjese usted de llantos, mi vida, que aquí está el quita-pesares—le dijo poniendo en la mesa, delante de ella, una botella de pisco, casi llena, y dos copas—. Echese un traguito; yo la acompaño.

Paulina se dejó convencer. Cuando volvió Consuelo de su trabajo, encontró la casa manga por hombro, la cocina sin lumbre y a las dos mujeres con el habla estropajosa, el tufo alcohólico y vidriosa la mirada.

—Misia Paulina, ¡por Dios! ¿Usted también?—dijo a su suegra entre colérica y apesadumbrada—.

¡Cómo se va a poner Abelardo cuando venga y la vea a usted así!

Pero Abelardo no llegó. Había sido aquél uno de sus días de desbordada elocuencia demoledora; no tuvo ocasión de darle suelta ante auditorio numeroso y se contentó con no dejar sin discurso a nadie que se le pusiera a tiro. En busca de don Andrés fué a la fábrica, y cuando salió de allí, poco después de marcharse los obreros, dos de éstos, jóvenes e inquietos, muy aficionados a cambiar ideas, según decían, emparejaron con él.

—Don Abelardo, estará usted contento—le dijo uno.

La suposición no podía ser más desacertada; con aspereza contestó el interpelado:

—Contento, ¿por qué?

—Hombre, está claro: porque ya podemos dar el triunfo por nuestro, ¿o usted desconfía? ¿Cree que a última hora se nos descomponga la combina?

—Me parece difícil, porque los otros son todavía más brutos.

—Entonces podemos felicitarnos.

—¿De qué? Que se felicite don Andrés, que se sale con la suya; pero los demás, ¿qué sacamos? A lo sumo, echarnos al coleto unas cuantas copas y unas butifarras a la salud del otro, y luego... ¡arre, burro! Vuelta a lo de todos los días: ustedes, a sudar el quilo y a dejar la salud en la fábrica para llenar la bolsa ajena, y yo, a lo mismo en el condenado periódico.

—Esa es la fija—refunfuñó uno de los mozos.

—Bueno—contestó el compañero, menos pesimista—. Aunque don Andrés sea tan ingrato como ustedes piensan, siquiera podemos tener el gusto de haber llevado al Congreso a un hombre de ideas nuevas, que es amigo del pueblo y trabajará por el bien de la patria.

Abelardo soltó una carcajada sardónica.

—¡Ideas ése! Ni viejas ni nuevas. ¡Ideas! Si tiene alguna es la de explotar a los demás. ¡Amigo del pueblo! Amigo de la plata, dirá usted. Trabajar por la patria. ¡Para lo que se le da a él de la patria! En eso tiene razón.

—¡Cómo, don Abelardo! ¡Usted, que tanto nos ha dicho, que tanto nos ha entusiasmado...!

—Estaba engañado también. La patria no es sino una palabra hueca, por la que desde hace siglos los hombres se arruinan, se sacrifican, se matan. ¿Hasta cuándo? Ya es tiempo de que la farsa se acabe, de que empecemos a ver claro.

Uno de los obreros se despidió disgustado; el otro, siguió callejeando con Torralba, oyéndolo discurrir.

Cuando tuvieron hambre, entraron en un fonducho; allí, al calor de las libaciones, la perorata subió de punto. Otros comensales, impulsados por la curiosidad y por el gusto de mover la sin hueso, se acercaron a la mesa de Abelardo, e impugnando unos sus opiniones y aplaudiéndolas otros, se armó un vocerío descomunal, en el que todos hablaban y nadie se entendía.

Casi a la madrugada empezaron los espontáneos oradores a despejar y el laberinto se fué calmando. Abelardo quedó solo con un camarada de la imprenta, mozuelo espiritado y verdoso, de sonrisa cínica.

—¿Estás borracho?—preguntó a Torralba, viéndolo medio echado sobre la mesa, con la cara escondida entre los brazos.

—No.

—Entonces estarás rendido de hablar. ¡Mira que les has dicho cosas a esos imbéciles! Se han quedado que no saben ni dónde están parados de tanto oír echar bombas contra los frailes y los políticos, y los capitalistas y el ejército, y el pueblo y la nación, y la vida.

—Les he hecho un favor—respondió Abelardo con voz sorda—. Que no crean en nada; la vida es el primer engaño. ¡Ah! Si pudiera uno burlarla, no sentirla, evadirse de sí mismo...

—¡Idiota! Eso es fácil y delicioso. No me mires así, que no te propongo el suicidio; ya sabes a lo que me refiero; ven conmigo.

Abelardo tuvo un ademán instintivo de rechazo, casi de repugnancia. El amigo se rió, despreciativo.

—Estos son los intelectuales atrevidos, los superhombres. Si te asusta, déjalo, burgués.

Se internaron por las callejuelas del barrio chino. A la puerta de un tugurio infecto, dijo el Mefisto degenerado:

—Aquí es.

Entraron; el olor a opio que desde la calle se sentía se hizo más intenso y sutil, agarrándose a la garganta, invadiendo el cerebro.

—Echate ahí.

Abelardo se dejó caer sobre una estera; a la luz confusa de las lámparas percibió seres humanos tendidos, como él, por tierra. Un asiático esqueletizado se le acercó con pasos silenciosos, y, después de cumplir con ademanes lentos y solemnes los preparativos rituales, puso la pipa en la boca del neófito. Disipado el temor inicial, Abelardo chupó con curiosidad encarnizada; experimentó una enorme sensación de aplanamiento; le acercaron la segunda pipa, luego la tercera; un deleite extraño lo invadía; por su cerebro ágil, casi volatilizado, cruzaban, como visiones, reminiscencias de relatos exóticos, de anhelos de placeres raros, de lecturas perversas de Claude Farrère.

Salió ya muy entrado el día. Ante la puerta pasaba rápidamente, un enorme libro bajo el brazo, levantado el cuello del abrigo, su antiguo camarada el Pitecantropo. Al ver a Torralba se detuvo con un gesto de asombro y de pena.

—¡Abelardo, tú! ¡Tú saliendo de esta pocilga inmunda! ¿No sabes adónde vas por este camino, desgraciado? Mira, mira al sinvergüenza que te ha traído: es un harapo, un asco; eso serás tú si no huyes a tiempo. El opio, la morfina, el éter... ¡Qué paraísos artificiales! Infiernos verdaderos. Anulan al individuo, degradan la raza...

Atropellándose, mezclando explicaciones profesionales con invocaciones afectuosas y apóstrofes enérgicos, pulverizándole los argumentos, desechando las disculpas, Juan Antonio hizo ver a su amigo el abismo donde se precipitaba.

—Si tan mala encuentras la vida, pégate un balazo y acaba como hombre—terminó.

Abelardo, entonces, volvióse furioso contra el tentador.

—Márchate volando y no vuelvas a acercarte más a mí, porque te rompo el alma—rugió.

El otro se lo tuvo por dicho.

XII

Por sabido se calla que el ya casi triunfador aspirante a diputado, conocía punto menos que textualmente las peroraciones levantiscas de Abelardo y sus críticas acerbas, pues no lleva trazas de concluirse la casta de los chismosos y correveidiles. El mismo don Fabián, cumpliendo un deber de conciencia, según decía, y a la vez procurando quitarse de encima a aquel redactorcillo petulante, que despreciaba los viejos laureles del director, hablaba repetidas veces a don Andrés de su subordinado.

—Andese usted con cuidado, amigo mío. Ese mozo no cree ni en Dios ni en el diablo, ni en la patria ni en el bien, ni siquiera en la madre que tuvo el pícaro antojo de echarlo al mundo. Para él no hay vínculo respetable, ni obligación de gratitud, ni otra cosa que su ambición desmesurada, que se empeñará en satisfacer a todo trance, sin pararse en medios. ¡Bueno es para escrúpulos! A poco que pueda, le mina a usted el terreno, se lo advierto; en estos tiempos de agitación obrera no es difícil. El pedantuelo ese sabe halagar pasiones y propalar calumnias; mucho ojo con él, es malo.

Fonseca aparentaba no tomar muy en serio las acusaciones, y hasta defendía a Torralba. ¡Qué iba a ser malo! ¡Pobre muchacho! Hablador, vanidosillo, y pare usted de contar. Cosas de la edad. Ya se le irían pasando. Y mientras esto decía el capitalista, con acento de indulgencia desdeñosa, otra le quedaba dentro.

El no sabía ver, ni a saberlo le importara, que en realidad Abelardo no era malo. Triste engendro de la debilidad y la inconsciencia, víctima del egoísmo ajeno desde antes de nacer, testigo de la explotación del pobre, aborreciendo al rico y envidiándolo, engañándose al vestir con el ropaje de las reivindicaciones altruístas sus rencores y sus apetitos, hiperbólico en la apreciación personal, olímpico en la de los demás, desconocedor del bien humilde, ambicioso del que brilla, Abelardo era sólo uno de tantos productos fatales del momento crítico de la transición, cuando en un país nuevo luchan los hábitos heredados con la corriente arrolladora del progreso, cuando los ojos ven levantarse, informe y bamboleante, la mole de una nueva sociedad sobre el edificio semiderrumbado de la secular, cuando los fuertes tremolan en alto el estandarte de sus convicciones y los débiles no saben si realmente es la suya la bandera que agitan. Así, Abelardo buscaba en el goce sensual el olvido de sus sentimentalismos románticos y en los apóstrofes declamatorios el odio imaginario a una patria que no se había cuidado de conocer.

Comprendiéndolo a medias, Fonseca desconfiaba de él. «Es peligroso—pensaba—, como toda medianía que se cree un portento.»— Y buscaba la manera de sacudirse de Abelardo sin romper abiertamente. No sólo temía que influyera sobre los obreros con su oratoria demagógica, sino que ya no le era necesario en el periódico. Aun no estaba decidido si acallaría o no *La Voz del Obrero* al terminar la contienda electoral; pero si resolvía seguir sosteniendo su órgano en la Prensa, había de modificarle el carácter agresivo y orientarlo, con hábiles graduaciones, hacia el campo conservador. Para esto no le servía Abelardo; tampoco, en los últimos tiempos, le había sido tan útil como en los primeros, pues la cartita de Carlos Sanz enfrió un poco los bríos del periodista; don Andrés tuvo noticias de la epístola, como todo el mundo, porque Carlos se dió buenas trazas para propalarla, y don Maximiliano, so capa de censurar los arranques impetuosos del muchacho, también.

Entretanto, se aproximaba la fecha definitiva y los contrincantes extremaban sus esfuerzos. Era opinión general que el dinero, el periódico y los obreros de Fonseca le darían el triunfo, aunque el doctor Sanz contara con el apoyo, en esos momentos no muy poderoso, del Gobierno. En efecto; llegada la ocasión se vió que en el cómputo de votos llevaba don Andrés ventaja tan considerable que su proclamación como diputado por el Callao era segura.

Pocos días antes de que esto ocurriera, el fla-

mante diputado, que ya rara vez aportaba por el periódico, hizo llamar al jefe de Redacción a su escritorio particular.

—Dígame, Torralba—le preguntó, demostrando afectuoso interés—, ¿qué proyectos tiene usted para cuando se cierre *La Voz del Obrero*?

Más de una vez se le había ocurrido a Abelardo que tan desagradable suceso pudiera acontecer, mas no viendo manera clara de salir de los atrenzos en que el hecho le pusiera, se contentó con dar tiempo al tiempo, sin ocupar su imaginación en los planes por los que mañosamente le averiguaba el capitalista. No queriendo confesarlo, contestó a la interrogación con otra:

—¿Piensa usted cerrarla?

—Hombre, inmediatamente, no; pero, en plazo más o menos próximo, he de hacerlo. Lograda la diputación, no tengo objeto en continuar sosteniendo un diario político. ¿Para qué? Yo no he de aspirar a la presidencia de la República.

—¿Por qué no?

A pesar de su flema, Fonseca no logró disimular por completo su sorpresa. ¿Se burlaba aquel mozo? ¿Quería explotarlo? ¿Presidente de la República él? Bien mirado, no era un disparate. Otros... Pensamientos confusos y contrarios cruzaron en tropel la mente del plutócrata; sospechas, chispazos de ambición, soplos de buen sentido; prevaleció éste, y recobrando el propio dominio, dijo con indiferencia don Andrés:

—No pico tan alto; además, de los escarmentados nacen los avisados, y esta campañita electoral me ha enseñado lo que cuesta la política, y no será el hijo de mi madre quien se meta más adentro en ella. Muchas gracias; perdono el bollo por el coscorrón; volvamos a lo de usted. ¿Tiene algo pensado para cuando mate el periódico?

—Lo pensaré entonces—replicó Abelardo, no sin altanería.

—¡Mentecato!—dijo para sí Fonseca, y en voz alta, con cierta severidad en el tono:

—Mal hecho; esas cosas se piensan con tiempo, y puesto que usted lo descuida, yo me he tomado ese trabajo. Vamos a ver: ¿le gustaría a usted un viajecito al extranjero?

La simpática perspectiva dió al traste con la *pose* desdeñosa de Abelardo, que contestó entusiasmado:

—¡Ya lo creo!—. Luego, volviendo a su manía, agregó:

—Imagínese usted, señor Fonseca: abandonar este país decadente, donde nada puede hacerse, donde la rutina y los intereses creados oponen vallas infranqueables a todo intento de renovación, donde...

—Bueno, bueno—interrumpió don Andrés, temeroso de que su interlocutor le colocara una de sus «Panorámicas»—. Entonces, puesto que le gusta a usted viajar, creo que podremos conseguir algo del ministro de Relaciones, que es muy amigo mío; hemos hablado a la ligera del asunto, y parece que

no tendrá inconveniente para nombrarlo a usted canciller del Consulado en Madrid.

—¡Ir a España! Pero si eso anda tan mal como esto; si somos dos gotas de agua: el mismo atraso, idénticas corruptelas...

—¿Y a usted qué le importa?—contestó Fonseca, impacientado—. El fisco le paga el pasaje, le da un sueldo mensual y le pone en camino de abrirse paso por su cuenta, ya que es ése el único país de Europa donde, si sabe usted componérselas, podrá entrar en el periodismo. Por añadidura, no hay otro puesto vacante; de modo que piénselo usted y contésteme mañana.

Solo, vagando por calles apartadas, entregóse Abelardo a los más risueños pensamientos:

—Me voy a Europa—repetía—. Me voy a Europa—¡a Europa!, su ensueño de muchos años, la ambición de todos: ¡Europa! El deslumbramiento—. ¡Me voy a Europa!— ¿Sería verdad o simple promesa que luego se desmentiría?—¡Me voy a Europa!

Cuando, de tanto repetirla, se gastó un poquillo la magia de la frase, Abelardo procuró calmarse y ver fríamente lo que el anunciado viaje representaba para él. Ante todo, la oferta de don Andrés significaba que le tenía miedo. Bueno era el muy camastrón para favorecer a nadie por puro altruísmo; si quería soplarlo lejos, era porque le temía. ¿No sacaría más provecho de la situación quedándose en Lima? Reflexionándolo despacio, consideró

Torralba que arriesgaba mucho aguantando a pie firme la clausura del periódico; indudablemente que él se había hecho demasiado conocido para que le faltaran propuestas ventajosas. Pero ¿y si tardaban en llegar? ¿Y si la situación que se le presentara no le convenía? En un país absurdo, entre gentes de criterio obtuso, las cosas más ilógicas pueden suceder. Decididamente, vistas las cosas por ese lado, le convenía marcharse. Y por el otro, ¿por el de su vida íntima? ¡Pobre Consuelo! Torralba la compadecía; reconocía su abnegación, su desinterés, su fidelidad amorosa; la amaba también, pero no hasta el punto de sacrificarla su independencia y su porvenir. La casita de muñecas, que tanta gracia le hizo en un tiempo al joven, solía ya parecerle cárcel. El amor por él soñado, sujeto sólo al ritmo eterno de la Naturaleza, sabia hasta en sus variaciones, se ahogaba en el estrecho molde de la existencia doméstica. Claro que no se hallaba sometido a sacramentos ni a leyes, pero de poco le servía si Consuelo había de fiscalizar sus actos y armarle, por cualquier nimiedad, escenas de celos y reproches que degeneraban a menudo en reyerta general, porque la madre, aunque nadie le diera vela en ese entierro, salía a la defensa de su hijo, y la sorda, a poco que se enterase, a la de la sobrina, y resultaban unas trifulcas tan de casados a la de veras, que nada tenían que envidiar a las de un hogar burgués. El viaje bienhechor le libraría de esos disgustos vulgares, aunque empezara por oca-

sionarle el de las protestas y llantos de su madre y de Consuelo; pero ya se conformarían cuando él las hiciera ver lo inmutable de su resolución. Para ablandarse con quejas, no valía la pena de haber leído a Nietzsche.

Cuando Abelardo se dió cuenta de la hora, era ya muy pasada la de la comida casera; entró a hacerla en una fonda y se quedó en larga sobremesa solitaria, haciendo cálculos y fantaseando proyectos. Llegó a su casa a más de las once. Consuelo era la única que no se había acostado, y, sin duda, en el silencio de la noche, sintió desde lejos sus pasos, pues la encontró esperándolo en la puerta.

Extremó Abelardo las excusas y las manifestaciones cariñosas. ¡Había tenido un día tan atareado! ¡Se iniciaban cosas tan importantes! Loco estaba por consultarlas con ella. Allí, encerraditos en su cuarto, le contaría la gran novedad, la examinarían juntos, la discutirían, ¿verdad?

—Sí; yo también tengo algo que contarte; pero empieza tú—respondió la muchacha.

Abelardo no se fijó en el acento emocionado ni en la sonrisa tímida de su amante; casi no escuchó lo que le decía; sólo atendió al «empieza tú».

Buscando las palabras, estudiando los efectos, relató a Consuelo las promesas de don Andrés; temía una explosión de ira o de pena; pero ella oía callada; su rostro expresó al principio sorpresa; luego, la tristeza de la derrota irremediable. A los ojos juveniles, que tantas veces miró Abelardo

adormilados de amor o fulgurantes de cólera, se asomaba la misma resignación doliente que él había visto en las pupilas cansadas de su madre.

—Es decir, que nos abandonas—murmuró la mujer por todo comentario.

No, alma mía—contestó Abelardo, conmovido—. Eso es imposible; no lo pienses; me ausento por poco tiempo, nada más; atenderé a tus necesidades; me ocuparé siempre de ti, te escribiré puntualmente. Como tantos otros, pasaremos una época amándonos de lejos, y al regreso seremos más felices. ¡Espero tanto de este viaje! Perderlo, sería una locura, que tú no me exigirás.

—No; yo no soy estorbo para tus gustos.

—No son mis gustos; es la necesidad; es el porvenir. Oyeme.

Abelardo habló largamente; su amante le oía en silencio; sólo a veces, obligada por las instancias de él, decía débilmente:

—Bueno, bueno.

Por ver si la animaba, preguntóla Abelardo:

—¿Qué era lo que tenías que decirme? Anda, cuéntame:

Como hablando consigo misma, murmuró Consuelo:

—¿Ya, para qué?

—¿Cómo para qué? Para que no tengas secretos conmigo; chiquilla, cuéntame, no seas mala—insistió el mozo bromeando.

Consuelo se apartó un poco para mirarlo mejor,

y echando atrás los cabellos, que él la había desordenado, interrogó:

—¿De veras, quieres saberlo?

Sin la sombra juguetona de los rizos, el rostro de la mujer adquirió insólita gravedad; su voz tenía extrañas vibraciones. Abelardo se sintió sobrecogido; como no podía retroceder, insistió:

—Nada quería decirte mientras no estuviera segura—habló entonces ella—. Esta tarde, en el taller, me decidí: hoy se lo digo, de hoy no pasa, pensaba. Después de comer, me lo llevo a solas y se lo digo: no viniste a comer. Será cuando venga a acostarse, dije entonces; ¿qué le parecerá? ¿se alegrará? Sí, ¡cómo no ha de alegrarse! ¡Ay! ¡Yo estaba tan contenta!

—¡Pero qué es, qué! Acaba.

—¿No lo comprendes todavía?

Abelardo no acertó a responderla ni a formular otra pregunta. Y así permanecieron largo rato los dos, mudos, inmóviles, despavoridos ante el misterio de una nueva vida.

XIII

El vapor abandonó la bahía hermosa y apacible de Paita. Lentamente se fué alejando la población, borrándose la costa, confundiéndose su línea con la del horizonte; ya ni los ojos más perspicaces podían percibirla; Abelardo miraba distraídamente. Cerca de él, una voz suave de mujer suspiró:

—¡Ay, nuestra tierra! ¿Cuándo volveremos a verla!

La dulce queja inundó el alma de Abelardo de melancolía, que, a ser capaz de razonar en esos momentos, hubiera calificado de absurda. De codos en la borda, fijas las pupilas en la enorme masa líquida, sentíase penetrado de una tristeza mansa que se le iba metiendo corazón adentro para quedarse allí. No hubiera podido él decir qué se la causaba; acaso el recuerdo del último, desesperado abrazo de su madre; acaso el eco de la voz de Consuelo sollozando: «No nos volveremos a ver»; tal vez un latido de compasión por el niño próximo a nacer; quizá la evocación confusa de su infancia, de sus sueños locos, de sus vastas y contradictorias

ambiciones; algún detalle del pasado, remoto o próximo, o el conjunto de todos ellos; pero si alguno hubiera dicho a Abelardo que ese pasado y la existencia nueva que ante él se abría eran la patria y a la patria pertenecían aun de lejos; que era el amor instintivo, congénito, latente hasta en la imprecación y el ataque, indiscutible y único, a la propia tierra el que había velado de emoción sus ojos, enjutos aún del momento supremo de la despedida, al oír un nostálgico lamento de mujer se hubiera reído de tan ilógica suposición o la habría rebatido con el testimonio de su literatura demoledora, sin darse cuenta de que en esa fraseología anárquica palpitaba extraviado el sentimiento de la patria, a la par del desconocimiento de su historia y de sus destinos.

Nadie dijo esto al joven, ni a decírselo lo hubiera creído. Mirando el sol poniente entre arrebolados celajes, pensó, disculpándose consigo mismo: «Es el romanticismo contagioso del crepúsculo.» El contagio le duró la noche entera.

Fué el día siguiente de luz cruda y de bastante calor. Torralba, semiacostado en una silla de lona, contento de que no le molestara el menor amago de mareo, pensaba en lo grata que le resultaría aquella navegación disfrutando las ventajas de pasajero de primera y en las promesas que le guardaba Europa. Los recuerdos del pasado se esfumaban; de aquellos últimos días tan agitados, tan sacudidos de impresiones diversas, le quedaba

una vaga sensación de aturdimiento: las entrevistas con don Andrés; las entradas y salidas al Ministerio y a la caja fiscal; el pesar de su madre, casi dominado por la satisfacción de aquel avance del hijo, cuya importancia exageraba su cándida vanidad; la actitud de Consuelo, reservada y triste, negándose a la esperanza; la generosidad de él, entregando a las dos mujeres la mitad de los mil soles que le obsequió Fonseca; su regocijo ante la envidia, franca o mal disimulada, de los camaradas; las suposiciones sobre los comentarios que en la casa de Sanz, y en la otra, en la de los recién casados, provocaría su viaje; la compra de maletas, el pasaporte, el equipaje, los preparativos... Todo se confundía y se embarullaba en la mente de Abelardo; era el ayer... Pero había también el mañana; no sólo el suyo, el que le esperaba al otro lado del mar, sino el que allá, en la tierra natal, se anunciaría pronto con lloroso vagido infantil. Abelardo se veía pequeñuelo, de la mano de su madre desvalida, pidiendo a los extraños el amparo que su padre les negaba. ¿Viviría el hijo suyo y de Consuelo esa misma infancia miserable? Más le valiera no nacer. ¡Aunque no! ¡Fuera sensiblerías! El hombre se forja en la lucha; si no sirve para el combate, sucumbe, y eso va ganando la Humanidad; si tiene condiciones, surge; en sí propio lo veía. Por lo pronto, a vivir el momento presente, de reposo y de preparación, hasta llegar a puerto francés y trasladarse a París.

Allí buscaría a Iglesias, que desde hacía unos meses se gastaba alegremente en la ciudad-luz los realitos heredados del padre; se familiarizaría con el ambiente; luego pasaría a Madrid para presentarse al cónsul general y hacerse cargo de la existencia de la capital española; después... el horizonte infinito. Allá atrás, en el terruño, quedaba el ayer sombrío, la pobreza, la hostilidad de un medio atrasado, mezquino, agobiador; ante él, los goces nuevos, la lid por las ideas grandes, el impulso generoso de la civilización, el triunfo, la fortuna. Estúpido sería refrenar el vuelo: el hombre se debe ante todo a sí mismo, a sus placeres, a sus utopías, a lo que sea; pero siempre a lo que le pida lo que unos llaman deseo y otros vocación. ¡Viva el yo vencedor!

Hacíanse los días a bordo largos y aburridos, como los domingos para los ociosos. No se divertía Abelardo como había imaginado. Su ignorancia del inglés—el vapor era de la Royal Mail—le traía dificultades con la gente de servicio y lo aislaba de buena parte de los pasajeros; también entre éstos los había de diversas repúblicas americanas, incluso algunas familias de Lima, a las que Abelardo conocía de vista o por referencias; eran gentes frívolas—a la hora de comer las damas se ponían traje de noche y los hombres *smoking*—, con las que el periodista doctrinario tenía poca relación; pasaban las veladas bailando o haciendo música; Abelardo solía mirarlos de lejos, pues no le gus-

taba entrar a la cámara donde vestían de etiqueta. Le pesaba no haber dado oídos a don Andrés, que le aconsejó cambiar por uno de segunda el pasaje de primera que le dió el Gobierno y embolsarse la diferencia; creyó ver intención humillante en la indicación, y ahora se arrepentía de no haberla seguido, sobre todo desde que frecuentaba la cámara de segunda; allí también se bailaba animadamente, se cantaba y se tocaba el piano y la guitarra. Abelardo deploraba no tener habilidades musicales que lucir; una noche, para dar idea de sus aptitudes, recitó algunas poesías suyas; las aplaudieron, por supuesto, y una muchacha quinceañera exclamó ingenuamente:

—¡Qué bonitos! ¡Lástima que no parezcan versos!

Abelardo la miró indignado; pero estaba la chica tan mona, alzando hacia él su rosada carita de muñeca, que al mozo se le quitó el enfado; ni siquiera se sintió capaz de decirle, con Amado Nervo: «Muchachas, cabecitas sin pensamiento, pero tan bellas...»

A tercera se asomó Torralba pocas veces, que le bastaron para hacer la consabida comparación de la sociedad con el barco, en el que los pasajeros de primera forman la aristocracia desocupada y egoísta, los de segunda la burguesía mediocre y los de tercera el proletariado ignorante e infeliz. Como la inactividad del momento lo ganaba, la comparación no pasó a discurso.

Al cabo de veintidós días terminó para Abelardo

la navegación; al desembarcar pensaba: «Piso tierra francesa. ¡Europa, Europa!» Y Europa, en los primeros momentos, sólo significó para él, como suele ocurrir, el barullo aturdidor de la aduana, el rodar chirriante de las carretillas, los gritos continuos de *Atention, s'il vous plait*, el registro de bagajes, el esfuerzo intelectual para comprender y ser comprendido en un idioma conocido en teoría.

En un amanecer brumoso llegó a París. Con el cuerpo destemplado por la humedad de la atmósfera y molido de la mala noche, se metió en el primer vehículo que pudo para que lo llevara a un alojamiento en el barrio Latino que le recomendaron a bordo; el cochero, uno de esos patibularios cocheros que aun se ven en París, con enorme chistera, bigotazos caídos y repugnante rostro abotargado, rojo y granujiento, le cobró doble precio a pesar de sus protestas y hasta le sacó «Quelques sous pour boire à votre santé, mon petit monsieur».

Maltrecho, desorientado, se acostó Torralba y durmió ocho horas de un tirón. Al despertar, su primer pensamiento fué para el Perú. Huelga decir que seguía siendo para él, no nación, sino horda de seres incultos y demás lindezas estampadas en sus «Panorámicas», porque aunque Abelardo consideraba el credo patriótico arcaico y ñoño, sus doctrinas de amplio humanitarismo le llevaban a intentar la regeneración del país, y procedía a la manera de ciertas madres que pretenden morigerar al niño travieso y díscolo exponiendo a la pública

vergüenza todos sus pecadillos y zahiriéndole y rebajándole ante los demás. La necesidad instintiva de acercarse a la tierra propia en el Extranjero, de ponerse en contacto con los de allá, dominó a Torralba al sacudir el sueño, y, para satisfacerla, al Consulado se encaminó y dió al cónsul la más grande lata de ese día pidiéndole noticias y direcciones de los paisanos que ambulaban por las márgenes del Sena. Las que más le interesaban, las de Jacinto Iglesias, no las consiguió con la precisión deseada.

—Muy poco viene por aquí ese joven—le contestó el cónsul—. Tengo las señas de su primer alojamiento, pero entiendo que después se ha mudado; los otros muchachos podrán decirle a usted; muchos de ellos viven en el mismo barrio.

«Estos son los funcionarios del Perú», se decía Abelardo al bajar la escalera, disgustado de no haber encontrado en el cónsul un *cicerone* perfecto. En compensación de este desengaño, deparóle la suerte el encuentro de Jacinto Iglesias en el mismo umbral del Consulado. Exclamaciones de alegre sorpresa, abrazos, palmadas sonoras en las espaldas.

—¡Demonio de Abelardo! ¡Qué ajeno estaba yo de encontrarte por aquí! Mirando las cosas *bajo* este punto de vista, ¡qué chiquito es el mundo!

—¿Pero nada sabías de mi venida? ¿No te la han escrito de allá?

—¡Si los amigos son unos perezosos, que sólo

escriben cada muerte de arzobispo! Mejor, porque no hay tiempo para contestarles con la vida que uno lleva. ¡Viva la vida, chico! Ya verás, ya verás.

Al neófito se le encandilaron los ojos.

—¿Entonces la pasas bien?

—¿Que si la paso bien? ¿No te digo que esto es de rechupete, tonto!

—Lo malo es que yo tengo que irme a Madrid; me han nombrado canciller allá.

—¡Bah! En poca agua te ahogas. Dentro de unos días le escribes al cónsul general *cabuleándolo* de lo lindo: que estás enfermo, que te retiene en París un asunto de familia, en fin, la primera mentira que se te ocurra. Naturalmente, te concede licencia para seguir aquí mientras te sea necesario, y a divertirse se ha dicho. Pero vamos a sentarnos en un café para que me cuentes la historia de este viaje.

Abelardo hizo el relato dándose importancia; su camarada lo interrumpía con preguntas y pullas.

—Buen partido has sacado de tus palanganadas, tunante—le dijo al final como corolario—. Bien hecho; sólo te aconsejo que no sigas gastando esos humos; aquí no valen. La gente mira las cosas *bajo* un punto de vista muy distinto al de allá, y hay que imitarla. La adaptación al medio es necesidad primordial en el hombre.

—¿Y tú te has adaptado mucho? ¿No das la lata con tus estribillos y tus frases hechas?—interrogó Abelardo con sorna.

Jacinto se quedó perplejo; al fin halló una respuesta decisiva:

—Hombre, no, porque en francés... Lo que yo te digo es que no te imagines que te van a hacer caso por lo que cuentes de tus méritos, pues eso no les importa un pito; si les dices que tú solo con tu pluma y tus discursos has cambiado la faz política del Perú te contestarán entre carcajadas: «Mais vous avez le Pérou, joli coco! Alors, demandez du champagne.» ¡Entiendes! Aquí lo que hay que hacer es divertirse, y para eso tener *chórcholas*. ¿Tú cómo andas?

—Hombre, por ahora no estoy mal.

—Yo sí; por eso fuí al Consulado, esperando encontrar allí carta con *monis;* pero como me dijiste que aun no había llegado la correspondencia, ni subí.

—¿Qué me cuentas—preguntó Abelardo arrellanándose en el asiento y echando atrás la cabeza—del movimiento socialista? Yo lo conozco, lo he seguido a la distancia; pero ahora quiero estudiarlo de cerca, aproximarme a los obreros, pues a mis planes ulteriores conviene...

Abelardo se interrumpió porque Jacinto se deshacía de risa.

—Torralbita de mi corazón—decía, ahogándose—, tú vas a ser culpable de mi defunción por hilaridad. Conmigo no hagas teatro, hijo del alma. ¡Estudiar tú en París! *Cabaretear* dirás. ¡Aproximarte a los obreros! A las obreras no lo dudo.

Si en Lima jaraneabas de firme, aquí el descuaje.

—Eres muy superficial, Jacinto—dijo con desdén Torralba.

—Y tú muy farsante, chico. Bueno, esto no es la Redacción de *La Voz del Obrero* para enredarnos en habladurías y discusiones. Tenemos cosa mejor que hacer. Estamos en París. ¡En París! ¿Comprendes?

—¡París!—murmuró Abelardo de pie y paseando la vista en torno suyo. Se hallaban en el malecón Voltaire. Ante ellos se alzaba la estatua del patriarca de Ferney con su eterna sonrisa irónica. Abelardo, mirándola, sintió vago malestar. El murmurio de las aguas grises del Sena sonaba a burlesca amenaza.

Jacinto golpeó en un hombro al abstraído:

—¿En qué piensas, zampalimones? ¡Vaya una cara que has puesto! ¿Vas a echarte a llorar porque estás lejos de tu mamita? Te creí más hombre.

—Y yo te creí menos imbécil; siempre lo fuiste; pero con esto de sentirte dueño y señor de París, estás de remate. ¡Adoquín!

Iglesias recibió la rociada muy regocijado.

—Vamos, ya vas despertando; ahora se puede hablar contigo. ¿Dónde te has alojado?

—En un hotelito cerca de la estación.

—Vente a mi casa; hay cuartos desocupados; es en la calle Championnet, en Montmartre. ¡El gran barrio, muchacho! ¡Viva la vida!

Entusiasta y verboso, describió Jacinto los encantos parisienses. Abelardo preguntaba y oía, exaltado y feliz. El orador cortó de pronto sus ditirambos.

—¿Ves? Este autobús nos conviene para ir a recoger tu equipaje. ¡Arriba!

Antes de subir miró Abelardo de nuevo la marmórea figura de Voltaire. La sonrisa se había eternizado en sus labios.

XIV

—Me han partido por el eje, Jacinto—dijo con acento quejumbroso Torralba a su amigo, que entraba en ese momento—. Mira lo que acabo de recibir. ¡Bonito despertar!— Y le alargó un papel.

Iglesias lo recorrió rápidamente con la vista; luego lo leyó con atención para entenderlo mejor, y devolviéndoselo a Abelardo, que, lacio y desmedrado, estaba semihundido en una butaca desvencijada, díjole por todo comentario:

—Te fundiste.

—¿Y ahora qué hago?—gimió Abelardo.

—¡Valiente pregunta! ¿Qué vas a hacer? Lo que te ordenan aquí. No hay más remedio.

Era una nota severa del cónsul peruano en Madrid, conminando a Torralba a desempeñar el puesto de que, alegando diversos pretextos, aun no se había hecho cargo, a pesar de haberse cumplido ya medio año de su arribo a Europa. Le mandaba para los gastos de viaje parte del sueldo semestral, agregando que el resto sólo en Madrid lo percibiría. La coletilla fué para el triste canciller lo más deplorable de la comunicación oficial; pasando so-

bre ella el dedo como si deletreara, repitió sombrío:

—No hay más remedio.

—¡Y ahora que te habías soltado en el francés! —lamentó Jacinto.

Abelardo no contestó. Derrengado en el asiento, la cabeza caída sobre el pecho, el pelo en desorden, soñoliento el semblante, revelando en toda su persona que aun no se había acordado de las matinales abluciones, justificaba su aspecto la expresión, que de atenta iba pasando a preocupada y compasiva, con que Jacinto lo contemplaba.

—Creyendo estoy—exclamó al fin—que *bajo* cierto punto de vista lo que ocurre es favorable para ti. Te conviene cambiar de medio; no has sabido hacerte a la vida de París; ni siquiera has podido verla, porque desde el primer momento caíste en malas manos. ¡Esa Lolotte canalla!

Ni para defender a la agraviada desplegó Torralba los labios. Diríase que no escuchaba. Su atención concentrábase en una pastilla diminuta que echó a desleír en agua; llenó luego con el líquido una jeringuilla de Pravaz y, remangando el pijama, se clavó la aguja en la parte superior del antebrazo.

—Este es el mayor de los favores que tienes que agradecerle a la muy perdida—añadió Jacinto.

Abelardo, que se dirigía al lavabo, se detuvo riendo ante su camarada; los ojos mortecinos reavivábansele con brillo fugaz.

—Te va admirablemente el papel de diablo predicador, insigne latoso.

—¡Alto ahí! Yo predico con el ejemplo; nunca hablo contra las mujeres, ni contra el vino, ni contra el juego, ni contra las juergas, ni contra la noble esgrima del sable; jamás. Todo eso es de mi cuerda, y, como lo practico según las circunstancias, no lo censuro; tampoco lo santifico, porque, al fin y al cabo, aunque uno calaveree, como uno ha tenido principios, no deja de comprender que miradas las cosas *bajo* cierto punto de vista... ¿Entiendes? Bueno; yo tengo manga ancha; ¡no faltaría más! Acepto muchas cosas porque conozco el mundo y las pasiones; no me escandalizo fácilmente; pero eso de arruinarse la salud y la vida a fuerza de pincharse o de fumar opio, como los macacos que infestan nuestra tierra, o de meterse por las narices la indecente coca, eso *bajo* ningún punto de vista lo admito; es idiota, degradante...

—Quiere decir—interrumpió Abelardo, abrochándose el chaleco—que lo primitivo, lo sensual, es lo que está a tu alcance; lo que significa refinamiento, liberación de la animalidad, te queda lejos.

Las admoniciones de Iglesias no tenían la eficacia de las del Pitecantropo en la calleja asiática de Lima; el orador, en cuyo verbo se percibía el tufo de las tabernas de Montmartre, resultaba menos persuasivo que el estudiantuelo madrugador, y el amonestado, cogido por los tentáculos del vicio, estaba ya durito de pelar.

Pocos días después de esta escena, Abelardo, en el andén de la estación de Orsay, se despedía muy cariacontecido de Jacinto Iglesias y de la rubia Lolotte. Ella, con su vocecita mimosa y su abreviada dicción parisiense, le hacía recomendaciones de pronto regreso y promesas de fidelidad. Jacinto, con voz enronquecida por la emoción y el trasnochar frecuente, le encarecía:

—Todavía estás a tiempo de reaccionar, paisano. Allí, nada de inyecciones ni cochinadas; a escribir, que el campo es ancho.

Torralba les contestaba con frases breves, esforzándose en sonreír, y fué su cara pálida y contraída por el rictus de una sonrisa cansada, asomándose a la ventanilla del vagón, la postrera visión que de él conservaron la griseta y el bohemio.

Veinte horas más tarde, el tren en que viajaba Abelardo corría por las pardas llanuras de Castilla. De pie en el pasillo, contemplaba el joven las agujas de la catedral de Burgos recortándose en la limpidez del cielo azul.

—Admira usted nuestro gran templo gótico —dijo, deteniéndose cerca de él, un viajero al que ya Torralba había visto pasar ante su coche para ir del vagón de primera al comedor.

Contestó el interpelado cortésmente, y la charla, empezada por matar el tiempo, se hizo pronto expansiva. Abelardo no tardó en enterarse de la vida y milagros de su interlocutor, relatados por éste con verbosa franqueza española: se llamaba

Claudio Sandoval; regresaba de San Sebastián, a donde fué por visitar a sus padres, a Madrid, lugar de su residencia; allí, en la Redacción de un diario recién fundado, que empezaba pegando fuerte, ocupaba lugar principalísimo: el primero después del director; también era abogado, pero no ejercía; además, su padre quería asociarle a sus negocios y él se negaba; no le tiraban ni el comercio ni los pleitos; en cambio, el periodismo le volvía loco. Esa vida agitada, cambiante, de renovación continua, en que tanto apasiona la caída de un Ministerio como las piernas de una bailarina, o un campeonato de boxeo, o el estreno de un drama, o las puñaladas de un celoso, era, a su entender, la única que valía la pena de vivirse; él la llevaba desde hacía unos meses, y cada día le gustaba más.

Abelardo se declaró entonces colega de su compañero de viaje, colega ya experimentado, sin entusiasmos de neófito, algo tocado de la desilusión de quien ve las cosas de telón adentro. Sin embargo, él, que en tan pocas cosas creía y era un convencido del derrumbamiento de esta sociedad absurda, pensaba que el periodismo sería una fuerza positiva a condición de evolucionar, de romper los actuales moldes, gastados y caducos. Cuestionaron un rato los dos mozos: Abelardo, que para combatir la fatiga y el tedio se había inyectado, momentos antes de empezar la charla, doble dosis de morfina, tenía la inteligencia lúcida y la palabra fácil y fantaseadora. El joven español lo oía aten-

tamente; lo que encontraba en él de nuevo y atrevido le entretenía, y le interesaban, hasta desear encontrar manera de remediarlas, las dificultades con que lógicamente había de tropezar Torralba en un medio populoso y desconocido, lejos de los suyos y sin otros recursos pecuniarios que los obtenidos en un puesto del que hablaba con disgusto y desdén. Para conocer mejor sus planes y ver de ayudarlo, le convidó a comer; entre bocado y bocado, Sandoval intercalaba preguntas; Torralba contestaba al principio locuazmente; después su animación fué decayendo; las respuestas eran lacónicas y desganadas; Claudio observó que a ratos se le cerraban los ojos.

—El viaje le tiene a usted molido—le dijo entonces—. Voy a dejarle descansar en su coche y me voy al mío; aquí tiene usted mi tarjeta; mañana, a la una del día, búsqueme en la Redacción; ya a esa hora habré hablado con el director, y o le saco algo para usted, o poco he de poder. Y algo puedo, créame; mi padre es accionista del periódico.

Se levantó al otro día Abelardo después de las once y dióse a vagar por las calles madrileñas; la algazara de la Puerta del Sol le produjo cierto aturdimiento.

«¡Caramba!—se dijo—. Aquí hay la tercera parte de personas que en cualquiera de los bulevares centrales y gritan como si fueran diez veces más.» Hombres y mujeres en disonante coro voceaban los diarios matinales; ofrecían otros números de lote-

ría; algunos, mostrando una mal cortada muñeca de cartón, armada de algo así como escoba, gritaban: «¡A perra gorda! El mejor regalo para el nene y la nena! Catalina barre la sala y la cocina. ¡Para el nene y la nena!» Los vendedores de cuadernos en blanco enumeraban todos los posibles destinos de su mercancía con pasmosa verbosidad: «Para cuentas, para copias, para dibujos, para apuntes...» Unos paletos miraban el reloj de Gobernación, comentando a voz en cuello la caída de la bola; interpelábanse los amigos a distancia o se saludaban bulliciosamente; agolpábase la gente en la estación del «Metro» y en las paradas de los tranvías; los tenorios requebraban a las mujeres; cerca de Abelardo, un muchacho elegante elogió la gracia morena de una modistilla, que sonrió al piropo. Como el *ritornello* de una música semiolvidada, el galanteo callejero trajo a Abelardo reminiscencias de Lima; la chica, con su atavío modesto y coqueto y su encanto sencillo, le recordó a Consuelo.

Se acercaba la hora de la cita; requerido por Torralba, un guardia de Orden público le indicó el tranvía que debía tomar para llegar donde le esperaba su amigo de la víspera.

—¿No le dije a usted? Me conquisté al director; es una gran persona nuestro don Sabino; ya se lo presentaré; ahora trataremos del asunto.

Lo trataron extensamente. Claudio, aunque no la creyera a pie juntillas, había referido al director la brillante autobiografía periodística hecha

por Abelardo en el tren; a ese relato, exornado con las galas de la imaginación, agregó el joven sus observaciones propias sobre las condiciones intelectuales de Abelardo y la penosa situación en que podía encontrarse si no se le protegía en los momentos difíciles de la iniciación; por supuesto, don Sabino no iba a desairar el empeño de un redactor que, por añadidura, tenía al padre accionista; convinieron, pues, en que Abelardo entraría al periódico con la obligación de publicar tres o cuatro artículos a la semana sobre temas sociológicos estudiados en el Extranjero o en la misma España. La remuneración no era mala; el nuevo órgano de la opinión pública, como nuevo, se portaba con rumbo. Confesóse Torralba que en la capital de España se empezaba haciéndole justicia; confortado con esta idea, con el almuerzo bien rociado hecho en compañía de Sandoval y otro amigo de éste, y con la droga fatal a que para envalentonarse recurrió antes de entrar en el Consulado, se presentó a su desconocido jefe. Era un señor muy serio, de larga práctica en la carrera, que recibió al subordinado con cara de pocos amigos.

—Se ha hecho usted esperar bastante, aunque repetidas veces le escribí que hacía falta en el puesto. Supongo que en adelante, con su contracción al trabajo, hará usted olvidar esa informalidad. Esta oficina, que generalmente es descansada, tiene ahora recargo de labor por circunstancias especiales.

El cónsul explicó prolijamente todo: las circunstancias y la clase de labor; luego indicó a Abelardo sus obligaciones y las horas de desempeñarlas; hablaba con urbanidad, pero en lo autoritario del tono dejaba ver la distancia que lo separaba del empleado.

Este no aguantó más; nervioso y descompuesto, protestó de la manera como se le trataba.

—Usted no sabe con quién habla, señor cónsul; yo no soy un burócrata rutinario al estilo de usted; soy un intelectual considerado en todas partes; llegué anoche a Madrid, y ya soy redactor de uno de sus mejores periódicos; además, y por encima de todo, soy un hombre libre; no acepto imposiciones de nadie, ni reconozco vínculos nacidos del error y sostenidos por bajos intereses o convencionalismos estúpidos. Dé usted por presentada mi renuncia; me niego a servir al Perú; nací allí por azar, como se nace en cualquier parte; pero ni tengo patria ni creo en ella; soy un ciudadano de la Humanidad.

Abelardo, exaltándose con sus palabras, alzaba la voz y manoteaba con agitación. El cónsul, que no sin esfuerzo se había mantenido tranquilo, logró al cabo hacerse oír:

—Será usted complacido—dijo friamente—. Enviaré su renuncia al Ministerio; pero callaré que reniega usted de su nacionalidad; no quiero hacerle daño levantando un muro infranqueable entre usted y esa patria a la que no tardará en volver los ojos.

—Para nada necesito de ella—gritó Abelardo.

El cónsul, sin responderle, sacó de un cajón de su escritorio varios billetes de Banco y un papel timbrado.

—Firme usted este recibo del dinero que le paga el Perú—ordenó a Torralba.

Con unas pesetejas más en el bolsillo, satisfecho de haber desfogado la bilis, y proyectando ponerse al mundo por montera, cruzó Abelardo el salón del Prado, mirando con curiosidad de recién llegado los edificios de ambas aceras, el fresco verdor de los árboles, el azul limpio y radiante del cielo. Al pie de la fuente de Neptuno se detuvo un rato, sin saber qué camino seguir; ante él se extendían las avenidas del Prado y de Atocha; a la izquierda, con la efigie del sordo genial a la entrada, quedaba el Museo de Pintura, y más allá recortábanse en el firmamento las torrecillas agudas de los Jerónimos. Abelardo tomó por el lado opuesto, pasó delante del hotel Palace y llegó a un jardinillo fronterizo al Congreso; en el centro se alzaba, pobre homenaje a gloria tan excelsa, la estatua de Cervantes.

Abelardo contempló un momento la noble figura, leyó la inscripción del pedestal y con el mismo acento con que lamentaría haberse olvidado del bastón, exclamó:

—¡Hombre! Todavía no he leído el *Quijote*.

XV

En sus primeros tiempos de Madrid llevó Abelardo existencia variada y entretenida. La llaneza acogedora, la característica franqueza española, hicieron pronto de los colegas periodísticos camaradas del recién llegado, que lo incorporaron a sus peñas y se le llevaban de bureo. En alegre compañía frecuentó Abelardo el Ideal Rosales; cenó con tonadilleras deslumbrantes de lentejuelas, adornadas con enormes peinetas y arracadas que casi tocaban los hombros; saboreó el cochifrito en la arcaica taberna de Botín; se asomó a la famosa tertulia de Pombo para saludar al autor de *Greguerías* y jaleó a las bailaoras que en el tablado flamenco mueven sus cuerpos serpentinos a los acordes de una guitarra pulsada por un tío muy serio, en equilibrio al borde de la silla. Esto era cuando había *parné*, según expresión del propio Abelardo, rápidamente acostumbrado a los modismos madrileños; en los días de escasez no faltaban camareros amigos que, esperando mejores épocas, fiaban el café con tostada y las copas de ojén, ni ventorros

baratos en la Bombilla para descansar después de bailarse un *agarrao* o un *tuesten*.

Sin gran entusiasmo disfrutaba Torralba de estos fáciles goces; se los amargaba la nostalgia de la vida parisiense, cuyos encantos, aumentados por el espejismo de la ausencia, exageraba a los amigos para asombrarlos con sus aires de hombre que ha corrido mundos. Sus relatos y comparaciones provocaban la aprobación de unos oyentes y la refutación de otros, expresado todo a gritos, por supuesto. Solía haber en el auditorio quienes se proclamaban la personificación del tipo nacional de Juan Español, que no ve defectos en la tierra querida y encomiada ni admite que haya nada bueno fuera de ella.

—Cuidao que te pones pelma con tu París—decían éstos a Abelardo—. Todas esas franchutas estucadas y flacas como lagartijas las doy yo por una sola de estas hembras castizas. Míralas; míralas, con esas carnes apretadas y esos andares y esos ojos, que se le meten a un hombre hasta las entretelas del alma. ¡Y venirnos este americanito de guayaba con que son más guapas las de extranjis! ¡Que te crees tú eso!

A otros les daba, en cambio, por renegar de todo lo español, de puro refinados y superhombres, y proclamar la urgencia de europeizarse. Allí salían a relucir el pueblo de pan y toros y la leyenda negra y las siete llaves al sepulcro del Cid, y cuanto tópico trascendental se empeñan en despresti-

giar los charlatanes a fuerza de incomprensión y palabrería. Estos hacían coro a Abelardo, y casi hasta le creían sus fantasías orgiásticas y le envidiaban sus audacias de libertino. En compensación, él les enseñaba su correspondencia parisiense. No era muy nutrida, a decir verdad. A poco de llegado a Madrid recibió una larga epístola de su amigote Jacinto Iglesias contándole, con pelos y señales, una nueva aventura y recomendándole en la postdata que cambiara la morfina por el jerez, y no por la coco, como su voluble Lolotte. Cuando recibió Torralba la carta, impregnada del aroma capitoso de la ciudad magnífica, tuvo la mejor intención de contestarla con mucho detenimiento y extensión; no lo hizo inmediatamente, y después se le fué olvidando. Jacinto, por su parte, olvidó también volver a escribir al amigo.

Con Lolotte fué más duradero el cambio de cartas; había en las de uno y otra reminiscencias de pasadas delicias y esperanzas de volver a gustarlas en breve. Conforme los meses pasaban, las esperanzas se iban debilitando, y el fuego epistolar con ellas; no tardó en apagarse por completo en Lolotte; Abelardo la dirigió entonces una carta quejosa, que no obtuvo respuesta; él no insistió; la funesta manía morbosa, cada día más potente, enseñoreándose de su organismo, absorbiéndole las fuerzas, iba matándole poco a poco el interés por cuanto a ella fuera extraño.

Las cartas del terruño también eran escasas.

Paulina, viendo que transcurría el tiempo sin recibir noticias de su hijo, culpaba al correo, sin imaginarse que sus torcidos renglones se estacionaban en el Consulado de Madrid hasta que la casualidad llevaba por allí a algún amigo de Abelardo, que solicitaba permiso para recogerlas y entregárselas; el hijo ausente, algunas veces las contestaba a la ligera; otras, después de leerlas con aire preocupado, se las metía al bolsillo y allí se quedaban.

De Consuelo tuvo Torralba una sola carta antes de abandonar París. Se quejaba la muchacha de no haber recibido de su amante sino una postal, fechada en el vapor, y luego agregaba: «Aunque estoy muy resentida contigo, ahora te escribo y certifico la carta para que no se pierda y no puedas decir el día de mañana que no te avisé el nacimiento de nuestra hija. Tiene ya doce días, y es muy hermosa; gordita, colorada, y no creas que es pelona; nació con una pelusa negra que no me gustaba, pero ya se le ha caído, y ahora tiene unos pelitos claros que se le alborotan muy bonitos. La madrina va a ser tu mamá; eso sí, no quiero que se llame Paulina, porque me parece nombre de vieja, ni mucho menos Consuelo, como yo: no quiero que tenga que consolar a nadie, ni tampoco que la consuelen; le pondrán María Luisa, y le diremos Marujita o Luchita. Esta carta sí tendrás que contestármela, porque te doy una gran noticia.»

Fué esa la última ilusión que se forjó Consuelo sobre su amante, y nunca supo que estuvo a punto

de realizarse. Efectivamente, Abelardo había decidido responder a la misiva que le llevaba nueva de tanta importancia; los acontecimientos, mejor dicho, los caprichos de Lolotte, dispusieron otra cosa. Cayó en sus manos inquietas la carta escrita por otra mujer; adivinó algunas palabras, aseguró comprender otras y dió a sus nervios el desahogo de una escena de celos y a sus uñitas el gusto de rasgar el pobrecito papel. Abelardo, para apaciguarla, tuvo que jurar repetidas veces que no se le daba un ardite de tal carta y que no perdería su tiempo en contestarla; huelga decir que cumplió tan sagrada promesa.

De ese modo pasivo y semiinconsciente iba Abelardo desatando los vínculos antiguos sin anudar otros nuevos; ni echaba de menos aquéllos ni éstos le hacían falta. De sus ambiciones desmesuradas, de sus vastos planes, deformes e inconexos; de sus sueños atrevidos, apenas le quedaba el recuerdo. A veces la morfina le producía deliciosa euforia; sentía el cuerpo ligero, casi alado; parecíale que sus pies no tocaban el suelo, que en vez de andar volaba; creía entonces fácil reorganizar la sociedad, ponerse a la cabeza del periodismo mundial, casarse con Teté. Mientras más viva era la sensación de euforia, más rápida e intensa sobrevenía la depresión; todo interés humano desaparecía para el intoxicado, que sólo tenía alientos para desear una nueva inyección que lo sacara de su abatimiento y le apaciguara la ansiedad nerviosa, cuyas

angustias exageraba para explicar a los demás y a sí mismo las continuas reincidencias. Necesitaba del excitante para escribir sus artículos, y los escribía sólo para que no le faltase dinero con que comprar la droga; lo demás le importaba poco; hasta desatendía el arreglo personal, y descuidado, enflaquecido, taciturno, era en las diversiones un compañero aburrido: los amigos de ocasión se iban alejando de él; Claudio, aunque nunca se cansó de protegerlo y aconsejarlo, también lo dejó; una grave enfermedad de su padre le obligó a salir precipitadamente de Madrid, y luego a ponerse al frente de los negocios de su casa, que el anciano ya no podía dirigir. Interesados su bondad y su amor propio en la suerte de Abelardo, solía escribirle amonestándolo, a la par que recomendaba a don Sabino a su protegido; pero el periódico iba de capa caída: el director, por lo tanto, andaba malhumorado, y Abelardo, que no supo agradecer ni aprovechar la suerte propicia que le dió Claudio Sandoval como generoso mentor en sus primeros pasos por España, era más incapaz aún de reconquistar la gracia de don Sabino, de cuya devoción nunca fué santo.

Un día le dijo éste:

—Hombre, lo siento; pero me veo precisado a disminuirle a usted el sueldo en una tercera parte; esto marcha difícilmente, y no hay más remedio que hacer economías; y de paso me permitiré advertirle que procure usted dar más variedad a sus

artículos; se repite usted, y el público lo nota. Convénzase de que la inspiración no se encuentra en los pinchazos; al contrario, ellos van acabando con usted intelectual y físicamente; mírese al espejo detenidamente y se persuadirá de que, si no reacciona, le queda a usted cuerda para muy poquito rato.

Abelardo casi no oyó el sermón ni dió importancia mayor a la disminución de renta; algo más grave le preocupaba. Habíase organizado severa campaña contra la venta de estupefacientes, y era cada vez más difícil procurárselos. Abelardo, hasta entonces, se había servido de una receta conseguida en París; pero los farmacéuticos se la rechazaban, alegando que el nombre del médico firmante no constaba en los registros profesionales de España. Iba el infeliz de la Ceca a la Meca con su papelito resobado, señalando con el índice temblón, para refutar la negativa, los títulos y la dirección del doctor, impresos en la parte superior del récipe y adornándolo con cuantas excelencias científicas se le pasaban por el desequilibrado magín; a veces, en alguna apartada botica, se dejaban convencer y le vendían la droga, advirtiéndole que en otra ocasión le exigirían receta de fecha más reciente y expedida por médico que ejerciera en el territorio nacional. La abstinencia obligada causaba en el degenerado organismo de Torralba molestos trastornos: exacerbábasele la dispepsia sintomática, y el más ligero alimento le producía náuseas

y vómitos; la irregular circulación de su empobrecida sangre manifestábase en intermitencias cardíacas que le hacían perder por instantes el conocimiento; la extenuación del insomnio aumentaba su abatimiento profundísimo. Sólo le restaban alientos para desear el falaz reactivo, y con las más conmovedoras súplicas solicitó de un médico novel, asiduo al periódico y a las fiestas de los redactores, que le diera una receta. Todo lo que consiguió fué que el joven galeno, para calmarlo, le pusiera una inyección y le hablara muy seriamente de la urgencia de recluirse en un sanatorio; en cuanto a la receta del estupefaciente, le aseguró que así se lo rogara por Dios y toda la corte celestial, no se la darían ni él ni ningún médico honrado.

—¿O quieres, empecatado vicioso—terminó medio bromeando—, que por acabar de despacharte a los infiernos vaya yo a sentarme en el banquillo de los acusados?

Torralba, convencido de que nada lograría, acudió a un ardid que la lucidez de la inyección reciente le sugirió.

—Respeto tus escrúpulos—dijo con aparente conformidad—. Pero creo que no llegarán hasta negarme receta de un digestivo: simplemente, unos sellos de pepsina y pancreatina; me alivian mucho.

—¡Qué te van a aliviar, embustero! Mientras subsista la causa, subsiste el efecto.

Abelardo insistió: él sabía que los sellitos no le

curaban, claro. Pero, indudablemente, le calmaban las molestias del estómago.

—Anda, chico, dame ese papelito. ¿Qué te cuesta?

Porque lo dejara en paz, cedió el flamante doctor. Abelardo recogió ávidamente la receta y se marchó como quien ya no tiene más que esperar.

Encerrado en el cuartucho de su casa de huéspedes, consagróse Abelardo, con alma y vida, a raspar la inofensiva fórmula; por un milagro de la voluntad, su pulso trémulo adquirió estabilidad y destreza; sólo el encabezamiento impreso, la firma y la fecha quedaron en el blanco papel; la huella de lo borrado era apenas perceptible. Faltaba imitar la letra; más de cincuenta veces lo ensayó: clorhidrato de morfina, 5 gr... clorhidrato de morfina, 5 gr. El improvisado falsificador miró y remiró su trabajo: no estaba mal; aquellos garabatos se parecían a los del doctorcito, y, ¡zas!, de una plumada, los copió debajo del Rp. ritual.

Al anochecer, llevó su obra maestra a una botica; temblaba como un epiléptico, mientras un dependiente viejo la examinaba a través de sus espejuelos; no advirtió incorrección alguna y entregó el tubito de minúsculas pastillas; Abelardo pagó y se llevó consigo el tesoro. Estaba en el paroxismo de la dicha; con esa estratagema había asegurado su felicidad.

Como no podía menos de suceder, el burdo engaño se descubrió pronto; el farmacéutico, que olió

la trampa, furioso por haber estado a punto de caer en ella, amenazó al mixtificador con la cárcel.

Abelardo se vió perdido: no era la vergüenza de un proceso, que su atrofiado sentido moral no percibía, ni la pérdida de la libertad, lo que le asustaba; era la imposibilidad de obtener en el encierro la satisfacción de su manía. La inminencia del peligro le dictó diversas disculpas y explicaciones: sufría agudos dolores que sólo la morfina aplacaba, y desesperado por el padecimiento había cometido esa falta, sin pensar que fuera tanta su gravedad; además, él poseía una receta de su remedio, firmada por una eminencia extranjera.

—¿No es usted de aquí?—preguntó el farmacéutico, cuya ira se iba trocando en desdeñosa compasión.

—Soy de muy lejos; puedo probárselo a usted; la Legación de mi país queda cerca, y si quiere persuadirse...

—No es preciso; márchese—contestó bruscamente el boticario señalando la puerta.

Salió Abelardo. Con paso vacilante y casi arrastrándose, pudo llegar hasta una plaza próxima y sentarse en un banco; frío sudor inundaba su cuerpo caquéxico; el vértigo le obligó a cerrar los ojos.

Lentamente fué concentrando las pocas fuerzas que le quedaban, su escaso vigor pensante, en un punto único, obsesionador, necesitaba morfina; comprarla, era imposible; robarla también, había pesadas puertas, cerrojos, escaparates asegurados

con llaves, cien ojos vigilantes. El solo no podía obtenerla de ningún modo: era preciso que lo ayudaran; pero, ¿quién? Los amigos se le habían negado mil veces; o no querían o no podían. Estaba desamparado, muy solo, muy lejos... ¿Lejos de qué?

Abelardo paseó en torno la turbia mirada de sus pupilas, reducidas por la intoxicación: aquellas casas altas, con tejados, no eran las de pocos pisos y techos planos que había visto durante tantos años; esa mujer que cruzaba la plaza, encorvada y envuelta en un mantón como su madre, era una desconocida; el cierzo frío que le cortaba la cara no era el aire tibio de su ciudad natal.

Entre las brumas de su cerebro vislumbró la senda de salvación: lo pondrían en ella los suyos, los que tenían obligación de ayudarle; y esforzándose en coordinar las ideas que se le escapaban, se dirigió con andar pesado y trémulo a la Legación del Perú.

XVI

Compadecido el ministro de aquel compatriota enfermo, de cuya actuación periodística en Madrid tenía ligeras noticias, lo envió a la sala de paga de un hospital. El médico, fácilmente hizo el primer día el diagnóstico, que en los siguientes la observación confirmó. Era un caso típico de intoxicación morfínica, ya muy avanzado; la juventud del paciente y su naturaleza, pobre por herencia fisiológica, y aún más debilitada por las privaciones sufridas en la niñez y por los desórdenes de la mocedad, habían favorecido el progreso del mal, que se revelaba en síntomas evidentes: caquexia, alternativas bruscas de euforia y depresión, extraña sensación de animalitos diminutos corriendo por la piel, abscesos. El interno, un muchacho próximo a concluir su carrera, se entusiasmó con el cuadro clínico.

—Es un caso precioso, doctor—dijo a su maestro—. Si lo tratáramos por el método Levinstein, la supresión brusca, ¿eh?

—Lo despenábamos sin más trámite, probablemente, y acaso sería lo que más le conviniera a ese

desgraciado. No se haga usted ilusiones de alcanzar un triunfo; la curación sería dificilísima, aunque hubiera en el enfermo voluntad de curarse, y éste no la tiene; se halla completamente dominado por el vicio, que ha hecho en su naturaleza tremendos estragos; usted mismo ha observado el enflaquecimiento excesivo, la bradicardia; en ese corazón hay lesión grave, acaso degeneración gránulo-grasosa; total, que no tenemos sujeto. Sin embargo, se hará lo que se pueda; por lo pronto, atenderemos a sus abscesos y se le disminuirán gradualmente las dosis de morfina; si se alcanza algún resultado, intentaremos convencerlo de que se someta en un sanatorio al régimen *ad hoc*.

Aunque Abelardo se rebelaba contra la disminución de la droga y la reclamaba a grandes voces, excitadísimo, alguna mejoría se notó en él a los pocos meses de hospitalizado; no era la palidez tan terrosa ni tanta la demacración; las inflamaciones purulentas cedían a los cuidados higiénicos; hasta se resignaba un poco más al alejamiento de las inyecciones; en esta situación, relativamente favorable, se encontraba cuando fué a verle un empleado de la Legación por encargo de su jefe.

—Le traigo a usted una agradabilísima sorpresa—le dijo—; una carta de su madre; el ministro la ha recibido dentro de otra del señor Casal, su íntimo amigo, quien le ruega que no ahorre averiguación ni diligencia para saber el paradero de usted y darle la carta. Inmediatamente me mandó

el ministro donde usted. Lo dejo solo para que lea a gusto.

Abelardo miraba alelado el sobre que traía su nombre en mal trazadas letras. Casi no pensaba que en él se encerraba la expresión del cariño y del dolor de su madre; en esos momentos toda su preocupación se concentraba en un relojito que tenía al lado de su butaca, encima de una mesa, y en el cual aún faltaban diez minutos para la hora de la inyección. Al cumplirse el plazo llegó el practicante, y, perseguido, casi hostigado por los ojos anhelantes del enfermo, introdujo el líquido en la jeringuilla y clavó la aguja en el flaco muslo. Sólo entonces, bajo el influjo de la efímera reacción, leyó Abelardo los pobres renglones de amor y de angustia:

«Hijito de mi corazón: yo no sé qué pasa en este correo tan malo de Lima que nunca recibo carta tuya; allá en Uropa no pasarán estas cosas de aquí; como tus cartas se pierden, no sé dónde estás ahora ni adónde escribirte; felizmente, el señor Casal, compadecido de verme llorando por no saber de ti, me ha dicho que él te haría llegar mi carta por medio del señor ministro en España, que creo que es su pariente; así, ni en estampilla gasto.

»Sabrás, pues, Abelardito de mi vida, que yo estoy ahora en casa de la señorita Ester; ya no deja que le digan Teté, y le coso la ropita blanca de los niños, que son tres, pues además de los dos que le trajo el señor cuando se casaron, tienen una chiquita preciosa, que es una bolita de gorda. Pues

sabrás que un día salía yo de la iglesia con los ojos colorados de tanto llorar, por tener que separarme de mi nieta, pues como su madre se ha casado con uno que es linotipista de la *Crónica* y gana su buen jornal, porque es muy trabajador, eso sí, pa qué va una a decir una cosa por otra, yo no iba a seguir viviendo con ellos; cuando quién te dice que la Virgen Santísima me puso por delante a la señorita y me dió una cosa al verla que me quedé parada, sin saber lo que me pasaba; entonces ella se fijó en mí, me abrazó y me dijo que al pronto no me había reconocido, porque estoy muy acabada, y que qué había sido de mi vida; yo le conté todito y que no quería por nada oír a Marujita diciéndole papá a otro hombre que no seas tú, y entonces me dijo que me fuera a vivir con ella, y aquí estoy, que trabajo poco y nada me falta; Dios les pague su caridad a ella y al señor; así es que yo estoy muy bien; pero con el dogal de tenerte tan lejos y no saber si estás enfermo, si pasas trabajos, si no tienes plata, ni si vives o mueres. Esta angustia me está matando y sólo le pido a Dios que me dé vida para volverte a ver, aunque sea un momentito, y luego que disponga de mí. Se me ocurre que como esta carta sí la recibirás, en lugar de contestarla por escrito vas a tomar el vapor y venirte prontito. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro me hará este milagro. Recibe muchos abrazos de tu madre que mucho te quiere.—*Paulina.*»

Cuanto quedaba de lúcido y afectivo en el espí-

ritu de Abelardo resurgió al conjuro de las letras maternales; por primera vez, después de mucho tiempo, deseó algo que no fuera la infausta droga y tuvo un anhelo puro: el del regazo materno. En ronda caprichosa, revoloteaban memorias lejanas por su cerebro debilitado, escenas inconexas que tenían por escenario la tierra remota, desde donde su madre lo llamaba. Volver, volver a lo suyo, al lado de su madre. A punto estuvo de pedirlo a gritos.

El interno que entró a verlo y lo encontró en un estado de agitación distinto al de otras ocasiones, averiguó la causa.

—¡Ah!—exclamó al saberla—. ¿Estamos nostálgicos, eh? ¿Echamos de menos a la mamá y al terruño? Pues vamos a ver si es verdad, porque en manos de usted está el regreso.

—¿En mis manos?—Abelardo sonrió tristemente.

—Pues claro, hombre; su ministro le consigue a usted pasaje para su país; se interesa por usted y le hará este favor; pero... es preciso que usted quiera.

—¡Si no quiero otra cosa!

—Ahora, en este momento; dentro de un cuarto de hora lo que querrá usted será morfina; y, no le dé usted vueltas, intoxicado, hecho una ruina, no hay viaje posible.

—Dejándola, me muero—murmuró Abelardo sombrío.

—Iremos poco a poco, pero empezando ahora mismo; de la serie correspondiente al día de hoy suprimimos una inyección. ¿Hace o no hace?

—Sí—contestó Abelardo bruscamente, como si tuviera miedo a pensarlo.

El futuro galeno se frotó las manos contentísimo, presintiendo el triunfo. Para que no flaqueara la débil voluntad del enfermo, consagraba todo su tiempo disponible al infeliz morfinómano, hablándole del retorno al hogar, sugestionándolo. El resultado, apenas correspondía al esfuerzo: la privación completa del tóxico era imposible de lograr; mas gracias a la disminución paulatina y a los cuidados continuos, iba Abelardo adquiriendo algún vigor. Ya la reclusión se le hacía molesta, e importunaba a sus médicos para que le permitiesen salir un rato.

—Necesito ir a la Legación, hablar con el ministro sobre mi viaje—repetía.

Una mañana tibia y luminosa, el jefe del servicio le concedió la autorización deseada.

—Por un par de horitas, se entiende; a la una está usted de vuelta.

—Sí, doctor—contestó Torralba dócilmente.

Apoyado en un bastón salió a la calle. Caminaba lentamente por la acera del sol, mirando en los árboles los tiernos brotes y las hojas nuevas. Mayo vestía a Madrid de galas primaverales. En el aire diáfano flameaban las banderas al tope en celebración del cumpleaños del rey.

A poco andar, Abelardo se sintió fatigado; tomó un tranvía para la calle de Velázquez. Abstrayéndose del entrar y salir de pasajeros, meditaba en su próxima entrevista con el ministro; de allí saldría el regreso a la patria. No pensaba que en ella su madre vivía de limosna en una casa vedada para él, como lo estaba también aquella en que habitaban la mujer que fué suya y su hijita inocente; tampoco se acordaba de sus doctrinas anárquicas y de sus furiosos ataques al ideal nacionalista; sólo sentía que, a la par de su madre, lo llamaba la tierra propia, porque era suya y le pertenecía, ahora, débil e inútil, como le perteneció siempre, aun en aquellos días tumultuosos en que disfrazaba con rabiosa palabrería el amor innato y hondo.

La parada del tranvía quedaba a algunos metros de la Legación; bajó Abelardo trabajosamente y siguió por el centro del bulevar, parándose a cada rato; cansado, anhelosa la respiración, se apoyó en el tronco de un árbol; frente a él, en lo alto, vió la bandera del Perú. Sin dejar de mirarla, Abelardo se llevó la mano al corazón dolorido; la sombra de una sonrisa apareció en sus labios, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas; su cuerpo fué resbalando poco a poco, hasta caer pesadamente; en las pupilas, que la proximidad de la muerte dilató, se llevó a la eternidad la visión de la patria.

París, septiembre de 1923.

NOVELAS DE LA AUTORA

Vencida. Barcelona, 1918. (Agotada.)
Por senda propia. Lima, 1921.
Coloniaje romántico. Barcelona, 1923. (Premio del Concurso internacional de Buenos Aires de 1921.)

PROXIMAS A PUBLICARSE

Tiempos de la Patria vieja. (Primer premio del concurso del Centenario de Ayacucho. Lima, 1924.)
La cosecha del camino. (Crónicas de viaje.)

558786

BIBLIOTECA NACIONAL
- LIMA-PERU -

A

biblioteca
nacional
del Perú
1000017921
INVENTARIO 2011

Precio: 5 pesetas.